



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

MAGÍSTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO Y CULTURA MENCIÓN CIENCIAS SOCIALES

**CONSTRUCCIÓN DE LA(S) MASCULINIDAD(ES) EN VARONES
JÓVENES DE LA POBLACIÓN LA LEGUA SECTOR NUEVA LA
LEGUA QUE PARTICIPAN EN ORGANIZACIONES COMUNITARIAS**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura
Latinoamericana**

Autora: Irma Herrera Olivares

Profesor Guía: Claudio Duarte Quapper

Directora Programa: Sonia Montecino

SANTIAGO DE CHILE 2014

AGRADECIMIENTOS

- A mi familia, con especial cariño a mi madre Margarita y a mi hermana Lidia, quienes con mucho Amor y Empuje me apoyaron para concretar este gran paso académico.
- A Claudio Duarte, profesor guía por su constante apoyo y oportunas observaciones que me permitieron ver con claridad y objetividad el desarrollo de mi investigación, y de este modo lograr alcanzar madurez académica.
- A los varones jóvenes del sector Nueva La Legua, por su participación incondicional en esta investigación, por su tiempo y voluntad, por abrir sus corazones y entregarme parte de sus historias de vida, sus anhelos y sueños por cumplir.
- A las Organizaciones Comunitarias, Culturales y Deportivas del sector Nueva La Legua, por permitirme el acceso y conocer sus dinámicas internas y por la valoración a mi trabajo de investigación.
- Al Magíster en Estudios de Género, por los contenidos del programa y por sus académicos, a quienes de todos ellos y ellas me llevo un poco de sus conocimientos y experiencias, pues me permitieron crecer académicamente.

INDICE

INTRODUCCIÓN	04
1. Antecedentes	09
2. Pregunta de Investigación	14
3. Objetivos	16
4. Relevancia	16
5. Estrategia Metodológica	18
6. Estructura del texto	24
CAPÍTULO I:	
MASCULINIDAD(ES) Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA	26
Introducción Teórica	
1) Participación en organizaciones socio-culturales	29
2) Participación en clubes deportivos de fútbol	39
CAPÍTULO II: CRIANZA	49
Introducción Teórica	
1) Familia	51
2) Escuela	62
Introducción Teórica	
CAPÍTULO III: MASCULINIDAD(ES)	69
Breve revisión histórica	
1) Identidades masculinas	71
2) Relaciones interpersonales	83
3) Paternidades	90
CAPITULO IV: CONCLUSIONES	97
V. BIBLIOGRAFÍA	112

INTRODUCCIÓN

La juventud, como toda categoría socialmente constituida, que alude a fenómenos existentes, posee una dimensión simbólica, pero también tiene que ser analizada desde otras dimensiones: se debe atender a los aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos en los que toda producción social se desenvuelve. La condición etaria no alude sólo a fenómenos de orden biológico vinculados con la edad, salud, energía, etc., sino que también se refiere a fenómenos culturales articulados con esta. Desde acá pasamos a la edad procesada por la historia y la cultura: el tema de las generaciones. La generación alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios culturales acelerados que caracterizan nuestro tiempo. (Margulis y Urresti, 1996, p.5).

En Chile desde la llegada de los gobiernos democráticos, se ha observado con mayor fuerza la emergencia de variadas expresiones culturales y contraculturales que emergen desde las y los jóvenes de sectores populares. Sin desconocer que anterior a este periodo también hubo distintas formas de expresión desde los jóvenes de la época, donde hubo una notable tensión para lograr manifestarse abiertamente debido a la represión provocada por el régimen militar de entonces, quienes acallaban cualquier tipo de manifestación social, cultural y artística.

Posterior a este régimen surge en las y los jóvenes nuevas tendencias que expresan modos diferentes de ser y sentir tanto lo femenino como lo masculino, evidenciando transformaciones de prácticas y vivencias en las relaciones con sus pares de semejantes, en la sexualidad, en el acceso a la información y el manejo de redes sociales en la era de la comunicación virtual. En este sentido, algunas de estas expresiones y/o transformaciones se han ido alejando paulatinamente de los estereotipos de género, o bien se encuentran transitando entre lo alternativo y lo tradicional. Es decir, existen matices de discursos que permiten poner en debate las concepciones, roles y nociones patriarcales instaladas en la sociedad. En cuanto a la noción de patriarcado, según Martín (2007): “es una construcción específica de un tipo de masculinidad heterosexista, homófoba, racista y machista que no tiene porqué ser la hegemónica”. (p.90).

A partir del enfoque integrador señalado anteriormente donde se visualiza a la juventud y sus transformaciones, es pertinente plantear el tema central que guiará este estudio, que tiene por

objeto: *conocer las construcciones de masculinidad(es) en varones jóvenes pertenecientes a sectores populares*. Para lo cual este estudio se ubicará geográficamente en la población La Legua, comuna San Joaquín, población que se compone de tres sectores denominados como: Legua Emergencia, La Legua o (Legua Vieja) y Nueva La Legua, siendo esta última el espacio territorial donde se extrajo la muestra definitiva que interesó investigar. Debido que este sector reúne mayor cantidad de organizaciones comunitarias, deportivas y culturales, y porque además en ellas existe una alta participación de jóvenes que provienen de cada uno de los sectores anteriormente señalados.

En este sentido, es necesario acercarnos al concepto de joven popular, en concordancia con el objeto de estudio de la investigación, jóvenes que viven en contexto de empobrecimiento y vulneración. El concepto de joven popular se relaciona con un segmento de la población que vive en condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, y los límites de estos territorios poblacionales se ubican geográficamente en la periferia de la ciudad encontrándose segregados social y económicamente. “Las situaciones de empobrecimiento en diversos sectores de nuestro país configuran un contexto –de exclusión social- que enmarca las características que asume la producción de identidades de género, en particular de masculinidades juveniles”. (Duarte, 2005, p.2). Los jóvenes que allí viven y se desarrollan se encontrarían fuera o excluidos de los servicios en ámbitos como: laboral, educacional, salud, vivienda, económico y político, esta última en su expresión de participación democrática efectiva que permita el cambio hacia mejorar sus condiciones de vida.

La principal motivación para la realización de este estudio y en este contexto social y territorial específico, se relaciona con la experiencia personal de su autora, primero como pobladora y educadora popular en la población La Legua. Participación que comenzó a mediados de la década de los 80' a través de la parroquia San Cayetano donde su párroco de entonces Guido Peter, desde la mirada de la teología de la liberación fue un defensor de los derechos humanos, generando apoyo y ayuda social a los pobladores de entonces, como también en la construcción de una iglesia abierta a la comunidad, permitiendo de esta manera la libre expresión de los jóvenes a través del desarrollo de talleres vinculados con el arte, la música, el teatro y la pintura. Es ahí donde la autora conoce de cerca al sacerdote quien la invita a ser parte de esta comunidad cristiana de fuerte lazo social y político con el barrio, integrándose al grupo del Coro Parroquial y también participando en los talleres y en los

encuentros de verano, como: las colonias urbanas y los ENJUPO (encuentros juveniles poblacionales) este último tenía como fin reunir a las y los jóvenes que pertenecían a otras parroquias de las poblaciones del sur de Santiago, para socializar y compartir experiencias comunes.

Estas experiencias fueron fundamentales para la autora de este estudio, ya que le permitieron desarrollar distintas habilidades las cuales pone en práctica liderando a grupos juveniles de la parroquia, y también a nivel comunitario con otros grupos de jóvenes, durante las décadas del 90' y 2000 periodo de post dictadura y establecimiento de los gobiernos democráticos. Desde el 2007 en adelante luego de su Licenciatura en Trabajo Social, continúa participando en el barrio desde la intervención profesional específicamente en el ámbito del tratamiento de adicciones a las drogas y alcohol en varones jóvenes. Labor ejercida a través de la “Comunidad Terapéutica Joven Levántate”, corporación laica y sin fines de lucro.

Por esto que al plantear la condición de juventud, es relevante poner énfasis en los aspectos relativos a las desigualdades sociales que están implícitos en la noción de “moratoria” concepto al que alude Bourdieu –en la juventud no es más que una palabra-, donde personas del mismo grupo etario vivencian diferentes realidades sociales y económicas, y dependiendo del sector social al que pertenecen no experimentan de la misma manera la condición de juventud. En este sentido, los jóvenes de clase media y alta tienen mayores oportunidades de estudio, de formar familia e hijos más tardíamente, gozar del tiempo libre útil y de un contexto social de protección. Desde este punto de vista, los jóvenes de sectores populares tendrían acotadas sus posibilidades de acceder a la moratoria social, no suele estar a su alcance ser joven en la forma descrita, ingresan tempranamente al mundo del trabajo y de condición precaria, suelen contraer a temprana edad responsabilidades familiares–matrimonio e hijos-, carecen del tiempo y del dinero-moratoria social- para vivir por algún tiempo con relativa despreocupación. Y el desempleo proporciona tiempo libre que conlleva una condición no deseada que se constituye en frustración y desdicha. (Margulis y Urresti, 1996).

El cruce entre juventud y género se puede vincular entre otras, desde el carácter diferenciador que presenta la clase social de los jóvenes. A diferencia de los jóvenes de clase media, los de sectores populares no vivenciarían de la misma manera este ciclo vital, por encontrarse privados entre otras cosas, del acceso a bienes y servicios, a la educación superior de calidad o a oportunidades laborales dignas que permitan su desarrollo. Por ende se insertan a

temprana edad al ámbito laboral, realizan trabajos precarios y mal remunerados, no cuentan con vínculos o redes que posibiliten esa moratoria social que les permita mayor desarrollo personal y profesional y generalmente toman responsabilidades de pareja y/o parentales como único proyecto de vida. De acuerdo a lo anterior, los mandatos del patriarcado en el rol de proveedor se ponen en conflicto debido que muchos de estos jóvenes no logran sostener o cumplir a cabalidad el mantenimiento de la familia, como lo exige la sociedad en la figura de la masculinidad tradicional y hegemónica. Por lo que deben apelar al apoyo económico de sus parejas, deben aceptar que ellas participen del ámbito público y en muchos casos ellas pasan a ser las sostenedoras del hogar, viven de allegados en casa de los padres o suegros, todo lo cual puede provocar en ellos sentimientos contradictorios respecto de las obligaciones que como hombre les exige la cultura del patriarcado.

Desde el aspecto socio-económico que influye en las experiencias de ser hombre, es relevante conocer la opinión de los jóvenes sobre sus propias vivencias, necesidades y aspiraciones, de la convivencia diaria en el barrio, sus semejantes, relaciones de pareja, las experiencias sexuales y de paternidad.

El contexto socio-cultural de la población Nueva La Legua, muestra la existencia de organizaciones comunitarias que permiten la instancia para conocer las dinámicas de las relaciones sociales de los jóvenes que allí participan, sus experiencias personales de ser varón joven en ese contexto barrial específico, conociendo sus vivencias, comportamientos, estilos o maneras de “ser” que se convierten en experiencias particulares de este determinado territorio social y lugar político desde donde se posicionan los jóvenes, como también lograr conocer las identidades masculinas que allí se forjan.

El desarrollo y análisis de la investigación se centra principalmente desde la perspectiva de género, la cual permite reflexionar de manera crítica las construcciones simbólicas y valóricas de las identidades de género, como también las ideas, representaciones sociales y culturales que se encuentran a la base de las relaciones entre hombres y mujeres de distinto rango etareo, clase y raza. Debido a que la construcción de género es el lugar donde el poder de la masculinidad hegemónica se manifiesta y ejerce dominio, instalándose en todos los ámbitos de la vida cotidiana. En este sentido, Badinter (1993) señala:

La masculinidad es distinta según la época, pero también según la clase social, la raza y la edad de los hombres. Si la masculinidad se aprende y se construye, no cabe duda

de que también puede cambiar. En el siglo xviii, un hombre digno de ese epíteto podía llorar en público y desmayarse; a finales del siglo xix, ya no puede hacerlo. (p.45).

Las imposiciones de género a nivel social y cultural ponen en juego la identidad masculina, induciendo a los hombres a tener que demostrar durante toda su vida que son dignos de ésta, y que están obligados a actuar en constante oposición a la figura femenina. Para dar sentido a su identidad en cada uno de los ámbitos en que se desenvuelven, presionados por la variedad de discursos sociales circulantes que sustentan la identidad masculina, la que cada cierto tiempo estará sujeta a cambios de acuerdo a los nuevos contextos sociales, culturales y políticos. Fuller (2001) señala:

Lo femenino actúa como frontera simbólica de lo masculino, como lo *abjecto* que presiona pero, sobre todo, permite visualizar sus fronteras, reconocer sus rasgos y adquirir, por esta vía, consistencia y fijeza. Consecuentemente, la masculinidad se mueve dentro de dos paradojas: la ilusión de su fijeza (origen biológico) y el temor de perderla amenazada por lo femenino. (p.26).

En este sentido, para mantener bien demarcada esta frontera el hombre debe participar en el campo masculino desde el espacio público de lo laboral, académico, social y político, por consiguiente también en lo económico, que le permitirá el acceso a servicios y a la acumulación material, lo cual le dará cierto prestigio ante sus pares donde pondrá a prueba la competencia, fuerza y virilidad, y ante su familia tendrá poder asociado a la figura de proveedor. Así mismo, el patriarcado funciona en una estructura sociocultural, económica y política que le permite ejercer como poder hegemónico, en donde la figura de lo masculino adquiere relevancia, que obtiene derechos y privilegios en todo ámbito.

Social y culturalmente se han marcado diferencias biológicas relacionadas con el sexo-género, se han instalado relaciones jerárquicas, asignando roles asociados con lo femenino y lo masculino, provocando desigualdades y exclusión social para la mujer y también para aquellos hombres que no reúnen las características que la masculinidad hegemónica y heteronormativa exige. Estas desigualdades se materializan y se vivencian en lo laboral, en los salarios, la educación, en la libertad sexual, el acceso al mercado, a bienes y servicios, entre otras. De esta manera, el patriarcado a través del ejercicio de poder y dominación manifestado en las prácticas sociales y culturales, ha relegado a la mujer a las tareas del ámbito privado, posicionando al hombre como figura activa en la esfera pública.

1. ANTECEDENTES

JUVENTUD

Aproximación conceptual del fenómeno juvenil

El ciclo de vida que experimentan los y las jóvenes, ha conllevado distintas conceptualizaciones desde donde se posicionan algunos autores para referirse a esta etapa o proceso de vida. Por una parte, se encuentran aquellos que han elaborado visiones que apuntan a segmentos o fragmentos de los jóvenes más que a su integralidad, y en opinión de (Duarte, 1999) dejando fuera lo juvenil con el proceso global y relacional de su quehacer, provocando la deshistorización de este grupo. Por otra parte, existen enfoques alternativos que buscan:

Comprender lo juvenil desde lo contextual, histórico y no funcional, partiendo por priorizar a este grupo etario como sujetos capaces de aportar a la construcción de comunidad, y desde esta perspectiva estos nuevos enfoques han cuestionado los criterios epistemológicos tradicionales de como pensaban a niños, niñas y jóvenes. (Duarte y Littin, 2002, p.19).

Para Pierre Bourdieu, la juventud “no sería más que una palabra”; una creación social para definir un período etario que debiera cumplir con ciertas expectativas, y que no siempre ha sido tratado como un actor social tematizable. La juventud emerge históricamente como un actor social, posible de analizar justo en el momento en que la mayoría tiene acceso a la enseñanza y se enmarca de esta forma en un proceso de retraso de responsabilidades, que en épocas anteriores no se daba. El joven vive así un estatus temporal y se encuentra en una especie de tierra de nadie social, pues son adultos para ciertas cosas y niños para otras. (Bourdieu, 2004).

Por otra parte, la juventud pasa a ser un objeto de discusión y análisis cuando los mecanismos del proceso etario no coinciden o no se ajustan con los de integración social, es decir, cuando aparecen comportamientos definidos como disruptivos en los jóvenes, ya que pasar de la etapa educativa a la laboral, o de la dependencia a la autonomía, entre otras, se vuelven problemáticas. (CEPAL y OIJ: 2004).

La CEPAL presenta un diagnóstico que muestra las potencialidades y vulnerabilidades de los jóvenes en Latinoamérica, que posibilitan el adecuado conocimiento de este grupo etario, acá se presentan algunas:

La juventud goza de más acceso a educación, pero menos incorporación a empleo que la población adulta; tiene más información, pero menos injerencia en el poder que los mayores; cuenta con más expectativas de autonomía, pero menos opciones para materializarla que las que tuvieron las generaciones precedentes. Además los jóvenes ostentan un lugar ambiguo entre receptores de políticas y protagonistas del cambio; en ellos se incrementa el consumo simbólico, pero se restringe el consumo material. (CEPAL, en Tejeda y Reis, 2008, p. 64).

En el contexto nacional, los jóvenes chilenos, desde sus vivencias y cotidianeidad, han intentado proponer a la sociedad un conjunto de hechos culturales, constatándose una generación juvenil portadora de un conjunto de formas de ver, sentir, pensar y hacer que guían su conducta y la caracteriza, diferenciándola de otros grupos sociales. (Sandoval, 2001). Y en estos intentos por manifestar distintas expresiones, los jóvenes han sido objetos de críticas desde la mirada adultocéntrica que niegan capacidades en los jóvenes y los encasilla en un modelo de identidad homogénea, nociones construidas por ideas preconcebidas de cómo ser joven en cada época. (Duarte, 2011). Donde se desvaloriza toda acción tendiente al cambio, por considerar a la juventud una etapa donde solo se recibe instrucción por lo que aún no generarían aportes a la sociedad, ya que consideran que en la edad adulta estos tendrán la posibilidad de opinar y ser validados y aceptados en sus distintas expresiones.

ENFOQUE DE GÉNERO

Introducción

El concepto de género, proveniente de los debates feministas, es una herramienta útil para la comprensión de las relaciones sociales que involucran a hombres y mujeres. Género, en términos generales, se refiere a la construcción social y cultural de lo que es ser hombre y de lo que es ser mujer, y de qué manera esta construcción afecta la vida de ambos. Varios estudios demuestran que los estereotipos de lo que significa ser

hombre y de lo que significa ser mujer afectan la vida social, la salud y la educación de hombres y mujeres de distintas maneras. (Nascimento, 2001; Barker, 2008, p.51).

La juventud como actor social activo esta implícita y explícitamente involucrado en los procesos políticos y culturales de la sociedad en la que se desarrolla, y por ende, no es posible pensar o analizar este grupo etareo fuera de la perspectiva de género, en el sentido de comprender sus dinámicas y explicar también desde qué lugar de la construcción del género se posicionan los jóvenes, o cómo inciden las estructuras socio políticas y culturales que sustentan las desigualdades de género en la cotidianidad y en los procesos de aprendizaje de éstos.

En este sentido, el proceso de subjetividad que vive cada individuo, constituye un elemento fundamental para adquirir una determinada identidad, mas este proceso subjetivo está permeado por los contextos culturales y sociales en que este individuo se desarrolla, ya que los significados se aprenden y se comparten en la vida cotidiana al interior de una determinada cultura, por tanto se aprende a ver el mundo como lo ven los otros, y de acuerdo a estas categorías se va construyendo la propia identidad, como resultado de un proceso de socialización del sujeto y su entorno, el cual va internalizando e interpretando los distintos acontecimientos en cuanto expresan significado. (Olavarría, Benavente y Mellado; 1998).

Toda sociedad se constituye por tramas de significación que los seres humanos han construido a lo largo de su historia y que conforman universos simbólicos colectivos, conjunto de valores, códigos y patrones de comportamiento que son compartidos por todos los individuos. A partir de estos universos, se configuran los distintos significados individuales y se concretiza la acción social, dentro de un marco establecido de alternativas, denominado como cultura. (Geertz, 1992, en Olavarría y otros, 1998, p.12).

En este sentido, la identidad de género se adquiere en este proceso de socialización y la distinción sexo/género deja de manifiesto que existen características, necesidades y posibilidades que se encuentran conciente e inconcientemente suprimidas y/o reprimidas en los individuos. En este marco, las representaciones relacionadas con la masculinidad y las relaciones de género son parte de un universo simbólico y subjetivo complejo que comprende tanto sentimientos, pensamientos y sentidos sobre lo vivido. (Olavarría y otros, 1998).

Los jóvenes de sectores populares vivencian la transmisión de la construcción del género, y es un desafío para ellos lograr posicionarse desde la masculinidad tradicional, con todo el costo que esto les conlleva, ya que vivir en condiciones de pobreza cuestiona el rol principal de la masculinidad tradicional, debido que no posibilita del todo ejercer la función de proveedor hacia su familia.

Descripción Población La Legua

La población La Legua se ubica en la comuna San Joaquín. La Legua se divide en tres sectores denominados como; Legua Emergencia, La Legua y Nueva La Legua, cada una de ellas cuenta con su Unidad Vecinal como; N° 25, 21 y 20 respectivamente.

El año de origen de estas poblaciones, remonta a 1930 con la primera toma de terrenos realizadas por familias de escasos recursos, llegadas desde el sur o de los sectores marginales de Santiago. La primera población que se fundó en 1930 fue 'La Legua' conocida comúnmente como Legua Vieja. Veintiocho años después en 1958 se fundó la población 'Nueva La Legua', y en 1960 se crea 'Legua Emergencia'. (I. Municipalidad de San Joaquín, 2012). Respecto a esta última, como dato anexo, es común escuchar de algunos de los primeros pobladores, que esta población se creó de emergencia como respuesta a la urgente necesidad de vivienda de ese momento. La estadía no sería por mucho tiempo debido que existía la promesa política de construir un proyecto de vivienda con las dimensiones métricas acordes a las características de familias numerosas de entonces, lo cual nunca se materializó ni se concretizó, dejando a las familias y a las siguientes generaciones viviendo en las mismas condiciones sociales y de infraestructura urbana. Los índices de pobreza referidos específicamente a este sector, corresponden a un 57% de sus habitantes; un 18% son indigentes y hay 300 familias que viven de allegadas en casas que miden tres metros de ancho por 20 metros de largo. (I. Municipalidad de San Joaquín, 2012).

En cuanto al número de habitantes, a partir de los datos del Censo 2002, es de un total de 14.011, desglosándose en 4.915 habitantes en Legua Emergencia, 2.878 en La Legua (Legua Vieja), y 6.218 en Nueva La Legua. (I. Municipalidad de San Joaquín, 2012).

Por otra parte, como otro antecedente la población La Legua representó en el pasado un bastión de lucha política y social en la resistencia contra el régimen de la dictadura militar,

llevando a cabo diferentes acciones para mitigar la cesantía y junto a ello la escasez de alimentos. En contraposición a su pasado de activismo político, en el presente, la población vivencia un escenario de violencia asociado a las problemáticas de la drogadicción y el tráfico de drogas. Que desde el Ministerio del Interior hace ya algunos años se ha llevado a cabo procesos de intervención social, con miras a disminuir los niveles de violencia, delincuencia y el tráfico de drogas, que por lo demás aún no han sido erradicados. En este marco, la población mantiene una mesa tripartita de participación, representada por la comunidad, el gobierno y la municipalidad, con el fin de ampliar las opiniones, canalizar el trabajo de intervención para buscar soluciones menos intrusivas a las problemáticas que vive la población.

Jóvenes de La Legua

Respecto a los y las jóvenes de La Legua se observa una variedad de grupos que expresan un estilo, tendencia cultural o contracultural con la cual se identifican. Desde el aspecto socioeconómico en su mayoría estos jóvenes no cuentan con trabajo estable, al contrario realizan trabajos precarios y mal remunerados, no cuentan con estudios superiores, y la moratoria social a la que podrían acceder es débil, percibiendo en ellos grandes esfuerzos por terminar estudios y compatibilizarlos con sus vidas familiares, ya que es común que antes de los 25 años estos jóvenes ya son padres y mantienen económicamente a su familia y viven de allegados en casa de suegros o de los padres.

Dentro de estos jóvenes se encuentran aquellos que participan en las distintas organizaciones sociales, culturales, deportivas y de iglesia, jóvenes líderes y lideresas que representan a sus semejantes y también son la voz de su comunidad, realizando trabajo social y político que busca responder a las demandas colectivas de la población.

En la variedad de grupos de participación los jóvenes están insertos y trabajan con alto compromiso en clubes deportivos, batucadas, grupos de baile, bandas de rock y de hip hop.

Dentro de la variedad de estilos que surgen en los sectores populares, también se logra identificar otro segmento de jóvenes que se identifican con la música del regeton, que a través del lenguaje de sus letras, códigos y vestimenta, también rescata al joven popular y sus

prácticas. Ya que justamente este segmento de jóvenes no se identifica ni participa con los grupos socioculturales y políticos existentes en el barrio.

Organización Social en La Legua

En la actualidad, la existencia de espacios de participación en el ámbito comunitario, deportivo y cultural presentes en la población y específicamente en el sector Nueva La Legua, lugar donde se centra la investigación, son fruto y parte del trabajo social colectivo organizado en las décadas del 60' al 80'. Tales experiencias comunitarias de alguna manera han sido transmitidas a las siguientes generaciones, lo cual se manifiesta en la existencia de las actuales organizaciones y agrupaciones que permanecen activas manifestando un gran sentido de pertenencia con el barrio y su historia.

Sin olvidar que desde 1930 en el origen del primer sector de la población La Legua, hubo un gran despliegue organizacional y comunitario para crear la población, la unidad de los vecinos fundadores logró establecer las bases para la participación social y política, y de esta manera levantar la población con sacrificio y esfuerzo. Lo que es significativo y valórico de rescatar para las nuevas generaciones que son parte de este pasado como nietos y bisnietos de estos fundadores.

2. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

La población La Legua y en especial los jóvenes que allí viven, generalmente son vistos por la sociedad con el lente estigmatizador, en donde los medios de comunicación han aportado a este imaginario social, apoyándose en gran parte en los índices de delitos que la población ha presentado. En este sentido:

Varios estudios han demostrado que la estigmatización de la juventud como violenta y drogadicta es fruto de la exclusión social y de la impotencia de los jóvenes ante la situación en que viven. De esta manera, prevalece un enfoque unilateral del fenómeno, que enfatiza el protagonismo juvenil olvidándose de que los jóvenes son también víctimas, y que si los jóvenes son violentos se debe al contexto de desigualdad, exclusión y violencia a que están sometidos, así como la visión de los medios de

comunicación sobre su realidad y la represión del aparato estatal, ejemplo de esto, es el debate actual sobre la ‘reducción de la mayoría de edad penal’, tan en boga en varios países de la región. (Tejeda y Reis, 2008, p.37).

Estas percepciones y opiniones discriminadoras que generalizan a este grupo etario y el sensacionalismo de los medios de comunicación, va a profundizar esta mirada sesgada que percibe a lo jóvenes fuera del sistema social e invisibiliza los aportes que genera el capital social de éstos en su comunidad. Como señalan: Duarte y Littin (2002) que “se genera hacia este grupo una mirada negativa, criminalizadora y de invisibilización de sus expresiones culturales y contraculturales”. (p.19).

En opinión personal, la experiencia de trabajo comunitario en sectores altamente vulnerados me ha revelado que los y las jóvenes vivencian la discriminación sobre todo en el aspecto laboral, como también se reconocen a sí mismos generadores de nuevas prácticas culturales y contraculturales, aportando a su entorno y a la sociedad nuevos saberes que contribuyen a la dinámica social. Al mismo tiempo en estos espacios de socialización, se manifiestan expresiones de masculinidades tradicionales y alternativas que interactúan unas con otras. De este modo, las vivencias y experiencias de ser hombre joven en el sector de La Legua, es propio y particular de ese contexto socio-cultural, el cómo significan, construyen o deconstruyen su identidad de género, el cómo reproducen nociones y roles tradicionales asociados al ser masculino o al ser femenino, o por el contrario si es posible identificar nuevas expresiones de identidades o cambios en los discursos juveniles.

De esta manera surge o se visualiza el problema de investigación de este estudio, acerca de cómo los varones jóvenes de sectores populares están construyendo y definiendo su masculinidad a través de la socialización en las dinámicas de la organización socio-deportiva y cultural, como también en las relaciones consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres. Desde acá se planteó la pregunta que orientó el desarrollo de este estudio:

¿Cómo los jóvenes del sector Nueva La Legua están construyendo y definiendo su masculinidad tanto en las dinámicas de la organización socio-cultural y deportiva, como también en las relaciones consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres?.

3. OBJETIVOS

Objetivo General:

Analizar cómo los jóvenes del sector Nueva La Legua están construyendo y definiendo su masculinidad tanto en las dinámicas de la organización socio-cultural y deportiva, como también en las relaciones consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres

Objetivos Específicos:

- 1) Explicar cómo las organizaciones comunitarias inciden en la construcción de masculinidad de los jóvenes que participan en ellas.
- 2) Identificar la socialización de género dada al interior de la familia y en la escuela, como primeras experiencias de transmisión socio-cultural
- 3) Identificar estilos de masculinidades que se forjan a raíz de los procesos de socialización en las organizaciones y en las relaciones interpersonales de los jóvenes.

4. RELEVANCIAS

Ser hombre joven y vivir en un sector empobrecido conlleva características particulares de identificación. Por esto que el reconocerse hombre e interiorizar su lugar social, lo enfrenta a las problemáticas sociales y a la falta de oportunidades, validarse en el medio o contexto social en el que vive, el cual no está exento de conflictos y violencia. Como señala, Olavarría y otros (1998): “Los atributos que caracterizan la masculinidad son construidos socialmente y varían, según la etapa del ciclo de vida, nivel socioeconómico, etnia y el ámbito cultural en el que el sujeto ha sido socializado”. (p.11).

Estos contextos barriales se encuentran igualmente influenciado por los procesos de modernización y por el modelo económico neoliberal, que ha provocado la estratificación y la

exclusión social de sectores y a su vez de individuos, afectando de manera transversal la vida personal, la dinámica familiar y el entorno social específicamente de estos territorios.

Por esto que, “la crisis económica, que se inicia a mediados de los 70 y se extiende hasta los 80, se caracterizó por la reducción del gasto público social y la reducción del empleo estatal; reducción de los salarios reales y aumento de la cesantía, entre otros. Exacerbó las diferencias sociales, económicas y culturales, y se tradujo en la exclusión de sectores sociales –en particular de los/as jóvenes en situación de pobreza y extrema pobreza- de un conjunto de recursos como la seguridad social, educación, salud, vivienda, entre otros”. (Olavarría y otros, 1998, p.7).

Desde este contexto de condiciones económicas, políticas y sociales, se debe comprender y explicar los conflictos que afectan precisamente las relaciones cotidianas de los jóvenes, los cuales se ven enfrentados a profundas inequidades sociales y desigualdades de género, como resultado del modelo económico, la desigual distribución de la riqueza, la falta de políticas regulatorias en torno al mercado y de mejoramiento de la educación, entre otras.

La relevancia de la investigación para las ciencias sociales, por una parte, radica en la posibilidad de identificar los procesos de construcción de las identidades masculinas en jóvenes de sectores populares, y que participan en organizaciones comunitarias, específicamente en la población La Legua donde se ubica este estudio. La cual pretende entregar nuevos insumos que permitan conocer a estos jóvenes y sus construcciones identitarias y con ello explorar en las experiencias de vida que dan lugar a otras posibles masculinidades que identifican el ser hombre joven, específicamente en contextos de pobreza y vulneración.

Por otra parte, generar nuevos saberes a través del desarrollo de este estudio exploratorio, de enfoque cualitativo y con perspectiva de género, permite relevar las voces acalladas y silenciadas por el sistema económico y político imperante. El cual estigmatiza a los jóvenes de sectores populares encasillándolos con estereotipos como delincuentes o drogadictos, que desde la mirada adultocéntrica (Duarte, 2011), invisibiliza la producción de sus saberes y el aporte que realizan a la comunidad con su participación social, política y comunitaria. Estos jóvenes sin proponérselo van transmitiendo un legado a las nuevas generaciones, cargadas de identidad social y de sentido de pertenencia con el barrio y sus pobladores. Y a través de la

participación que dedican a sus organizaciones, desarrollan vida comunitaria y mantienen activa la vida social de pobladores y pobladoras.

Al acercarse la mirada al barrio es posible observar una rica vida comunitaria de participación, donde las organizaciones sociales integran a distintos grupos étnicos, quienes a su vez conviven con la existencia de otro escenario social, como: la drogadicción, la cesantía, el tráfico de drogas y la constante vigilancia policial en las calles. Desde los medios de comunicación se reproduce la imagen estereotipada de la población y sus pobladores, y en este sentido, la imagen mayoritariamente de los jóvenes se ve afectada por prejuicios y estigmatizaciones, que conlleva dificultades del orden de las oportunidades laborales y por ende, la ausencia de ingresos económicos dificulta o niega el derecho de acceso a bienes y servicios en áreas como: salud, vivienda y educación, que en definitiva va a afectar el desarrollo personal de los jóvenes en todos sus ámbitos.

5. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Paradigma

La investigación se posicionó desde la perspectiva fenomenológica. “Este paradigma permite centrarse en la experiencia y conducta humana, lo que la gente dice y hace, es producto del modo en que define su mundo”. (Taylor y Bogdan, 1987, p.23), de la cual se desprende el enfoque metodológico cualitativo. La elección de este enfoque posibilita ampliar la mirada en la investigación rescatando las vivencias de los sujetos(as), en el caso de este estudio, enfocando la mirada en los varones jóvenes que viven en la población La Legua, en sus aprendizajes de ser hombre a través de la familia y la escuela, como también desde la participación en las organizaciones socio culturales donde socializan y despliegan saberes y también aprendizajes.

Respecto al uso de la metodología cualitativa Taylor y Bogdan (1987), señalan:

La metodología cualitativa produce datos descriptivos, las propias palabras de las personas, habladas o escritas y la conducta observable. En estos estudios los investigadores siguen un diseño flexible, van al escenario y a las personas en una perspectiva holística, comprendiendo a éstas dentro del marco de referencia de ellas

mismas. Para la investigadora cualitativa, todas las perspectivas son valiosas, no busca la “verdad” o la “moralidad” sino una comprensión detallada de las perspectivas de otras personas. (p. 20-21).

En este sentido, a través de la metodología cualitativa es posible conocer cómo los jóvenes de la población La Legua construyen su identidad masculina, ya que el énfasis de la investigación está puesta en los sujetos de estudio, lo cual permite conocer la propia perspectiva del actor y lo que éste considere relevante transmitir desde su experiencia de vida, tanto en lo personal, como en el ámbito de la participación comunitaria, política y deportiva.

Tipo de investigación: Exploratorio con alcance descriptivo

A su vez la investigación es de carácter exploratorio, dada la naturaleza del fenómeno a estudiar y las características particulares de éste. Entendiendo éste tipo de estudios como aquellos que tienen “por objeto central el familiarizarse con un tópico desconocido o poco estudiado”. (Fernández, 1998, p.59).

El alcance descriptivo está dado ya que al abordarla de forma exploratoria nos da la posibilidad de adentrarnos en la realidad social, y por tanto identificar para luego describir crítica y reflexivamente las formas o expresiones de masculinidades que allí se encuentren, por medio de las experiencias y vivencias emanadas del discurso de los jóvenes pertenecientes al sector Nueva La Legua. Con respecto a la revisión de la literatura existente se pudo constatar que no existen estudios en la población La Legua relacionados con el tema central de investigación *construcción de masculinidades en varones jóvenes*.

Epistemología Feminista

Por otra parte, la investigación se sitúa también desde el método feminista, en contraste con el paradigma científico dominante –que se preocupa por la objetividad, la racionalidad y la lógica- la postura feminista tiene en sí misma “un objetivo político, pugna por conformar una nueva visión global, en la que los fenómenos aparezcan como históricos, contradictorios, vinculados entre sí y susceptibles de modificación”. (Mies, 1998, p.69).

El **método feminista** propone una nueva manera de hacer ciencia, recogiendo la experiencia y vivencias de las mujeres y los oprimidos, el método feminista realiza una crítica profunda a las ideologías e instituciones patriarcales, da cuenta de los movimientos sociales, las relaciones de poder, la división sexual del trabajo, la discriminación y la opresión hacia la mujer, demandando y exigiendo el derecho sobre los propios cuerpos, a través de acciones políticas concretas.

Las investigadoras feministas a través de reflexiones y sólidos trabajos critican el modelo de investigación científica, el que se caracteriza por ser empírico, objetivo y neutral, el que ha prevalecido como único modelo válido de investigación y se ha instalado en una esfera masculina dominante. Como bien señala, Mies (1998):

La “visión alternativa” que de la realidad nos aporta la perspectiva de nuestra propia experiencia subjetiva no solamente nos muestra que nosotras las mujeres no aparecemos en la concepción dominante del mundo y de la ciencia, sino que toda esa concepción es errónea, que está equivocada porque mantiene en la oscuridad y aísla de los procesos sociales a los explotados y dominados: las mujeres, las colonias, la naturaleza. (p.71).

En este sentido, la perspectiva feminista devela y hace visible aquellas desigualdades sociales e inequidades que afectan a las personas, aquellos(as) que no cuentan con redes sociales, con acceso a bienes y servicios y tampoco con el respaldo institucional de un Estado protector, por lo que se encuentran excluidos de los servicios y derechos básicos, y gran parte de sus existencias vivencian la discriminación en varios ámbitos, como; social, cultural, política y económica.

Posicionamiento Epistemológico

Conociendo los lineamientos centrales de la investigación, es pertinente plantear mi posición como investigadora frente al estudio. Respecto a esto, el método feminista me permite situarme desde mis propias experiencias, como pobladora y participante activa de diferentes grupos, realizando trabajo comunitario hacia niñas, niños y grupos juveniles en riesgo social en la población La Legua. Posteriormente, como profesional interviniendo desde la disciplina del Trabajo Social en las problemáticas de adicciones a las drogas, y a través de la realización

de esta investigación poner en práctica la mirada y reflexión de la perspectiva de género. Para lo cual el conocimiento con el espacio territorial de la población, me ha posibilitado vincularme con las organizaciones y sus integrantes, compartir y hacerlos parte de esta investigación académica.

Magallón (1999), señala al respecto:

Partir de la experiencia de las mujeres y el poner en un mismo plano al sujeto y al objeto observado, lo que produce en los estudios feministas una visión menos perversa: es la postura de las que se reclaman del Feminist Standpoint (FS), una epistemología situada, deudora del marxismo. (p.64).

El elemento situado de la epistemología feminista es pertinente con mi postura o posición frente a la investigación, ya que mi propia biografía de vida me permite situarme en este contexto barrial específico, internalizarme en él, evitando prejuicios o temores que sólo podrían obstaculizar el desarrollo y los análisis de los resultados.

La intención está puesta en generar conocimiento a través de la interacción entre la investigadora y los sujetos de estudio. El método feminista me permite recoger las voces silenciadas, sobre todo de aquellos grupos que se encuentran excluidos social y culturalmente, como el caso de los jóvenes pertenecientes a estratos bajos y de acuerdo a esta investigación, conocer la construcción de masculinidades de acuerdo a las experiencias de los jóvenes de La Legua.

Universo y muestra de investigación

De la población La Legua el sector denominado Nueva La Legua, fue el lugar geográfico donde se extrajo la muestra definitiva que interesó investigar, el motivo principal de esta elección se debió que este sector reúne mayor cantidad de organizaciones sociales donde participan varones jóvenes. En este sentido, la estrategia de contacto de los sujetos de estudio, se desarrolló de acuerdo al conocimiento territorial y de contactos claves que su autora posee por su experiencia de participación, lo cual facilitó el acercamiento y posterior invitación a los grupos de jóvenes de este sector.

De esta manera, los participantes del proceso de producción de información fueron varones jóvenes entre 18 a 29 años, que accedieron voluntariamente a participar en el proceso de entrevistas de la investigación. Y los criterios de selección fueron definidos como:

- Varones jóvenes heterosexuales
- Vivan en la población La Legua, en cualquiera de sus tres sectores denominados: Legua vieja, Legua emergencia y Nueva La Legua.
- Y participen en organizaciones sociales, culturales y deportivas de Nueva La Legua.

Es preciso señalar, que a los jóvenes se les informó de manera previa sobre la intención y los fines de la investigación, a lo cual accedieron afirmativamente, garantizándoles además la confidencialidad de su identidad. Por lo tanto, los nombres de los participantes han sido cambiados tanto en el desarrollo de las transcripciones de las entrevistas, como en los análisis de las mismas.

Producción de la información

La técnica utilizada para la producción de la información, fue la aplicación de entrevistas en profundidad, para lo cual se requirió la elaboración previa de una pauta de preguntas abiertas, con temáticas específicas que abordaron las ideas centrales tanto de la pregunta de investigación como de sus objetivos. La elección de esta técnica permitió abordar en profundidad las experiencias de los varones jóvenes, respecto de su participación y socialización en las organizaciones sociales. A su vez conocer las experiencias personales de cómo han ido construyendo su identidad masculina en estos procesos de socialización tanto en la organización como en la etapa previa de la infancia con la familia, la escuela y los grupos de semejantes. Para lo cual se llevaron a cabo un total de ocho entrevistas en profundidad, de acuerdo a los criterios previos definidos para los sujetos de estudio.

La entrevista en profundidad opera como una técnica de producción de información de doble tipo: información verbal oral (las palabras, significados y sentidos de los sujetos implicados en la entrevista) e información de tipo gestual y corporal (las expresiones de los ojos, el rostro, la postura corporal, etc.), que son leídas e interpretadas durante la interacción cara a cara y que, por lo general, resultan claves para el logro de un mayor o menor acceso a la información y “riqueza” del sujeto investigado, ya que

condicionan la interacción y el grado de profundidad durante la situación de la entrevista. (Gainza en Canales, 2006, p. 220).

El uso de esta técnica permitió que la entrevistadora lograra comunicar los distintos tópicos y temas centrales de la investigación y a su vez recopilar información relevante de parte de los entrevistados. El análisis de los datos se desarrolló a través de la transcripción de las entrevistas, rescatando en ellas las ideas y conceptos fundamentales aportados por los propios jóvenes. Y para profundizar en estas representaciones sociales se utilizó el análisis de contenido, el cual permitió conocer las experiencias significativas y de aprendizaje de género de los jóvenes. Los datos extraídos de las entrevistas fueron registrados a través de grabadora digital, y las transcripciones de éstas fueron realizadas de forma manual.

Por otra parte, avanzando en la aplicación de las entrevistas, se evidenció que el contenido de éstas no aportaba mayor información de la que ya se estaba recopilando, por lo que comenzaba a redundar. En este sentido, se estaba frente a la saturación de la información, ya que las entrevistas no aportaron mayores y nuevos antecedentes que pudiesen ser utilizados para enriquecer la información de la investigación. (Strauss A. y Corbin, J. 2002). La utilización de estas herramientas metodológicas permitió a su autora que durante el proceso de investigación, fuese menos intrusiva o menos disruptiva sobre las opiniones y/o prácticas que los jóvenes llevan a cabo en sus interacciones sociales. Además de facilitar el proceso normal y natural de sus actividades, con el objeto de identificar las construcciones de masculinidades instaladas en ellos, expresadas a través del lenguaje y prácticas culturales, así como también la representación que hace el propio sujeto del contexto en el cual se encuentra inmerso, lo que representa una fuente valiosa para conocer y comprender el fenómeno en estudio.

Ejes de Estudio – Plan de análisis

Los ámbitos o ejes de estudio para trabajar en los análisis de la investigación son: **la familia, la escuela, la organización comunitaria y los grupos de semejantes**. La familia como primera experiencia donde se transfieren las construcciones socio-culturales en torno al género, la escuela como institución formal que profundiza y valida las nociones de género, y la organización comunitaria junto al grupo de semejantes como aquel espacio donde se socializan las expresiones y nociones de masculinidad y feminidad ubicándose en constante

práctica cotidiana. Con el propósito de profundizar en los análisis se indagó desde el planteamiento de Kaufman; acerca de **“La Tríada de la Violencia Masculina”**:

Esta Tríada analiza específicamente “la violencia masculina contra las mujeres, violencia contra otros hombres, y la violencia contra sí mismo”. La cual se sitúa en “sociedades con estructuras patriarcales de autoridad, dominación y control, diseminadas en todas las actividades sociales, económicas, políticas e ideológicas y en las relaciones con el medio ambiente natural”. (Kaufman, 1989, p.29).

Si bien este esquema remite a temas de violencia, no es precisamente el objetivo a trabajar en esta investigación, sino que es el esquema analítico que se utilizó para conocer antecedentes del aspecto relacional de las experiencias de los jóvenes de Nueva La Legua.

6. ESTRUCTURA DEL TEXTO

La estructura del texto se compone de tres capítulos de análisis, cada uno de ellos contiene temas centrales que permiten desarrollar reflexión e interpretación en los distintos ejes tratados en la entrevista, reflexiones que se cruzan con el apoyo bibliográfico de un marco teórico que complementa los análisis. Por otra parte, cada uno de estos capítulos pretendió responder a cada objetivo específico planteado y en su conjunto al objetivo general.

El Capítulo I denominado Masculinidades y Organizaciones Comunitarias, plantea los análisis desde la experiencia de los varones jóvenes que participan en las organizaciones culturales y deportivas del sector Nueva La Legua, cuyo principal objetivo además de conocer la vida comunitaria que se genera en torno a estas organizaciones y el barrio, también fue conocer cómo es que estas organizaciones influyen en la construcción de masculinidades en los varones jóvenes.

El Capítulo II denominado Crianza, recopila de manera sintetizada las experiencias de los varones jóvenes vividas al interior de la familia, la escuela y los grupos de semejantes. Para lo cual se plantearon preguntas y temas relacionados con las primeras experiencias de la transmisión socio-cultural del género en la formación de masculinidad(es). Es decir, el traspaso de saberes basados en estereotipos, valores, signos y símbolos asociados a la construcción de la masculinidad hegemónica y tradicional.

El Capítulo III denominado Masculinidad(es), permite identificar la percepción que tienen de sí mismos los varones jóvenes, las relaciones interpersonales consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres, como también la opinión que tienen respecto a la paternidad, la noción de libertad instalada culturalmente en los géneros y el cruce entre parentalidad homosexual. Las Conclusiones finales reúnen en síntesis el resultado de la investigación, la cual está estrechamente ligada a los análisis de cada uno de los capítulos anteriormente señalados. Permitiendo conocer los cambios, rupturas y/o continuidades de género en las relaciones sociales que los varones jóvenes de este territorio específico han experimentado y que se encuentran vivenciando.

CAPÍTULO I: MASCULINIDAD(ES) Y ORGANIZACIÓN COMUNITARIA

El primer capítulo contiene dos ejes de análisis, el primero está centrado en el ámbito de la “Participación en Organizaciones Socio-Culturales” y el segundo en la “Participación en Clubes Deportivos de Fútbol”. Ambos ejes permiten conocer la experiencia de participación de los varones jóvenes en estas organizaciones insertas en Nueva La Legua.

El primer eje analiza el ingreso a la organización y el sentido de pertenencia, la participación de jóvenes homosexuales y desarrollo de la masculinidad en la organización social. El segundo eje analiza los significados o imaginarios sociales que los varones jóvenes poseen, en cuanto al perfil del jugador de fútbol de barrio, potenciación de la masculinidad y análisis de la participación de las mujeres que tienen algún vínculo con los clubes deportivos de barrio. Por último, el propósito de este capítulo es responder al primer objetivo de la investigación.

INTRODUCCIÓN TEORICA

La Participación

Para comprender el concepto de participación es necesario primero contextualizar el periodo donde se desarrolla con mayor énfasis dicho término. En Chile la participación ha experimentado varios procesos de cambios en su significado y/o conceptualización desde los años 60' época en donde la participación se proponía como un imperativo ético, “la sociedad justa”. Luego en la década del 70' este concepto perdió fuerza entre las preocupaciones de las ciencias sociales latinoamericanas. Por consiguiente este concepto vuelve a transformarse sobre todo en aquellos periodos vinculados con la llegada y término del régimen militar en Chile. Y en este sentido las ONG's durante este periodo cumplieron un rol determinante en el quehacer y ejercicio de la participación social, resignificando la tarea calificándola de ‘alternativo’, la cual prescindía de las posiciones ideológicas dominantes, y apuntó a una construcción social al margen del aparato estatal. De esta manera que “participar” pasó a entenderse como la incorporación en las redes y organizaciones que se daba la sociedad civil. Lo cual no tenía ninguna relación posible entre la sociedad civil y el Estado. La participación nos apareciera como una capacidad “natural” de cada persona, una posibilidad que estaría

aplastada e inhibida por la carga de la dominación, que debía brotar libre en la medida en que se disolvieran esas estructuras pesadas que imponían la desigualdad. Impulsar participación equivalía, entonces, a encaminarse en la recuperación del orden natural (justo); era fundamentalmente bueno y deseable que las personas exigieran sus derechos hacia la igualdad. (Palma, 1998).

En este sentido, la idea o el concepto de participación cobra sentido en el quehacer comunitario, sobre todo cuando éste se desarrolla en contextos de barrio popular, en el ejercicio cotidiano de las distintas organizaciones sociales, políticas, culturales y deportivas de Nueva La Legua.

Los procesos vivenciados en Chile a nivel social, político y cultural de las últimas tres décadas, no han quedado exentas de las influencias producidas por la implementación de una economía de mercado neoliberal y por el efecto de la dictadura militar, con sus ya conocidas consecuencias a nivel social: segregación, cambios en la forma de vida, brechas económicas, como también a nivel individual: vulnerabilidad, empobrecimiento, exclusión, entre otros.

Diversos autores caracterizan la situación social en la época actual, principalmente desde cuatro procesos que estarían desplegándose de manera simultánea: la globalización, la cual vendría a homogeneizar la cultura llevando a una pérdida de identidad de las naciones. Los procesos de individualización, que conlleva prácticas de relaciones competitivas, de desconfianza e inseguridad social. El despliegue de las tecnologías de la información, reflejada en la acumulación de riqueza sólo para los grupos de poder, provocando exclusiones y brechas económicas. Y los modos de hacer política desde los gobiernos y desde la sociedad civil, en donde la consolidación y autonomía del Estado y la política provocaron procesos de fragmentación social y de corrupción en los actores políticos que no representarían a la sociedad en su conjunto. (Duarte, 2011).

A partir de este contexto socio político histórico en Chile, influenciado por los procesos de cambios desde el hemisferio norte, el concepto de participación llevado a cabo en los sectores populares, ha debido transitar por un largo camino para ser construido desde sus bases “los pobladores”, enfrentando diversas barreras desde el aparato del Estado y del sistema dominante. De esta manera, la participación recobra sentido en un contexto de país profundamente segregado, individualista, con un modelo de mercado capitalista y conservador. Duarte (2011), señala:

Refiriéndonos a las experiencias de producción de comunidades desde los mundos juveniles en sectores empobrecidos, las experiencias desplegadas y sistematizadas nos muestran tres de estos elementos: los *territorios* en que dichas comunidades se producen concretizan, el *ambiente* que les da cuerpo, y las subjetividades que en ella se producen, en esta última destacamos el *sentido de pertenencia*. (p.5).

En cuanto a la acepción de territorio, se puede entender como fuera de las delimitaciones técnicas y burocráticas, y se encuentra más cerca de las coordenadas espacio-temporales contextuales y medio ambientales, que desempeñan un papel clave en la explicación y comprensión de las realidades sociales, la cual funciona más como un sustrato significativo de las interacciones sociales y del comportamiento sociocultural. (Duarte, 2011). En este sentido, el barrio o el territorio, con sus dinámicas y relaciones, sus agrupaciones sociales, culturales y deportivas, ocupan un lugar importante en las vidas de las y los jóvenes que viven en sectores populares, estas prácticas y expresiones es lo que permite dar sentido de comunidad al barrio, lo cual constituye un referente que entrega la articulación de sentidos identitarios que permite estrechar vínculos sociales y culturales.

Para los y las jóvenes la organización, la esquina, la plaza, el barrio es más que un lugar de encuentro, es también el espacio que permite desarrollar aptitudes, capacidades y habilidades, que ayudan a fortalecer el sentido de pertenencia hacia su cultura y el entorno social, entendiendo ésta como: “las significaciones que las y los sujetos atribuyen a sus experiencias y a los imaginarios que en torno a ellas construyen para delimitar sus modos de anclaje en sus vidas”. (Duarte, 2011, p. 6). En el contexto de la población las y los jóvenes socializan con grupos de semejantes, entendido como aquel grupo que dentro de un contexto comunitario comparten elementos comunes y cierta unidad territorial, de ambiente y de sentido de pertenencia y que en dichos procesos sociales y culturales las y los sujetos se vinculan.

Entre estos grupos de jóvenes de sectores populares existe transmisión de saberes, expresiones artísticas y culturales, como: la música alternativa del rock, el hip-hop, el teatro, la danza, muralismo, batucadas, graffitis y prácticas deportivas como el fútbol. A través de los cuales expresan sentimientos, opiniones y desacuerdos con el sistema político imperante y también al menos discursivamente con el sistema patriarcal tradicional. Estos grupos de jóvenes desde distintas acciones y formas de participación instalan un sentido de compromiso social hacia su comunidad, de manera de retribuir las distintas expresiones culturales y contraculturales,

organizando colectivamente actividades locales, como murgas, tocatas, batucadas, carnavales y marchas por la paz en La Legua, iniciativa que surge por la necesidad de frenar los enfrentamientos a balaceras entre las bandas delictuales que se ubican en el sector de Legua Emergencia. Por esto que, “los espacios sociales que la población ofrece constituyen factores diferenciadores de las otras juventudes que existen en nuestra sociedad”. (Duarte, 1999, p.9). De esta manera, las organizaciones comunitarias y el barrio en sí, entrega elementos que se constituyen en sentido de pertenencia de las y los jóvenes y en la construcción de identidades tanto individuales como colectivas.

1. PARTICIPACIÓN EN ORGANIZACIONES SOCIO-CULTURALES

Este primer eje analiza la participación de los jóvenes y la dinámica de la organización, vinculando los procesos de socialización de los hombres jóvenes al interior de éstas organizaciones, en cuanto al desarrollo de la masculinidad.

1.1 Ingreso a las organizaciones sociales:

En su mayoría los varones jóvenes entrevistados, se integraron a participar en las distintas organizaciones sociales y culturales, por medio de un amigo o un pariente relacionado con la agrupación, en el caso de los jóvenes del grupo de danza folclórica Raipillán, algunos se integraron por la necesidad de aprender los bailes típicos exigidos por el liceo donde cursaban la enseñanza media. En cuanto a la militancia del joven en las “Juventudes Comunistas de Chile”, ha sido motivada por continuar con la tradición política familiar, pues en La Legua son conocidas las familias que han dedicado sus vidas a ideales políticos de pensamiento marxista, defendiendo derechos humanos y creando conciencia entre los pobladores con cada actividad organizada para conmemorar la memoria de las y los caídos víctimas de la dictadura militar. De la misma manera, los jóvenes que participan en los clubes deportivos del barrio, son motivados por la tradición familiar de jugar y defender la camiseta del equipo donde participó activamente su padre, su abuelo, tíos y primos.

Respecto a la permanencia de los jóvenes en la organización, según señala el entrevistado:

“hace ocho años en el Raipillán, desde que empezó, en el año 2004”. (**Jorge, grupo Raipillán**).

La mayoría de los jóvenes ha permanecido en la organización en promedio un tiempo de tres a ocho años los más antiguos, tiempo que les ha permitido conocer sus habilidades y desarrollar otras a través de la participación activa en el grupo.

1.2 Sentido de pertenencia:

Las formas de participación juvenil son variadas, mientras manifiestan su rechazo al sistema tradicional de la política, valoran altamente la participación como medio para la autorrealización, incrementan nuevos modos informales de asociación colectiva, con altos grados de responsabilidad y sin la necesidad de la presencia de un adulto. (Tejeda y Reis, 2008).

En este sentido, la experiencia de participación vivida por los jóvenes en las organizaciones comunitarias, les ha permitido generar un alto sentido de pertenencia con la organización, el grupo, la comunidad y el barrio, y también un alto compromiso hacia los objetivos que persigue la organización. Según señalan los jóvenes entrevistados:

“encuentro que ya todo el tiempo y el esfuerzo que uno le pone, como que se va volviendo como parte de uno igual...” y respecto a la experiencia: *“Buena, agotadora igual, satisfactoria, (...) como con cosas que uno igual no tiene todos los días”.* (**Mauricio, grupo Raipillán**).

“A mi lo que más me gusta son los momentos en que nosotros bailamos en la calle...en los pasa calle, claro, eso a mi es lo que más me llena y ha sido desde siempre”. (**Héctor, grupo Raipillán**).

En relación a la valoración de la experiencia vivida por los jóvenes, señalan:

“con altos y bajos como todas las cosas, pero ha sido súper entretenido, mucho más ahora, así como del 2010 para adelante, como que todo el trabajo que fuimos haciendo desde el 2004, como desde el 2010 en adelante empezó a dar frutos. Y ha

sido súper gratificante, en realidad ya el grupo es como un hijo”. (Jorge, grupo Raipillán).

En su mayoría los jóvenes entrevistados señalaron sentirse completamente identificados con la organización y su grupo de semejantes, ya que se observa que el espacio que otorga la organización social les permite encontrarse consigo mismo y les da la oportunidad de desarrollar habilidades y compartir experiencias con su grupo. En este espacio comunitario y social, se observa que no existen diferencias de clase, los jóvenes declaran sentirse todos iguales, existe trabajo de equipo y el respeto es el primer requisito para permanecer en ella. La organización también es el espacio donde los jóvenes encuentran la oportunidad de sentirse escuchados, acogidos y valorados, además de ser un lugar de esparcimiento, es acá donde sienten que pueden desarrollar habilidades y adquirir herramientas para enfrentar el mundo que esta afuera del barrio, como el trabajo, el liceo o la universidad. Y a través de la danza, la música, el fútbol y la política, estos jóvenes han ido adquiriendo capacidades físicas y psicológicas, como: aumentar su autoestima, desarrollar creatividad y constancia en la disciplina, y estos mismos elementos positivos los han impulsado a mejorar en otros aspectos de sus vidas, ya sea en lo personal, laboral, familiar y otras relaciones interpersonales.

Se observa también que los jóvenes ven en la organización la posibilidad de contar con mejores oportunidades y crecer en lo personal, en el caso de los integrantes del grupo de danza Raipillán, los jóvenes han tenido la posibilidad de viajar por Chile y al extranjero, presentando los bailes y danzas del folclor chileno y latinoamericano, jóvenes de La Legua que no tenían ninguna posibilidad de realizar estos viajes. Lo han hecho posible gracias al esfuerzo y el trabajo en equipo que realiza la agrupación. Estas experiencias han permitido en los jóvenes aumentar su sentido de pertenencia y de identidad con la organización y el barrio. Por esto que representar a la comunidad y la población La Legua en los lugares que visitan ha tenido un sentido mayor que les ha significado orgullo.

“Ahora nos ha logrado dar una estabilidad, no nos dan un gran sueldo ni nada pero un aporte que ya es súper significativo para uno como bailarín...el tema de los viajes, viaje a Europa en el 2010, este año Isla de Pascua...son pagados, a uno le piden lo mínimo, y son las mansas experiencias igual”. (Jorge, grupo Raipillan)

Estas experiencias sin duda que les ha ayudado a ampliar su mirada y visión del mundo, conocer otras culturas les ha permitido de alguna manera romper paradigmas personales y sociales, confiar más en sí mismos, crecer y adquirir experiencia en el ámbito de esta disciplina artística.

“fuimos a la isla de pascua, fue excelente (...) todos felicitándonos de pie y nos dijeron que era primera vez que iba un grupo continental, bueno que siempre van, pero que era primera vez que ellos aplaudían tanto a alguien”. (**Héctor, grupo Raipillán**).

Este mismo sentido de pertenencia y de apego a la organización también es significado por los jóvenes integrantes del grupo musical “Tierra Sagrada”, como también el anhelo y la esperanza de mejorar las oportunidades y de cumplir sueños, las cuales están puestas en el devenir y el progreso del grupo.

“muchas pegas las he dejado por temas del grupo, no me acomodan los horarios, porque la música y el estar en una banda y en una organización requiere mucho tiempo sobre todo pa’ mi que soy prácticamente el que dirige la organización, (...) llevando a la banda y la organización hacia un punto importante, (...) hemos tratado de que el grupo musical que cada vez sea más profesional, tal vez, a lo mejor en algún momento dedicarnos exclusivamente a esto. (**Lucio, Grupo Tierra Sagrada**).

La tradición de participación comunitaria de barrio, nos señala que tanto la integración de jóvenes a los Clubes Deportivos como en la militancia política, se ha producido generalmente por dar continuidad a una tradición familiar, desarrollada en el deporte como el fútbol y en el pensamiento político ideológico, que se enmarca en las vivencias de estas familias pobladoras con historia de lucha social en tiempos de dictadura militar.

“O sea uno al entrar a esta Juventud política, uno entra a una familia, como una extensión de su familia. Uno conoce a mucha gente, comparte muchas experiencias que le van sirviendo a lo largo de los años y que uno cree que a futuro también le van a servir; aparte de hacer lo que uno cree que es lo necesario para empezar a hacer transformaciones. Luchar por lo que uno cree”. (**Andrés, militante JJCC**).

Por una parte, de acuerdo a esta opinión se observa gran sentido de pertenencia con la militancia política, donde se pone en práctica el pensamiento ideológico familiar a través del trabajo colectivo y organizado de sus militantes, motivados por alcanzar cambios sociales y

políticos. Por otra parte, estas tradiciones familiares conllevan en sí prácticas de continuación de la masculinidad tradicional, por que son los varones jóvenes de la casa quienes deben continuar con la tradición de sus padres y abuelos.

“llevo como diez a doce años aproximadamente, he vivido bonitas experiencias en el club, me siento unido al Club, por que yo siempre digo los clubes de barrio tienen cierta magia, cierta atracción, una persona puede ser aficionada a un club profesional, Colo Colo, La Chile, La Católica, pero uno puede ser mas que hincha y nada más, en el Club deportivo uno juega, participa, uno moja la camiseta, gana, pierde, sufre penas, alegrías, entonces hay una cosa mucho más de entrega”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

En este sentido, vestir la camiseta del equipo de fútbol que ha seguido fielmente la familia y su generación, también representa la transmisión de masculinidad aquella que se posiciona en la hegemonía que se impone como deber, siendo los varones jóvenes quienes deben cumplir con este rol dentro de la familia. Como también es posible observar que para los jóvenes esta práctica deportiva también representa una mezcla entre la tradición familiar y sentirse parte de la comunidad, que a través del fútbol despliegan acciones que le dan sentido e identidad como joven, donde además desarrollan habilidades físicas y personales en este ámbito.

1.3 Integración de jóvenes homosexuales

La mayoría de los jóvenes entrevistados señalan que la organización no presenta inconvenientes para que hombres jóvenes no heterosexuales ingresen y participen abiertamente de las actividades de la organización y el grupo. A simple vista, no se observarían obstáculos y/o prejuicios asociados a las diferencias sexuales. Sin embargo, de las cuatro organizaciones entrevistadas, se constata durante el trabajo en terreno, que sólo en el grupo de danza Raipillán se evidencia la presencia y abierta participación de jóvenes homosexuales -no así de lesbianas-, en las actividades de la organización, ya sea en los ensayos y presentaciones en actos artísticos culturales del barrio.

El resto de las organizaciones que participaron en este estudio cuenta solo con integrantes heterosexuales, a pesar de que los jóvenes señalan en la entrevista que este tema está superado y que no existirían prejuicios al respecto.

“O sea nunca han participado homosexuales o lesbianas pero..., ningún problema, el grupo igual se maneja de una forma familiar, súper amplia, tenemos bastantes amigos” (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

“Al menos no reconocido, que yo sepa no! Al menos no le he visto”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

La socialización desarrollada a través de los distintos espacios de participación comunitaria, social y cultural, son parte del proceso de construcción de la visión de mundo y la identidad de género específicamente de masculinidad de los varones. Badinter (1993) señala que:

La compañía de los semejantes es más importante para los chicos que para las chicas y por ello buscan la vida de grupo, actividades y deportes colectivos. (...) equipos y grupos de chicos de todo tipo no son tanto la expresión de un instinto gregario propio de su sexo como la necesidad de romper con una cultura familiar femenina y crear otra masculina. (p.116).

De esta manera, los jóvenes que participan en estas organizaciones sociales, también buscan congregarse con otros semejantes donde van compartiendo códigos de masculinidad, dejando ver límites claros de su identidad sexual y de género que los va a diferenciar de la esfera femenina. De algún modo, esto respondería a la escasa incorporación de jóvenes homosexuales en sus organizaciones, por encontrarse estos en una posición contraria a la identidad masculina que el grupo representaría. Ya que en estos espacios los jóvenes fortalecen y confirman su propia construcción identitaria, junto a los procesos simbólicos y valóricos vividos al interior de la familia y la escuela, que junto al grupo de semejantes va a configurar otra importante dimensión de aprendizaje social y cultural de la identidad de género.

1.4 Desarrollo de Masculinidad (es) en la organización social

Los varones jóvenes entrevistados, manifiestan un discurso sentido y latente con críticas al sistema de dominación y de desigualdad de género, mas este discurso no se refleja en su totalidad en sus prácticas habituales. En este sentido, se observa una evidente tensión entre las

concepciones patriarcales tradicionales y la posibilidad de cambiar estas formas de relación. Como señala Duarte (1999):

Los varones jóvenes -en contexto de pobreza y exclusión social- configuran discursivamente perspectivas de cambios posibles. Manifiestan la capacidad de darse cuenta de que las mujeres son víctimas de condiciones sociales que las discriminan. No se cuestionan relaciones de poder, ni dominación estructuralmente condicionada, ni responsabilidades masculinas en su reproducción, ni siquiera una mirada autocrítica respecto de sus propias formas de relación. (p. 155).

En general la organización comunitaria es el lugar donde se generaría de manera sutil la transmisión de nociones y roles asociados al género, los que se llevarían a la práctica en los espacios de participación dentro de estas organizaciones. Según señala el entrevistado:

“En los bailes...hay bailes que son para puras mujeres y otros que son para puro hombres”. (**Héctor, grupo Raipillán**).

En este sentido, el espacio que otorga la organización permite continuar desarrollando aspectos relacionados con los roles tanto masculino y femenino, y de esta manera creando división en las tareas de acuerdo al sexo, llevadas al contexto de la danza. Por otra parte, la organización otorga espacios de participación a las mujeres de cualquier edad, permitiéndoles desarrollar habilidades personales a través de la danza y en el quehacer de la agrupación en sus respectivas actividades.

“en mi grupo, la ayudan harto para que se integren, por que igual se ve bonito que una mujer baile”. (**Héctor, grupo Raipillán**).

Al mismo tiempo se observa que el entrevistado le otorga una carga simbólica al cuerpo femenino, en cuanto a relacionar a la mujer con el baile y a su vez con la belleza.

Respecto a las decisiones que se deben tomar dentro de la organización, se puede señalar que existiría la capacidad de tomar en consideración las distintas opiniones de los integrantes del grupo, por otra parte, estos cargos directivos o de responsabilidad son ocupados mayoritariamente por varones. Según señala:

“todas las decisiones de la banda pasan de una forma democrática, porque somos todos partes del trabajo, entonces no podemos pasar por encima del otro, sobre todo

con las decisiones importantes, con decisiones más simples lo decidimos nosotros (directores)”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

Los jóvenes al generar al interior de sus grupos la libre expresión y validar cada una de las opiniones, les permite desarrollar el respeto por el otro no importando su sexo. Y en este sentido logran generar prácticas más inclusivas entre ellos.

Se observa que los jóvenes compartirían estos vientos de cambio en las nociones de género, que invitan a llevar relaciones más equitativas e igualitarias, también para ser parte de los discursos de un grupo de la actual generación, en donde sancionan expresamente los mandatos del patriarcado y la violencia de género. Por esto que en sus conversaciones circulan críticas a los modos patriarcales de relación. Sin embargo, igualmente mantienen ciertas opiniones o nociones fundadas en las concepciones del sistema patriarcal, que llevan a la práctica en sus relaciones con el grupo de semejantes en la organización. Por esto que el proceso de cambio desde lo tradicional a lo alternativo es un gran desafío para estos jóvenes, ya que se ven enfrentados al peso cultural que les transmite una única forma de relación entre los géneros, provocando ambivalencias en sus propias prácticas de socialización.

En cuanto a la construcción de masculinidad en la organización, y de acuerdo a la opinión del entrevistado militante de las Juventudes Comunistas de Chile, señala que en esta organización política existirían ciertas tareas designadas a los varones, sobre todo en materia de seguridad. Este lugar de participación política e ideológica no queda ajena a las concepciones del patriarcado tradicional, ya que a través de sus prácticas al interior de la base, se considera a los hombres aptos para ejercer labores de seguridad tanto en la célula del partido como fuera de esta, atribuyéndoles la capacidad de vigilar y entregar la máxima protección a los integrantes del grupo y cuando participan en actos públicos masivos, donde deben resguardar la seguridad de ciertas personas que ejercen cargos políticos dentro del partido. Según señala el entrevistado:

“puede que sí porque...eh bueno, históricamente la política se ha ido, se ha visto siempre como más desarrollada en el lado de los hombres, y es algo que incluso en una organización que es diversa, que permite que todos participen, también se marca aunque uno no lo quiera, o sea está determinado por el ambiente, por el sistema donde está enmarcada, esta Juventud política, lamentablemente son organizaciones que están como permeadas por el resto de la sociedad. O sea el cómo están

caracterizadas. Por ejemplo responsabilidades en cuanto a temas de seguridad, (...) por ejemplo se puede organizar una marcha y con el tema de seguridad hacia personas que son rostros públicos, ahí se pueden seleccionar a hombres, y eso como que marca más la masculinidad pero siempre se trata de hacer como que sea diverso, también hay compañeras que participan pero no son en su mayoría”. (Andrés, militante JJCC).

Por otra parte, uno de los entrevistados señala desconocer que la organización le ayude a desarrollar aspectos masculinos en él:

“en el baile es difícil que me ayuden a desarrollar cosas masculinas, porque casi siempre es como más femenino el baile y cosas así”. (Héctor, grupo Raipillán).

Al mismo tiempo comenta que hay danzas que fortalecerían los aspectos masculinos más que otros, como los de la cultura Rapa Nui, según menciona:

“si po’ supongamos que el joco son más varoniles”.

Estas opiniones manifiestan cierta ambivalencia y prejuicios asociados al género respecto a la significación simbólica de la expresión del baile. Atribuyendo el baile hacia el aspecto femenino, encontrándose en una posición dividida frente a las representaciones simbólicas de la danza, ya que por otro lado, reconoce que la agrupación a través del baile le ha fomentado desarrollar o crear habilidades en él, que le facilitaría el acercamiento en la socialización con las jóvenes, de acuerdo a lo que señala:

“no se po’ supongamos cuando estai carreteando no todos saben bailar y un hombre que sabe bailar como que llama la atención”. (Héctor, grupo Raipillán).

De acuerdo al entrevistado, contar con habilidades como el baile le entregaría mayor seguridad en la aproximación hacia las jóvenes, proyectando la imagen del hombre que toma la iniciativa en el proceso de seducción y que a través del baile demostraría una atractiva personalidad para las mujeres. Con lo cual se evidencia la continuidad del modelo hegemónico llevado al ámbito de la pareja, influyendo en la potenciación del rol de la masculinidad tradicional y heteronormativa de los jóvenes.

Los entrevistados del grupo de danza Raipillán, han visualizado que el entorno social donde se desenvuelven categoriza el baile o la danza hacia la esfera femenina, y debido a esta construcción social y cultural los jóvenes han sido estereotipados de homosexuales tanto por familiares como amigos cercanos. Razón por la cual han sentido la necesidad de demostrar su identidad sexual masculina, reafirmando su heterosexualidad y de alguna manera debiendo mantener relaciones basadas en los roles de género tradicionales, en sus prácticas cotidianas entre pares de semejantes, grupos y otras relaciones interpersonales.

Según señala el entrevistado:

“por que todos dicen ahh el baile es para las niñas, para estigmatizar el baile, supongamos mi misma familia a mi me dice, ah tu bailai tú soy arenito¹, tú soy gay...si, si onda mis primos pero lesiando, pero no po’ encuentro que el baile es súper lindo, les sirve a cualquiera”. (Héctor, grupo Raipillán).

Por otra parte, otro entrevistado opina respecto si la organización influiría en potenciar la masculinidad, señala:

“no es tema de potenciar la masculinidad, no, o sea si tu tení que cargar algo lo cargai, pero...siempre se trata de cuidar a las mujeres, en un sentido lógico de que les pueda pasar algo, pucha nosotros trabajamos mucho de noche y se pueden correr riesgos, además que somos más como una familia más que la jerarquía hombres mujeres”. (Lucio, grupo Tierra Sagrada).

La opinión del entrevistado señala que de alguna manera el grupo en el que participa no le ayudaría a potenciar la masculinidad, y que por tanto no sería un tema relevante dentro del grupo. Sin embargo, de manera subliminal evidencia que igualmente se practica un tipo de masculinidad tradicional, que pone en práctica la supuesta lógica relación del género, marcando diferencias físicas entre hombres y mujeres respecto a la fuerza y categorizando lo femenino con cierta debilidad que requiere de protección y cuidado.

¹ El seudónimo original es Arenita y era utilizado por una niña que bailaba en un programa juvenil de la TV nacional. En el caso del entrevistado su familia y amigos le asignan este seudónimo para atribuirle que al practicar el baile el joven caería en la categoría femenina.

En este sentido se evidencia que en las prácticas de la dinámica de las organizaciones se desarrolla un tipo de masculinidad preferentemente hegemónico, se naturaliza el quehacer de acuerdo a las diferencias de sexo/género. Según señala Olavarría y otros (1998):

La identidad de género remite al ser hombre y ser mujer y se encuentra en la base del sistema de sexo/género. Este sistema asigna identidades y define la relación entre los géneros, pero a su vez cada sujeto asume los elementos de la identidad asignada y le va añadiendo elementos optados, la identidad del sujeto se construye a partir de la experiencia vivida, su identidad está siempre en interacción con el mundo, situada en los espacios definidos por la cultura. (p.11).

En este escenario de participación social y comunitaria los jóvenes socializan con sus semejantes y replican al grupo y a la comunidad los aprendizajes recibidos en la familia, los cuales han sido reforzados a través de la escuela y en la transmisión de saberes del espacio público como la calle. De esta manera han ido construyendo su identidad masculina, no exenta de obstáculos, ya que para aquellos jóvenes que se inclinan por desarrollar habilidades artísticas, son objetos de dudas por su entorno cercano.

2 PARTICIPACIÓN EN CLUBES DEPORTIVOS DE FÚTBOL

En la población La Legua específicamente los clubes de fútbol de barrio en la década del '80, fueron muy importantes como organización política, el espacio que generaba la organización deportiva no sólo servía para organizar actividades de campeonatos de fútbol, sino que además este espacio contribuía a generar diálogos del punto de vista político. En donde se buscaban soluciones para enfrentar los temas sensibles que en ese momento aquejaban a los pobladores, en términos de pobreza, cesantía y represión. Los efectos de la dictadura a nivel social fueron profundos, con la instalación de una política del terror y despolitización de toda organización social, las cuales fueron prácticamente fracturadas y se permeó cualquier acción social y/o comunitaria, fueran o no éstas de carácter político, cerrando toda participación y la labor social de velar por recuperar los derechos ganados en anteriores luchas, y de esta manera disminuyeron estas organizaciones a su mínima expresión, y los clubes deportivos pasaron a ser lugares para pasar el rato, jugar cartas y beber con los amigos.

Luego en el período de la instalación de la democracia en Chile, se produce de forma paulatina el renacimiento de las organizaciones sociales y deportivas, debido a que los efectos de la dictadura en el tejido social fueron profundos y devastadores, sumado a las consecuencias de un modelo económico de tipo neoliberal, capitalista y conservador, que conlleva a desigualdades sociales, económicas y políticas y cambios en el sistema de vida, entendidas éstas como:

Los procesos de individualización propios de las tensiones que ha sufrido la lógica y racionalidad con que se desplegaba la modernidad en las sociedades de la región, ha tendido más bien a transformarse en procesos de individualismo de la mano de lógicas de seguridad ciudadana –versión democratizada y civil de la doctrina de seguridad nacional, en que se pasó del enemigo externo por razones ideológico y políticas del tiempo de dictaduras, al enemigo interno por amenaza contra la propiedad privada en tiempos de gobiernos civiles en la región- (Ramos y Guzmán, 2000 en Duarte, 2011, p.3). Así, estos procesos de ensimismamiento, lejos de producir potenciamientos y autonomías de las y los individuos, más bien están derivando en situaciones de egoísmo social, sostenidas en relaciones de abierta desconfianza al otro u otra, a quienes se percibe como amenaza. (Figueroa, 2003 en Duarte, 2011, p.3).

A pesar del proceso de individualismo o aislamiento social vivido, en el actual contexto socio-político los clubes deportivos de barrio han vuelto a renacer teniendo gran despliegue de desarrollo referido a la participación, ya que convoca no sólo a la liga de adultos, sino que también en las categorías infantil y juvenil existiendo gran interés por este deporte. Para los jóvenes ser parte de un club deportivo en La Legua, representa grandes desafíos ya que no sólo se defiende la camiseta, sino el honor de representar esa camiseta ante los demás equipos y la comunidad, sobre todo en aquellos campeonatos inter-comuna y fuera de esta con clubes de otras poblaciones.

El deporte a través del fútbol puede ser leído como matriz de análisis para explicar otros modos de socializar, que los jóvenes de sectores populares realizan con esta práctica deportiva. Y como una primera aproximación a la construcción de masculinidad que este deporte conlleva en sí mismo. Elizabeth Badinter (1993), señala al respecto: “Los deportes que implican competencia, agresión y violencia eran considerados como la mejor iniciación a la virilidad”. (p.117). Al igual que en el pasado, en la actualidad esta idea de iniciar a los

jóvenes en este camino, continúa teniendo fuerza ya que a través de la práctica del fútbol es posible construir un tipo de masculinidad en los jóvenes, el cual se enmarcaría en la heteronormatividad y hegemonía instalada por la cultura del patriarcado, representada en la demostración de fuerza y competición en la cancha como también en moldear un tipo de cuerpo musculoso y varonil.

Por otra parte, Elizabeth Badinter (1993), señala: “Los deportes colectivos se han desarrollado de un modo excepcional e ininterrumpido hasta ahora” (p.117). Lo cual nos señala cierta necesidad para congregarse y formar identidades masculinas colectivas que los diferencie de otras agrupaciones, y que por otra parte los separe de la frontera con la esfera femenina. En este sentido, el fútbol específicamente ha sido de gran interés para la mayoría de los jóvenes que viven en sectores poblacionales. En el caso de este estudio se ha debido, primero por la motivación que tienen para continuar con la tradición futbolística familiar y de participación en el club del barrio. Y segundo por la posibilidad-oportunidad que los jóvenes visualizan en este deporte, con el objeto de mejorar su futuro económico y laboral. Ideal que no esta exento de influencias externas que los medios de comunicación entregan a través de la figura comercial del deporte, en donde los jugadores de fútbol profesional han alcanzado fama y fortuna y han sido puestos como íconos deportivos y referentes masculinos a imitar.

Asimismo, el fútbol reproduce, tanto en su organización como en su cultura, las divisiones de clase de la sociedad. En la medida en que quien obtiene reconocimiento y consigue hacer una carrera exitosa dentro de este deporte puede acceder rápidamente a gloria y fortuna, independientemente de su origen étnico, racial y de clase, este deporte constituye una de las poquísimas vías de ascenso social abiertas a los varones de los sectores populares. (Fuller, 2001, p.160).

Según señala el entrevistado:

“muchas veces es una pasión familiar o sea viene de los abuelos, cachai, entonces se transforma en una unión familiar y de repente incluso en un futuro, cuando los locos son muy buenos, también es una oportunidad”. (Carlos, Club Deportivo Atlanta).

En este sentido, el fútbol se convierte para los jóvenes en la posibilidad de ascender económicamente y la esperanza esta puesta en estos clubes de barrio para lograr adquirir

experiencia y desarrollar habilidades, que les permita ingresar a clubes de primera categoría para mejorar su posición social y económica.

2.1 Jugar por un club de barrio

A través del fútbol se ha producido la idealización de figuras de jugadores, los que han sido estereotipados y puestos en un lugar privilegiado por los medios de comunicación, que realizan por sobre todo aquellos futbolistas que provienen de sectores marginales o poblacionales, demarcando que éstos jugadores lograron alcanzar reconocimiento a nivel internacional posicionándolos como figuras exitosas y con alto poder adquisitivo.

A diferencia de otros deportes, el fútbol es un “juego serio” que se discute al mismo nivel que los temas políticos, ocupa un espacio preferencial en los diarios y noticieros de televisión y constituye una profesión valorada y respetada. Esto nos indica que la masculinidad es una posición de prestigio y que está asociada al orden social. (Fuller, 2001, p.162).

Por tanto, el lugar que ocupa el fútbol en el contexto social y cultural lo hace atractivo para los jóvenes de escasos recursos, que ven en este deporte el sueño de mejorar las condiciones de vida. En el espacio social que genera la práctica del fútbol de barrio, se visualiza la participación de niños, jóvenes y adultos en las actividades que la organización deportiva desarrolla. Se materializa la capacidad organizacional y de equipo como otra forma de “hacer comunidad”, se impulsan iniciativas que van en beneficio de la camiseta, el club, el barrio y su gente. Dentro de la comunidad existe reconocimiento hacia la labor que realizan tanto hombres como mujeres, quienes organizan y gestionan recursos, desplegando trabajo en equipo para lograr los objetivos del club. Lo que conlleva que dentro de los Clubes exista una organización social basada en lealtades y compañerismo que facilitaría la “cofradía masculina” concepto al que alude Fuller (2001).

La forma en cómo se organizan como grupo social y los aportes que realizan a la comunidad, mantienen vivos los sueños de muchos niños y jóvenes que esperan ser futuros profesionales en el fútbol o simplemente representar hoy la camiseta de su club en la cancha del barrio. El futuro se ve incierto, mas el presente mantiene a éstos jóvenes interesados en el campo de

juego, que por otra parte, desde el punto de vista social les permite mitigar desesperanzas, carencias, historias familiares de consumo de drogas, encarcelamiento, pobreza y violencia. Los clubes de La Legua se han consolidado dentro del barrio y cada sector cuenta con al menos uno, en torno a éste trabajan y se organizan actividades, donde participan no sólo varones sino también mujeres. En las canchas de La Legua se experimentan y se viven emociones. Como señala

“en el Club deportivo uno juega, participa, uno moja la camiseta, gana, pierde, sufre penas alegrías, entonces hay una cosa mucho más de entrega”. **(Danilo, Club Deportivo Atlanta).**

Es preciso señalar también que estos partidos de fútbol no están exentos de conflictos y de riesgos asociados a riñas y balaceras, entre los jugadores u otros que acuden solo a hacer ajustes de cuentas. Lo cual ha puesto en riesgo a los espectadores que llegan cada domingo a presenciar estos encuentros deportivos de fin de semana, quienes acompañan y siguen a su club y también como una alternativa recreacional. Como se puede apreciar en la opinión de otro entrevistado:

“también es un lugar de diversión, y también es un lugar donde se genera mucha pelea, cachai porque hay mucho narcotraficante jugando a la pelota y hay mucho hijo de narco jugando a la pelota, y son cabros terribles buenos, de repente podrían ser locos profesionales”. **(Carlos, Club Deportivo Atlanta).**

En este contexto de la cancha no sólo se genera violencia también se configura y se validan las experiencias, donde los jóvenes y sus familias despliegan gran parte de sus vidas al club y se transmiten los aprendizajes de generaciones anteriores. En el espacio de la pichanga y la calle también es posible hacer comunidad, como también en este ámbito del fútbol se transmiten formas de masculinidad tradicional y hegemónica, a través de la construcción simbólica del hombre, en el despliegue de las destrezas físicas y el refuerzo de las alianzas masculinas, como señala Fuller (2001):

Una de las primeras figuras de identificación de los niños, el prototipo del ideal masculino es el jugador de fútbol. Éste encarna la fuerza, la valentía, la competencia entre iguales, la lealtad al grupo, el éxito y el reconocimiento de los pares. Esta intensa identificación con los ídolos del fútbol provee al niño de los símbolos y reglas de actuación en una cultura exclusivamente viril. (p.154).

En este sentido, los varones jóvenes del barrio deben ir reuniendo condiciones físicas y psicológicas para lograr ser validados dentro de ese contexto social, como: la fuerza, rudeza y la competitividad, con el objetivo de reafirmar los roles y estereotipos de masculinidad instalados.

2.2 Perfil del jugador

Según la opinión de los entrevistados, las características que reúnen los jóvenes que participan en clubes de fútbol en La Legua, se relacionan a nivel de personalidad con la iniciativa, las ganas y el ser “choro²”, y a nivel físico con ser fuertes, rápidos y masculinos. De esta manera, el perfil descrito por los entrevistados respondería al contexto social en el que se desenvuelven estos jóvenes, independiente de la existencia de reglas que rigen el juego como tal y a los clubes deportivos.

El ambiente en las canchas es agresivo y ser parte de este grupo conlleva reunir ciertas condiciones, las cuales son exigidas no solo por el club, también por sus semejantes y por el entorno social. Y estas condiciones se acercan más a la construcción de un tipo de masculinidad tradicional en los jóvenes, como representar la valentía y la hombría que deben ser demostradas dentro y fuera de la cancha de juego. Como bien señala, Badinter (1993):

El preadolescente gana sus galones de macho en el campo del deporte. Es allí donde demuestra públicamente su desprecio por el dolor, cómo controla su cuerpo, su fortaleza frente a los golpes, su voluntad de ganar y derrotar a los demás. En definitiva, evidencia que no es un bebé, ni una chica, ni un homosexual. (p.117).

En la intención de los jóvenes jugadores por demostrar que son fuertes y valientes, las rencillas que se producen en el contexto del barrio son trasladadas al espacio de la cancha, lugar donde se desatarían los odios y se cobraría el honor, entendido éste como la recuperación del respeto dentro de este ambiente futbolero y poblacional.

De acuerdo al perfil del jugador los entrevistados señalaron:

“Aquí los clubes de barrio, todos los que hay aquí en el Victoria en la Legua siempre son cabros bien masculinos sobre todos los que van a jugar, en actitudes también...el

² Choro: concepto que alude al joven avasallador o que busca peleas.

ser choro, el ser como bien entrante, cabros buenos pa' la talla, son cabros que se caracterizan en esos clubes". (Andrés, militante JJCC).

"las ganas, porque es tradición jugar a la pelota en la pobla, todo el mundo juega a la pelota, todos juegan a la pichanga afuera, hay unos más buenos que otros, entonces jugar en un club es lo mismo pero en un tono más formal, se pelea por una camiseta, se pelea por un club, y se pelea fuerte o sea... y la gente se pone la camiseta y se organizan, se hacen porotadas". (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

La otra cara de este perfil, se presentaría en aquellos jóvenes que no se dedicarían cien por ciento a este deporte, ya que en el ambiente del barrio y la población, encontrarían otro tipo de distracciones o motivaciones, como: el carrete, las fiestas y la iniciación o experimentación en las drogas, lo que influye que los jóvenes que participan en un club deportivo, con el tiempo disminuyan su asistencia y poco a poco lo abandonen.

2.3 Potenciación de la masculinidad

En el contexto socio-cultural del fútbol, existen imaginarios atribuidos a la figura del jugador, los cuales se encuentran potenciados por los medios de comunicación, que han instalado estereotipos asociados al jugador centrado en un modelo de masculinidad heterosexual, cargado de rudeza, fuerza, juventud y éxito. En este sentido los clubes de barrio no están exentos de estos imaginarios sociales, por lo que igualmente potencian esta construcción de masculinidad en los jóvenes, quienes tratan de acercarse al prototipo o figura del jugador profesional, imitando estos modelos desde la imagen personal, con lo que van transmitiendo la figura de masculinidad tradicional al contexto de la cancha del barrio y a la comunidad. Este tipo de masculinidad viene cargado de un conjunto de actitudes y simbolismos que moldean a este ser hombre, y que en definitiva van a fortalecer esta construcción social y cultural del género.

Respecto de cómo potencia el fútbol la masculinidad, según señala un entrevistado:

"al momento de ir fuerte a la pelota...encuentro yo, como...atacar, ir fuerte a la pelota, disputarla...con fuerza la pelota". (Héctor, grupo Raipillán).

“si, o sea si, en afinar mejor el físico, ser más atractivo para las mujeres, buenas piernas, de repente los cabros más jóvenes son súper musculosos porque quieren parecerse a los futbolistas profesionales, entonces esa wea a las cabras les gusta, son rudos, se andan pegando se echan la choria³”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

Los estereotipos de masculinidad son internalizados a través de distintos dispositivos sociales, como: la moda, el fútbol, la música, -con letras sexistas, de posesión y dominación hacia las mujeres-, el poder adquisitivo y material, entre otras, en todas las cuales se muestra un prototipo de hombre, preferentemente de clase media, blanco, y heterosexual.

En resumen, el fútbol condensa, produce y reproduce el modelo hegemónico de masculinidad y sus contradicciones tanto internas (oposición casa/calle, público/doméstico) como entre los diversos estilos de masculinidad. Este cuerpo de representaciones se funda en la identificación de la masculinidad con la esfera pública. Al jugar fútbol el niño no solo se coloca en la calle, el espacio opuesto al doméstico, sino que ingresa en un ordenado cuerpo institucional que lo vincula a una organización masculina que se ecuaciona a la esfera pública. (Fuller, 2001, p.162).

Por esto que el fútbol es un facilitador de la construcción de masculinidad tradicional y hegemónica, ya que en el desarrollo de su práctica coloca al hombre en la posición pública, en la esfera de la calle en oposición al espacio ocupado por las mujeres el doméstico -la casa-, y con esto se mantiene social y culturalmente la distancia en los límites con la esfera femenina.

2.4 Participación de las mujeres

Específicamente en la población La Legua no existe ningún club de fútbol femenino que facilite la participación de ellas en este ámbito deportivo. La integración de mujeres al contexto del fútbol, ha sido paulatino y han sido los propios hombres quienes han permitido la presencia de la figura femenina en la cancha –al espacio barrial, no así a la cancha de juego- a participar como espectadora del desarrollo de los partidos de fútbol en el barrio. En este sentido, el espacio en el que pueden participar las mujeres, está directamente relacionado con cumplir el rol histórico que ha ejercido el género femenino, la esfera de lo doméstico se

³ Término utilizado para referirse a que los jóvenes se agreden física y verbalmente.

trasladaría al contexto de la cancha. De esta manera, no se observarían cambios en los roles culturales del género, al contrario se potencia la práctica de estos roles, tanto por los hombres como por las mujeres que allí participan.

Generalmente su participación se limita al acompañamiento de sus parejas –pololos, esposos, hermanos e hijos- en las graderías, haciendo barra, alentando al equipo o defendiendo algún gol, organizan actividades para reunir fondos, como completadas y cenas bailables, y como tareas domésticas se turnan entre ellas para lavar las camisetas del equipo. Según señala el entrevistado:

“las señoras de los maridos, hacen las cuestiones, les gritan al arbitro, vienen con las banderas, vienen con las camisetas ayudan a lavar las camisetas (...), porque los más comprometidos son los viejos”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

Se puede mencionar, que la integración de las mujeres en las actividades de los clubes de fútbol de barrio, responde también a una tradición de hacer comunidad ya que en este espacio de la cancha y el club, las señoras comparten entre ellas y organizan todo tipo de actividades para reunir fondos, y al mismo tiempo apoyan a sus parejas e hijos que se inician en este ámbito deportivo. Sin embargo, no hay cabida para ejercer otro(s) liderazgo(s), por el contrario se someten a la dinámica de la definición de roles de género, y no cuestionan las oposiciones que allí se practican. En este sentido, las características simbólicas de los roles femeninos se encuentra enraizado en la cultura, donde se ha naturalizado y se han hecho diferencias de todo tipo de acuerdo al sexo-género, tanto en el ejercicio de la femineidad como de la masculinidad. Por tanto, los roles asignados al género marcan las fronteras entre lo femenino y lo masculino, y el fútbol ha sido instalado en la cultura como un deporte de hombres y por las características que este conlleva les pertenecería sólo a ellos. Como señala Fuller (2001):

El fútbol, un juego de reglas estrictas donde se compite por el dominio del espacio y por la primacía, contiene las reglas básicas de la interacción entre varones. Este deporte se identifica con los valores nucleares de la masculinidad ya que se instala en el cuerpo, en la fuerza, atributo masculino que el fútbol no solo expresa sino también produce. (p.153).

Estos lugares y posiciones dan cuenta que las prácticas de género se encuentran aún presentes, sobre todo cuando hombres y mujeres tratan de traspasar esas fronteras definidas como expresiones o representaciones sobre el orden y la conducta establecida, aparecen barreras sociales y culturales que lo impiden y restringen, para traerlos nuevamente devuelta a los estereotipos tradicionales del género.

CAPÍTULO II: CRIANZA

El capítulo denominado Crianza, contiene dos ejes de análisis referidos a la socialización de género dada en la formación familiar y en la formación de la etapa escolar. A partir de la reconstrucción biográfica que hacen los varones jóvenes entrevistados, desde sus experiencias con los padres, familiares o adultos significativos. Como también las experiencias vividas en el ámbito de la escuela con profesores, profesoras y grupo de semejantes.

INTRODUCCIÓN TEORICA

Las concepciones de género están ligadas a una estructura mayor relacionada con la instalación de una cultura patriarcal, la cual permea los distintos ámbitos de la sociedad, tanto lo económico, político y social, como la dimensión de lo público y privado. Que al mismo tiempo van influyendo en las experiencias de vida de los y las jóvenes, como procesos históricos que son absorbidos y pasan a ser naturalizados por el contexto social. En cuanto a las representaciones de identidad, Fuller (2001), señala:

Empiezan a ser internalizadas con las experiencias más tempranas de la infancia. Durante la primera socialización, y a lo largo de la adquisición del lenguaje, el sujeto incorpora las actitudes y las definiciones de los otros. (p.21).

En este proceso de socialización se van adquiriendo y absorbiendo nociones de género, basadas en construcciones sociales y culturales de lo masculino y femenino, y estas son categorías y concepciones aprendidas a través de la familia, la escuela, el grupo de semejantes y el entorno social en el que se desenvuelven los jóvenes.

De Barbieri (1992), señala al respecto:

Las prácticas, representaciones, símbolos, normas y valores que se encuentran a la base de sus relaciones sociales y que han sido compartidos por los integrantes de una sociedad en distintos momentos del tiempo y que son los que se absorben en el psiquismo en los años cruciales de la primera infancia. (p.14).

En este sentido, en el proceso de la investigación se les planteó a los jóvenes entrevistados preguntas que apuntaban hacia las primeras experiencias de socialización donde recibieron aprendizajes, mandatos del modelo masculino tradicional y otras nociones de género, las

cuales formaron la base para construir las estructuras del patriarcado en todas aquellas relaciones sociales de género, y que hoy son un precedente que continúa presente.

Como señala Aguayo y Sadler (2011): en Chile no existen políticas que promuevan la participación de los hombres en las tareas de cuidado y domésticas, ni la corresponsabilidad de roles. Esto conlleva la continuidad de prácticas desiguales entre hombres y mujeres, en el orden del trabajo, la casa y la calle, visualizando división de roles definidas por la concepción de sexo/género.

Las políticas y el orden social existentes mantienen en Chile un modelo de familia con roles complementarios e inequitativos entre hombres y mujeres. Si bien han habido cambios y tensiones en los años recientes en las relaciones de género, todavía persisten prácticas y discursos que consideran que la principal responsabilidad de las mujeres es la maternidad y lo doméstico, y en los hombres la función proveedora. (Aguayo y Sadler: 2011, p.105).

Estas prácticas se manifiesta en falta de oportunidades para las mujeres, bajos salarios, trato inadecuado, acoso y violencia física, sexual y psicológica, prácticas que van a variar o se profundizarán de acuerdo a la clase social y la raza a la que pertenece la mujer.

Según señalan los autores, sin la existencia de políticas públicas que promueva profundos cambios en los roles de género, estas desigualdades continuarán persistiendo en las relaciones entre hombres y mujeres, a nivel doméstico, laboral, social, económico y político, afectando no sólo el desarrollo de la mujer sino que la relación con los hijos e hijas, quienes van absorbiendo estos aprendizajes a través de conductas violentas, donde también son víctimas por encontrarse sometidos al poder de la figura de masculinidad hegemónica que representaría el padre.

El siguiente entrevistado opina respecto a la instalación de roles de género asociados a la mujer:

“Creo que el tema de cargarle la mano a las mujeres por ser ellas como las madres, creo que es un error de la sociedad y que lamentablemente cuesta mucho cerrar. Aquí si un hombre y una mujer van a tener un hijo, va a haber una familia, o si hay un niño dentro de la casa, creo que las responsabilidades tienen que ser compartidas, nadie debe llevarse más tareas que otro”. (Andrés, militante JJCC).

El entrevistado plantea que las tareas de crianza han sido desiguales y que la sociedad culturalmente ha delegado en la figura femenina como única responsable de este ámbito. De acuerdo a Olavarría y otros (1998): “La natalidad y su control, la anticoncepción, están asociados básicamente a lo femenino”. (p.99). De este modo, se ha naturalizado el cuerpo femenino colocándolo en modelos y roles construidos bajo la concepción biológica y que son potenciados por la cultura patriarcal, que los perpetua con el propósito de no ver mermados los privilegios obtenidos bajo esta estructura de poder absoluto y de dominación hacia la figura femenina.

1. FAMILIA

Para el desarrollo de este apartado se ha tomado la experiencia de la familia de origen de los entrevistados, ya que ninguno de ellos ha formado familia aún y tampoco tienen hijos, a excepción de un entrevistado que tiene dos hijos de diferentes mujeres y al momento de la entrevista mantenía una relación amorosa con otra mujer. Los demás entrevistados aún viven en la casa de sus padres, junto a su familia de origen.

1.1 Modelos de masculinidades en la familia

La familia en los sectores empobrecidos, enseña una forma de masculinidad que está básicamente dada desde la idea del deber ser en el marco de la masculinidad tradicional. La socialización del género masculino desplegada en el ámbito familiar está muy marcada por el *ser bueno como hombre*. Vale decir, en la lucha cotidiana que cada hombre joven debe desplegar para intentar mostrarse como se le exige, aparecen marcadamente los roles de proveedor, protector y reproductor. (Duarte, 2005, p.3).

Respecto a las primeras experiencias de transmisión del modelo de masculinidad tradicional, los jóvenes entrevistados en su mayoría respondieron que este fue transferido por el padre y tíos, en pocos casos fue el hermano mayor y la madre, quienes habrían entregado aprendizajes de la construcción simbólica del ser hombre. De manera de moldear esta figura masculina dentro de los patrones culturales exigidos, para su integración y funcionamiento en la sociedad.

El proceso de masculinidad supone un desarrollo de cualidades innatas pero, en la práctica, es cuidadosamente vigilado y dirigido. De hecho, la socialización primaria en el hogar y entre los pares, así como la ideología hegemónica sobre la masculinidad, están fundadas en el minucioso cultivo de estos atributos en el niño y en el Joven. En sentido contrario, su opuesto, la sexualidad pasiva y la blandura o suavidad, identificados como femeninos, serían la frontera discursiva que define lo que no es masculino. Marca así los límites dentro de los cuales deben sentir, pensar y actuar los varones. (Fuller, 2001, p.28).

El traspaso de estas nociones de género, son leídos a través de códigos y símbolos que son absorbidos intersubjetivamente por niños, niñas y jóvenes, como: la ausencia permanente del padre en el hogar versus presencia activa de éste en el ámbito público, relacionado con lo laboral, deportivo y en definitiva la calle, situando a la madre en el rol de la figura mujer en las actividades domésticas y haciéndola responsable de la crianza y la educación de los hijos. De esta manera, instalando en el sentido común los roles tradicionales del género, el de proveedor/productor/protector en el hombre y de reproducción y crianza en la mujer.

En cuanto a las experiencias de los varones jóvenes entrevistados, a través de sus opiniones dan cuenta de quiénes y cómo les transmitieron aprendizajes en torno al género y la construcción simbólica de la masculinidad. Es decir, en la socialización de su infancia y juventud observaron conductas de los adultos que se transformaban en atributos masculinos que generalmente culminaban en la figura de una masculinidad hegemónica.

El siguiente entrevistado su padre fue el que le transmitió estos aprendizajes, señala:

“mi puro padre, pero por ejemplo a una cierta edad nunca estuvo en la casa (...) o sea al principio tratar de que me diera atención, pero después ya hubo un tiempo en que no lo pescaba, un tiempo en que no le hacía caso y después como un año, como a las 14 por ahí, le eché todas las cosas en cara de porqué no pasaba conmigo, porqué prefería estar en otros lados, y porqué no pasaba aquí en la casa”. (Mauricio grupo Raipillán).

En este caso, el entrevistado le reclama al padre por la constante ausencia de éste en el hogar, y del abandono en que mantenía a la familia, de manera que a través de reclamos le exigió cumplir con el rol de padre y esposo presente, más que la figura de proveedor.

“mi tío y mi papá, esforzados, onda machistas, o sea me decían a mí con mi primo, ya peleen ustedes son hombres, no lloren, no lloren”, “no podí estar en la cocina, nooo, anda a jugar la cocina es para las mujeres”. (Héctor, grupo Raipillán).

En estas opiniones se observa la transmisión de roles de género tradicionales, en donde la figura masculina esta cargada de simbolismos que niegan por una parte, la expresión de emociones y sentimientos, y por otra parte, niegan a los jóvenes la posibilidad de participar de las labores domésticas. Es decir, al ámbito privado, lugar ocupado históricamente por las mujeres, y que se ha sido perpetuado por el sistema patriarcal y profundizado por una sociedad androcéntrica. De esta manera, la idea de romper con las tradiciones y mandatos de la masculinidad hegemónica requieren no sólo de cambios a nivel personal, sino que de transformaciones culturales profundas a nivel de sociedad y que permitan ser avaladas por políticas públicas desde el Estado.

Otro joven entrevistado señala respecto de su experiencia familiar en torno a la formación de masculinidad:

“así como ver en el sobrino o en el nieto hombre, así como la persona que en el futuro va a ser como, va a ser el pilar, me entiendes, aquí la familia siempre en esta población, y en todas las poblaciones como más históricas, siempre ha sido como muy marcado el género masculino. La mamá es muy importante, el tema del cuidado, el tema afectivo, pero siempre, incluso las mamás han sido muy machistas en el tema de preferir siempre a los varones, el hijo mayor es el regalón, de que las mujeres están incluso para servirle de repente a los hermanos”. (Andrés, militante JJCC).

Históricamente han hecho cargo a las mujeres de llevar a cabo las tareas domésticas, la crianza y atender las necesidades del marido y los hijos, así también de los otros hombres de la casa, como el padre y los hermanos. El patriarcado se asocia también con la adquisición de cierto poder y privilegios de parte de los hombres, concebidos como derechos que este sistema social les proporciona, y que variarán de acuerdo a la clase y la raza a la que pertenezcan los hombres. Estos privilegios construidos culturalmente se han convertido en derechos que los hombres asumen como propios y los exigen a nivel familiar, como también en las relaciones sociales de géneros. Fuller (2001) señala:

Las representaciones de identidad empiezan a ser internalizadas con las experiencias más tempranas de la infancia. Durante la primera socialización, y a lo largo de la adquisición del lenguaje, el sujeto incorpora las actitudes y las definiciones de los otros. Los valores de los otros devienen en sus propios valores. (p.21).

En este sentido, las enseñanzas previas en el hogar y desde la familia, van instalando en los niños, niñas y jóvenes la construcción del género y con ello las divisiones de roles, construyendo realidades, tanto subjetivas como intersubjetivamente. A su vez transmiten un tipo de lenguaje rudo, acompañado de una actitud y postura de fuerza y la vestimenta que también caracterizará esta figura de hombre, que en su conjunto crea la imagen de la masculinidad hegemónica y heterosexual y su determinado rol en la sociedad.

En general, las opiniones de los entrevistados evidencian la posición tradicional de los roles de género, tanto de la figura de la madre y del padre, quienes transmitieron a estos jóvenes los modelos hegemónicos, representados en aspectos como: ausencia del padre en el hogar y que permanece mayoritariamente en el espacio público, la figura femenina permanece en el espacio privado, a cargo de lo doméstico, la crianza y educación de los hijos. Posteriormente estos aprendizajes son socializados con otros pares de semejantes, en distintos contextos como la calle, la escuela y principalmente a través de sus relaciones interpersonales. Por esto que la familia es un catalizador de las construcciones de género y en donde se adquieren los modelos a seguir.

1.2 Influencia familiar en la formación de masculinidad

A partir del momento mismo del parto, el recién nacido es inscrito como niño o niña en el registro civil e inmediatamente identificado como tal por su entorno más inmediato, y especialmente por sus padres. La mirada y la convicción de los padres acerca del sexo de su hijo son absolutamente determinantes para el desarrollo de su identidad sexual". (Badinter, 1993, p. 59).

En este sentido, los varones jóvenes entrevistados coinciden en que la familia tiene un alto poder de influencia en la transmisión del modelo masculino tradicional, como primera instancia socializadora y de aprendizajes socio-cultural, la familia es el lugar donde se transmiten los estereotipos, miedos y visión del mundo instalando nociones y roles de género,

como también la construcción de rechazo hacia las diferencias sexuales. Ideas preconcebidas que van a marcar posteriormente el tipo de relaciones que los jóvenes establecerán con sus semejantes, con mujeres y con otros hombres. Como se observa en la siguiente opinión:

“influye mucho...por ejemplo, no sé yo antes me encontraba homofóbico...por las enseñanzas que me dieron cuando chico...me decían no a los huecos no hay que aceptarlos...y de hecho ahora entré a este grupo y...he compartido con muchos gays y...no son nada del otro mundo, de hecho son mejores amigos que los heterosexuales”. **(Héctor, grupo Raipillán).**

“porque siempre con los más abuelos, los más viejitos, siempre tienen ese tema de que las mujeres lavan, de que la mujer plancha, entonces por ejemplo yo me acuerdo cuando era chico era difícil poder ayudar en la cocina. A mí siempre me ha gustado mucho cocinar y yo me acuerdo que de chico era difícil que yo pudiera ayudarle a mi abuelita a cocinar, entonces decía; “no, usted no puede estar en la cocina”, “no, los hombres no ayudan a cocinar”. **(Andrés, militante JJCC).**

En la formación familiar las tareas domésticas se han instalado como el ámbito relacionado solo hacia las mujeres. Según señala Bourdieu (2000): “La división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas, en la casa por ejemplo con todas sus partes sexuadas, como en el mundo social, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes”. (p. 21). En este sentido, las mismas mujeres han continuado perpetuando al interior de la familia esta noción patriarcal, entregando a los hijos e hijas nociones y roles de género basada en diferenciaciones biológicas. Bourdieu (2000): “estos agentes funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción”. (p.21). De manera que en la simple cotidianeidad han prohibido a los varones la entrada a estas prácticas, y a su vez exigiendo a las hijas continuar con este rol histórico impuesto. El cual ha significado un gran peso y responsabilidad social para sus existencias, una imposición cultural que se naturalizó culturalmente.

“es que uno toma como ejemplo al padre o uno de los, o la mamá, y va viendo las cosas como que uno quiere verse en sí mismo, las va como siguiendo por decirlo”. **(Mauricio, grupo Raipillán).**

En las experiencias de los jóvenes entrevistados, señalan que para que las madres delegaran a sus hijos algunas tareas domésticas ha sido un proceso paulatino. Estos nuevos mandatos se suscitaron debido a las exigencias del contexto socio-económico que viven las familias y los hogares de escasos recursos, donde la mujer debió integrarse a la vida laboral para apoyar en los gastos de la casa. Otros casos de jóvenes entrevistados donde su madre ha sido jefa de hogar y se ha hecho cargo tanto de la crianza, como de la mantención económica de la casa, permitieron ceder el espacio doméstico a los demás integrantes del hogar -entre ellos hombres- distribuyendo las tareas para facilitar su participación en lo laboral. Como señala el entrevistado:

“si po’ la casa la manteníamos, vivimos harto tiempo con mi abuela y la manteníamos nosotros mismos po’, o sea yo sé lavar, sé planchar, sé cocinar”. (**Lucio, Grupo Tierra Sagrada**).

“bueno mi mamá siempre tuvo un negocio en la casa, un boliche, entonces yo toda la vida he tenido que ayudarle ahí, bueno también en los quehaceres de la casa, limpiar, encerar, hacer las camas”. (**Danilo, Club Deportivo Atlanta**).

Como se puede observar, los jóvenes que vivieron solo con la madre, donde ella cumplía el rol de jefa de hogar, debieron participar del ámbito doméstico sobre todo en los quehaceres del hogar, ya que la madre permanecía gran parte del día trabajando fuera de la casa. En el primer caso se observa el rompimiento de los roles tradicionales, ya que no fue una imposición llevar a cabo el trabajo doméstico, sino una responsabilidad como integrante de la familia. En cambio en el segundo caso, se perpetua la noción de la distribución sexista de los roles, denotando un sentido de cooperación o ayuda en las tareas domésticas, más que la responsabilidad de ejercer esta labor de manera equitativa.

1.3 Rol de la madre

Una parte de los entrevistados se formó bajo la figura de una familia nuclear. Sin embargo, la presencia de la madre fue mayor que la del padre, y en este sentido ella tuvo un rol fundamental en la transmisión de roles de género. Para los jóvenes entrevistados ella fue la persona que los corrigió, entregó normas y definió los límites de lo moralmente correcto,

como también la que imponía los castigos y/o restricciones. Debido a que el padre permanecía la gran parte del tiempo fuera de la casa, ya sea en lo laboral y en sus actividades recreativas. En este sentido, ejerciendo solo el rol de proveedor con la familia.

“me hubiese gustado que quizás que mi papá de repente me hubiese, por ejemplo yo cuando chico a veces decía “ah mi mamá que es pesada porque ella es la que puro me reta, mi papá no po, mi papá a todo me dice que si. Quizás que se hubiese equiparado”. (Jorge, grupo Raipillán).

En los casos de jóvenes con padres separados, vivieron solo con la madre, la figura del padre fue ausente en casi la totalidad del desarrollo de estos jóvenes, sin apoyo moral ni económico. En este sentido, la madre tuvo que cumplir ambos roles parentales, acompañando a los jóvenes durante su infancia y juventud, entregando aprendizajes relacionados con valores morales y normas, demostrando además que la mujer es capaz de sacar adelante a sus hijos y mantener económicamente el hogar.

“mi mamá me enseñó a ser hombre, eh, siendo respetuoso, siendo gentil, humilde, respetando mucho a las mujeres, siendo trabajador, en el fondo es una capacidad que debiera tener cualquier persona”. Lucio, señala además: “mi vieja trabajaba hartito, pero era bien cariñosa y también súper estricta, pero siempre teniendo un consejo, mi mamá es súper amiga mía”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

“la verdad es que yo siempre me crié la mayoría mujeres en mi casa, abuela, madre, tres hermanas, últimamente sobrinas, la única imagen que tengo dos tíos y mi hermano”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

Danilo a pesar de contar con algunas figuras masculinas en el hogar, igualmente su madre fue el modelo a seguir y la que le entregó las herramientas para enfrentar la vida, según señala:

“ella ha sido la figura sostenedora, la jefa de hogar, hasta el día de hoy, de hecho para mí mi mamá ha sido mi bastión”.

Al mismo tiempo la madre como figura significativa puede formar parte de los significados o ideales que los jóvenes esperarían tener en su futura pareja. Es decir, como un modelo de esposa a tener. Esta madre representa en sus vidas el sacrificio, la bondad, preocupada de los

hijos, trabajadora y asexuada, ya que en aquellos casos de abandono del padre o de separación, ninguna de ellas volvió a tener pareja.

En aquellos casos donde la madre ejercía el modelo tradicional del género y a pesar de haberse insertado laboralmente, continuó replicando nociones culturales, dando espacio al desarrollo de la masculinidad hegemónica en su familia. Lo que no facilitaría la construcción de nuevas formas de relación y cambios en los roles al interior de ésta. Lo cual podría afectar en la autonomía y desarrollo de habilidades en los jóvenes que en el futuro próximo, serán claves para la independencia y crecimiento personal. En el ámbito de las relaciones sociales éstos jóvenes podrían eventualmente cargar con las exigencias del sistema patriarcal y el mantenimiento de relaciones de género desiguales.

1.4 Roles y mandatos femeninos

1.4.1 Qué se espera socialmente de la mujer

Las opiniones de los jóvenes entrevistados en su mayoría coinciden en que la sociedad espera que la mujer realice los roles establecidos tradicionalmente, es decir: que se case, tenga hijos y viva mantenida por su pareja. En términos de desarrollo personal, las expectativas son distintas si la cruzamos con la clase social o la raza a la que pertenezca la mujer, ya que estas características son condiciones que profundizan o marcan los roles de la figura femenina en la sociedad y grupo social al que ella pertenecería, donde por lo general la mujer debe ocupar un mismo lugar y ser continuadora de una tradición dentro de su cultura.

Los jóvenes reconocen que tanto la familia como la sociedad esperan de la mujer que termine la enseñanza de educación media, que se dediquen al cuidado de los hijos, de los quehaceres del hogar y a la atención del marido. De esta manera, continuar perpetuando el rol histórico que le ha impuesto la sociedad patriarcal, en donde el desarrollo personal o profesional no tiene prioridad y pasa a un segundo o tercer plano.

Según se puede observar en la opinión del entrevistado:

“esperar a que sea dueña de casa y que llegue hasta ahí no más; que termine 4to Medio y que se quede en la casa cuidando a los niños y ordenando todo”. (**Mauricio, grupo Raipillán**).

1.4.2 Postergar la Maternidad

Respecto que la mujer postergue la maternidad por escoger el camino de la realización personal, las opiniones de los jóvenes entrevistados en este ámbito fueron dispares, encontrando posturas abiertas y respetuosas frente a esta opción, mientras que otras opiniones se inclinaron hacia juicios de valor, asociados a la construcción de género y a los mandatos del sistema de poder hegemónico y patriarcal. El cual ha cosificado el cuerpo de la mujer y la naturalización del sentimiento maternal en ellas. Estas opiniones se fundaron en categorizaciones que han sido construidas social y culturalmente, las cuales han dictado el rol social que debiera cumplir la mujer con su cuerpo. Una de estas opiniones sitúa la experiencia de la maternidad como el único o gran proyecto de vida de las mujeres, en otras palabras ser madre debiera convertirse en la razón de su existencia.

Como se puede observar en las siguientes opiniones:

“Encuentro que son tontas, que no tienen idea de lo que se están perdiendo. Claramente porque el tener un hijo no impide para nada el desarrollo personal, para nada, yo creo que la mujer que tiene hijos y no se desarrolla personal es tonta y también es tonta una mujer que tiene temor a tener hijos por no desarrollarse personalmente y termina siendo abuela! de sus hijos, cachai”. (**Carlos, grupo Tierra Sagrada**)

“No, encuentro que es su decisión, ellas deciden lo que hacen o no hacen con su cuerpo, si quieren tener un hijo a los treinta años es cosa de ellas”. (**Mauricio, grupo Raipillán**).

De acuerdo a lo que señala Fuller (2001):

Si bien la maternidad continúa siendo un tema importante en la identidad femenina ya no está garantizado que ella sea el eje alrededor del cual las mujeres articulan sus elecciones vitales. Por otro lado, este proceso no es uniforme ya que las diferencias en niveles de ingreso, educación, participación política, relaciones familiares y de pareja y opciones personales, abren diferentes posibilidades. Sin embargo, es posible detectar

los factores que influyen en estos cambios y el quiebre de los moldes tradicionales por los cuales feminidad y maternidad estaban indisolublemente unidas. (p. 231).

En este sentido, no existe tal ecuación que vinculaba a la mujer con la maternidad como única vía de desarrollo personal. Debido a los cambios sociales y avances en materia de fecundación ha provocado que las mujeres planificaran la llegada de los hijos (as), y a su vez lograran ejercer otros roles sociales y desarrollarse en ámbitos profesionales. Por lo que se abren distintas posibilidades para ellas, como señala Fuller, ya no es un proceso uniforme y tampoco un eje que articule las existencias de las mujeres. Por otra parte, las diferencias de clase serán determinante y marcarán las diferentes oportunidades y posibilidades en las mujeres para la toma de decisiones.

1.5 El proveedor económico:

Bourdieu señala que, la organización de las relaciones entre los géneros atribuye a los varones el privilegio y el deber de acumular bienes y prestigio en los ámbitos productivo y político para transferirlos a sus familias y para contribuir al bien común. Esta posición legitima la superioridad y autoridad del varón en este ámbito porque se supone que la supervivencia del grupo familiar y de la sociedad en su conjunto depende de sus esfuerzos. (Fuller, 2001, p.30).

En este sentido, los jóvenes entrevistados que provienen de familias nucleares, el padre fue el principal proveedor económico del hogar, como figura masculina ha representado el rol de sostén de la familia. Sin embargo, en el transcurso del tiempo esta condición que identifica a la masculinidad hegemónica, ha experimentado algunas transformaciones al interior de la familia. Debido al inestable escenario económico que viven las familias de escasos recursos, donde los hombres jefes de hogar vivencian cada cierto tiempo la cesantía o por el bajo nivel educacional realizan trabajos y oficios menores y en consecuencia perciben bajos salarios. En este devenir la mujer debió insertarse en el ámbito laboral para hacer frente a la problemática económica y de esta manera contribuir en los gastos de la casa y de los hijos. Como señala el entrevistado:

“Por lo menos hasta el 2010 fue solamente mi papá, ahora ya como la cosa está un poco más complicada mi mamá está trabajando en la costura”. (Jorge, grupo Raipillán).

Frente al actual modelo económico de características individualista y competitiva, en donde a nivel social se han profundizado las desigualdades, exclusiones, el desempleo y los bajos salarios. En este contexto, los hombres que cumplían el rol de jefe de hogar han tenido que ceder en su rol y verse obligados a permitir el ingreso de su pareja al ámbito público. Lo cual ha provocado generar cambios en los patrones culturales, por lo menos a nivel doméstico, en cuanto a permitir el ingreso de la mujer al mundo laboral y de esta manera salir por un momento de este espacio. Según señala el entrevistado de acuerdo a la experiencia de sus padres en torno al tema económico y laboral:

“ahora si po’...pero igual antiguamente mi papá no dejaba trabajar a mi mamá...las necesidades lo hicieron cambiar, de que nació mi hermana, las necesidades crecen y eso yo creo que hace cambiar a cualquiera”, “nooo...igualdad, la mujer también tiene dos manos y es bastante inteligente como para salir”. (Héctor, grupo Raipillán).

Desde estas opiniones, se evidencia que el padre de cierta manera ha debido reconocer que no logra solventar económicamente a toda una familia, y la exigencia de ser único soporte económico se ve disminuida para comenzar a construir relaciones igualitarias entre las parejas, donde los gastos son compartidos y la presión sociocultural para el varón de ser jefe de hogar se flexibiliza y se tensiona menos. En esta transición, se visualiza que la figura tradicional de ser único proveedor va perdiendo categoría en la pirámide de la construcción de masculinidad hegemónica, por lo menos a nivel de la estructura familiar. Considerando que en el contexto actual el modelo económico y el mercado han instalado la cultura del consumo y necesidades creadas por el sistema que incitan al endeudamiento, y para enfrentar el escenario económico actual es primordial el apoyo mutuo en la relación de pareja y familiar.

2. ESCUELA

En cuanto a la formación escolar se logra conocer las vivencias de los jóvenes entrevistados, como primera experiencia de transmisión socio cultural de género. Concluyendo que este contexto socio educativo no se encuentra ajeno o fuera de las construcciones de masculinidad en la forma tradicional. Este espacio o lugar de aprendizaje y conocimiento, también ha transmitido las nociones de género. Es decir, la escuela ha sido permeada por el sistema social macro donde predomina el patriarcado.

INTRODUCCIÓN TEORICA

“La combinación de políticas neoliberales y de mercado junto con políticas regulatorias del tipo neo conservador produce tensiones y diferencias en los sistemas educativos”. (Aple, 2004 en Aguayo y Sadler, 2011, p.130). Esto incide fuertemente en las condiciones en que niños, niñas y jóvenes desarrollan su experiencia escolar y le dan sentido al tipo de relaciones sociales que allí se forjan. Lo que puede producir una “re-masculinización” de la escuela.

A pesar del predominio de mujeres en la profesión docente, se potencian atributos relacionados con una sola forma de ser hombre: racional, competitivo, exitoso, fuerte, efectivo. Se da por sentada una heterosexualidad de sus estudiantes, esto resulta en homofobia, racismo y sexismo, procesos que a su vez actúan como reguladores en la construcción de las masculinidades en la escuela. (Kehler, 2009 en Aguayo y Sadler, 2011, p.131).

Dentro de la educación formal existen dos ámbitos de aprendizajes, uno representado en el conocimiento estructurado y organizado, que es intencionado y puede ser leído en los documentos oficiales, y otro son los aprendizajes y conocimientos que los y las estudiantes adquieren, que no siempre están explicitados, pero están presentes en los discursos y prácticas de todos aquellos/as actores/as que los rodean y que tienen una fuerza gravitante en sus aprendizajes. (Guerrero et al, 2006, p.126).

En cuanto al Currículum Oculto, trae consigo un “sistema de mensajes implícitos, por el cual el sistema escolar y sus instituciones tienden a entregar particulares representaciones, visiones e interpretaciones del conocimiento escolar, que en

conjunto pueden expresar sesgos, prejuicios, discriminaciones y estereotipos, bajo las cuales subyacen determinadas orientaciones ideológicas”. (Atable, 1993, p.19).

Por otra parte, los denominados: Objetivos Fundamentales Transversales (OFT), fue la apuesta ministerial para incorporar en el proceso de aprendizaje aquellos contenidos que van más allá de una disciplina determinada y que tienen que ver con la formación integral de la persona. Estos Objetivos cubren los ámbitos del crecimiento y la autoafirmación personal; el desarrollo del pensamiento; la formación ética; y la persona y su entorno. (Guerrero et al, 2006).

Y en este sentido, en el marco de la libertad de enseñanza, los establecimientos realizarían sus propias interpretaciones de los llamados Objetivos Fundamentales Transversales, que no siempre se basan en una perspectiva de género, provocando la no utilización de este enfoque en las temáticas amplias desde donde se podría trabajar y mejorar las relaciones y prácticas de y entre hombres y mujeres. Lo cual no conduce a atender las desigualdades de género, sino que éstas van a depender de la interpretación y la voluntad de los establecimientos y los docentes.

Los OFT se consideran como un espacio propicio para la incorporación del género en el currículum, a pesar que sólo en uno de ellos se explicita la no discriminación por razón de sexo, expresada como: “Reconocer y respetar y defender los derechos esenciales de todas las personas sin distinción de sexo, edad, condición física, etnia, religión o situación económica”. (Ministerio de Educación, 2003 en Guerrero et al, 2006, p.120). En los Planes y Programas de los distintos subsectores se hace referencia a los OFT, y cómo estos se vinculan al programa, sin embargo, no se encuentran explicaciones respecto de la forma en que estos objetivos podrían ser abordados desde una perspectiva de género en el programa. Sólo es posible apreciar un cuidado en el lenguaje, que nombra explícitamente a ambos sexos, donde nuevamente la consideración de la perspectiva de género pareciera reducirse al uso de un lenguaje inclusivo de las mujeres. (Guerrero et al, 2006, p.121).

Por otra parte, se observa ausencia de formación de género en la etapa académica de las y los docentes, debido que no basta sólo con mencionar la no discriminación y utilizar un lenguaje inclusivo, se requiere de una reflexión y de una revisión más profunda de las prácticas educativas y de un aprendizaje previo de quienes tienen la labor de transmitir estos

contenidos. De manera que los y las docentes incorporen una nueva manera de mirar el mundo, a los y las estudiantes y el propio proceso de enseñanza. Y la mejor manera de asegurar los conocimientos mínimos en esta área es a través de la formación inicial. (Guerrero et al, 2006).

El actual modelo educativo centra sus objetivos más en el “deber ser” que en el “ser”, lo cual no permite generar una participación activa y reflexiva de los jóvenes en la sociedad, mas suele confundirse educación con instrucción, y la baja calidad de ésta produce una gran brecha entre quienes egresan de un colegio particular versus aquellos que no. Con las conocidas consecuencias para los y las jóvenes que egresan de la enseñanza media, quienes no cuentan con herramientas concretas para enfrentar el mercado laboral y la continuidad de estudios superiores es lejana.

Este modelo educativo responde al modelo económico imperante, el cual otorga oportunidades a quienes tienen poder adquisitivo para acceder al mercado de la educación, mientras los que no, quedan en condiciones de exclusión y en una compleja situación de endeudamiento con el sistema.

2.1 Transmisión de nociones y roles de género en la Escuela

La escuela es una de las etapas fundamentales de las primeras experiencias socializadoras de niños y niñas, la escuela como institución formal es el lugar donde se transmiten y se profundizan los roles de género, asociados al proceso de aprendizaje cultural de ser hombre y ser mujer.

Se trata de procesos sutiles e inadvertidos, que entran en juego en la vida cotidiana, en los que se movilizan imágenes estereotipadas, o en donde existe un silencio frente a su utilización. Por una parte, están los textos escolares con imágenes y mensajes que presentan el tipo de familia nuclear, tradicional y urbana, con ausencia de figuras de mujeres en la política, el gremialismo o el ámbito científico; las imágenes mayoritarias son en el sector servicios, como: maestra, enfermera o “modelo” publicitaria. Y por otra parte, los textos están cargados de lenguaje que es utilizado en la vida cotidiana escolar, enseñado y aprendido. El lenguaje es en sí mismo una manifestación de valores, prejuicios y pautas culturales. (Morgade, 2001, p.56-57).

En cuanto a las experiencias vividas en la escuela⁴ por los jóvenes entrevistados. Por una parte, se puede mencionar algunas prácticas de masculinización producidas al interior de esta, aplicada en el área de las asignaturas, como: educación física, donde la costumbre era de separar a los estudiantes de acuerdo al sexo con el fin de realizarles distintos ejercicios físicos, a los hombres fútbol y basketball y a las mujeres gimnasia rítmica o artística. En la dinámica escolar, se observa que en determinadas asignaturas se refuerza el género como fortalecimiento del desarrollo de la masculinidad, específicamente en la asignatura de educación física, donde los jóvenes señalan:

“Si, por lo general siempre. Ya como que a las niñas era gimnasia artística y los hombres no, la pelota o basketball”. (**Carlos, Club Deportivo Atlanta**).

“En educación física, que nos hacen mostrar fuerza física más que nada”. (**Mauricio, grupo Raipillan**).

Los jóvenes expresan haber vivenciado diferencias en el trato de parte de los y las docentes, hacia los varones el trato fue con más dureza y en muchas ocasiones se aplicaba el castigo, hacia las niñas el trato tuvo un carácter más dócil, como también de remarcar en ellas la feminidad, utilizando categorías como el ser “señoritas” y en los niños se remarcó la hombría, la valentía, evitar la demostración de emociones y normalizar las riñas entre ellos. En cambio las riñas entre mujeres eran mal vistas al punto de una expulsión temporal de la estudiante del establecimiento, siendo además estereotipadas con apelativos masculinizadores. Los jóvenes también señalan que existía constante vigilancia de los juegos que realizaban niñas y niños en los recreos.

“me acuerdo que unas niñas y unos compañeros una vez se pusieron a pelear y le dieron como mucho realce así como “oh las niñas pelean, las niñas pelean”. (**Jorge, grupo Raipillan**).

Los profesores (as), inspectores, directores, la comunidad educativa en general, que representan la autoridad, han transmitido a los estudiantes el modelo hegemónico de masculinidad, a través de prácticas cotidianas realizadas al interior de los establecimientos, ya sea en el aula, en los patios, en las relaciones sociales, en los modelos y en los discursos

⁴ El termino escuela se utiliza como referencia a los niveles primarios y secundarios del sistema escolar, que incluye escuelas y liceos.

dominantes. En definitiva, una producción de identidades que en este espacio educativo se produce de manera solapada. “A partir de esto, es que concebimos a estos espacios educativos institucionales, la escuela básica y posteriormente el Liceo, como agencias de socialización con alta incidencia en las identidades que construyen los sujetos y sus grupos”. (Duarte, 2005, p.60).

En los juegos que desarrollan los niños y niñas también se ven representado los géneros, cuando intentan imitar a personajes de los dibujos animados de la televisión, quienes representan a héroes, villanos, princesas, hadas y heroínas, personajes cargados de roles culturales relacionados con la fuerza y el poder sobre natural en los hombres y la justicia social en las mujeres, aspectos que realzan social y culturalmente las categorías y representaciones de género. Y estos juegos son llevados al ámbito de la escuela, como señala el joven entrevistado:

“En la básica me acuerdo que...que muchos hombres se creían power rangers, jugaban entre puros hombres...y las mujeres se creían sailor moon...bueno los hombres también jugaban a las bolitas, al trompo, a los tazoz en ese tiempo”. (**Carlos, Club Deportivo Atlanta**).

“En los juegos se empiezan a diferenciar, o sea el hombre juega a la pelota, las mujeres se sientan a conversar o juegan a la cuerda, y ahí hay una diferenciación”. (**Andrés, militante JJCC**).

De esta manera, los medios de comunicación también influyen y construyen a niños y niñas en categorías de género, instalando prototipos de lo femenino y lo masculino, acompañado de un cuerpo tal que representarían a los varones en características como: la heterosexualidad, el poder y la fuerza, y en las mujeres; la belleza, la bondad y la caridad.

2.2 Demostración de masculinidad en la escuela

Los jóvenes entrevistados señalaron que en sus experiencias con la escuela y las relaciones con sus semejantes, no habrían necesitado demostrar su masculinidad, excepto en aquellas momentos donde debían defenderse y ser parte de riñas dentro de la escuela y cuando ésta no

se llevaba a cabo debido a la vigilancia de los inspectores, se trasladaba a la calle entendiendo este espacio como otro de los lugares de demostración y de validación de la masculinidad. De alguna manera, estos episodios de violencia formaban parte del proceso de validarse como hombres ante los demás y en cierto modo darse a respetar.

En este sentido, la dinámica social de ser parte del barrio conlleva exigir este derecho, demostración de masculinidad y de poder entre los niños y jóvenes sería parte de las relaciones sociales que se forjan entre ellos. A través de las riñas se posicionaba y se daba reconocimiento a la categoría de hombre, fuerza y masculinidad. Como señala un joven entrevistado, respecto de su experiencia en la escuela:

“onda, siempre lo mismo, que tú soy hombre, supongamos se ponían a pelear y decían no llori tu soy hombre, los mismos inspectores le decían eso”. (**Héctor, grupo Raipillán**).

Por esto que, “Las masculinidades se construyen colectivamente y se mantienen a nivel institucional. La escuela, como toda organización, es una institución que mantiene una determinada ideología de género y sexualidad que activamente produce divisiones de género”. (Madrid, 2011, p.132).

De este modo, han construido y validado la masculinidad hegemónica basada en la heterosexualidad y por consiguiente generando la homofobia, categorías que al estar instalados en la cultura y la sociedad son llevados al ámbito de la escuela, espacio que aportaría a modelar aún más las nociones, categorías y estereotipos de género. Y por otra parte, no se consideran elementos estructurales del entorno social, como: la clase, el género, la etnia y la justicia social como igualdad de oportunidades, entenderla también en sus otras dimensiones; reconocimiento de la diferencia, participación en la toma de decisiones y la afectividad. (Aguayo y Sadler, 2011).

Salazar y Pinto (2002), señalan respecto de que los ‘Espacios educativos’ no tienen legitimidad ni motivación suficientes para frenar y revertir la invasión del tráfico de drogas, del alcohol, el sexismo y la violencia ambiental”. (p.101). Esto pone en evidencia que a los ya conocidos componentes que entorpecen una adecuada implementación del proyecto educacional, como: la escasa o nula perspectiva de género, además se suman otras problemáticas sociales, mencionadas por los autores, que afectan directamente la dinámica y

convivencia escolar, presente en la mayoría de los establecimientos con alto IVE (índice de vulnerabilidad escolar) y que se encuentran insertos en comunas y barrios de escasos recursos. En estos contextos, las relaciones sociales que se forjan entre niñas, niños y jóvenes se ven afectadas, ya que generalmente deben enfrentarse a dinámicas violentas y de matonaje, con lo cual deben lidiar y aprender a socializar en contextos adversos y de tensas relaciones, reproduciendo actitudes de tipo machista, xenofóbico y sexistas. De esta manera, estos espacios educativos dejan de ser referentes positivos o el lugar de protección y resguardo para los estudiantes, por lo que no se sienten identificados ni motivados a continuar asistiendo al aula, sino que se observa alta deserción por parte de éstos. Al parecer por no encontrar respuestas adecuadas a sus inquietudes y perspectivas respecto de la educación, pensada como herramienta que les ayude a enfrentar las desigualdades sociales en las que viven, y lograr en el futuro participar de reales oportunidades laborales que les permitan tener acceso a los distintos bienes y servicios, como también participar en espacios sociales, culturales y políticos.

CAPITULO III: MASCULINIDAD(ES)

Este último capítulo conlleva tres ejes de análisis, denominados: identidades masculinas, relaciones interpersonales y paternidades. Temas que buscaron analizar el proceso de constitución de la identidad(es) masculina(s) de los jóvenes entrevistados. Para lo cual se analizó desde sus propias opiniones y experiencias personales.

BREVE REVISIÓN HISTÓRICA

Los Estudios de la Masculinidad reciben su principal impulso de la idea de que los esquemas patriarcales tampoco ayudan a comprender quiénes son los hombres y marginan no sólo a las mujeres sino también las identidades masculinas que no encajan con los patrones masculinistas del patriarcado. (Martín, 2007, p. 90).

Los estudios de la Masculinidad se iniciaron por el lado de la ciencia en los años 50 por parte de la psicología social norteamericana, su investigación estaba centrada en los análisis de los patrones de conducta de los sexos femenino y masculino. Originalmente su perspectiva era esencialista y heterosexista, al suponer que el sexo biológico del individuo determina su identidad.

Entre los años 60 y 70 nacieron, los *African American Studies* y los *Chicano Studies* impulsados por la concienciación de las minorías a partir de la lucha por los derechos civiles, mientras que la segunda oleada feminista llevó a la creación de los *Women's Studies*. En los años 70 se ofrecen los primeros programas universitarios en Estudios de la Masculinidad, mayoritariamente dentro de las disciplinas de psicología y sociología. Durante esta década, las teorías postestructuralistas venidas de Francia y asociadas a los nombres de Lacan, Kristeva, Derrida, Irigaray y Foucault dio paso a los *Gender Studies*, y al segundo estadio de los *Women's Studies*, plenamente consolidados. A diferencia los Estudios de la Masculinidad siguieron una vía más lenta al no haber encontrado aplicación al marco teórico generado por los *Women's Studies*, dado la dificultad que supone el enfrentarse como hombre a la naturaleza represora y jerárquica del patriarcado y reclamar el discurso del subordinado siendo al mismo tiempo parte privilegiada del aparato del poder, sobre todo en el caso del hombre blanco y heterosexual. Cuando se articuló el modo en que la posesión del privilegio

en una sociedad patriarcal condiciona el modelo masculino, se puso de manifiesto que lejos de ser una sola construcción, la masculinidad es muy diversa y su activismo se consolida en múltiples posturas frente a la acusación de privilegio.

En el ámbito angloamericano del que surge la disciplina se abandona la nomenclatura inicial de los *Men's Studies* (Estudios de los hombres, por analogía con *Women's Studies* o Estudios de las mujeres) a favor de la inclusiva *Masculinity Studies*, y que desde la década del 90' incluso antes se habla de "masculinidades". Y al hablar de "masculinidades" en plural, se ha desechado la idea de que lo masculino constituye una única identidad.

Uno de los fundadores de la disciplina, el sociólogo australiano Robert Connell, afirmaba que el carácter mutable a lo largo de la historia de la feminidad y la masculinidad, no es una culminación sino un punto de inflexión. Según él: "los hombres heterosexuales tienen numerosas razones para cambiar no sólo por el bien de las mujeres sino por el suyo propio". (Connell, 1987, p.279). Connell abrió el camino para la consolidación académica de los Estudios de la Masculinidad al aplicar la idea gramsciana de hegemonía y desarrollar el concepto de masculinidad hegemónica, que sirve para explicar la estructuración jerárquica de los distintos modelos masculinos bajo el patriarcado predominante, que él presenta como modelo sustituible. (Martín, 2007).

Masculinidad(es): aproximaciones a su conceptualización

La masculinidad se refiere a la sexualidad activa y la fuerza física, cualidades que caracterizan el lado natural de la hombría: la virilidad. Esta constituiría el núcleo de lo masculino pues se define como derivada de la biología, instalada en el cuerpo y, por lo tanto, universal e invariable. La virilidad se representa como natural ya que todo varón nace con órganos sexuales masculinos y posee fuerza. (Fuller, 2001, p.28).

Otras acepciones señalan que la masculinidad se arraiga inconscientemente antes de los seis años, se refuerza durante el desarrollo del niño definiéndose de manera precisa en la juventud. La norma masculina presenta matices y particularidades que dependen de factores como la clase, nacionalidad, raza, religión y etnicidad y que dentro de cada grupo se manifiesta de manera singular. (Kaufman, 1989).

Para lograr comprender la masculinidad y el proceso de su construcción socio-cultural, primero se debe comprender las estructuras de poder que sostienen estas construcciones, y no es tarea fácil, ya que dentro de estas estructuras se encuentran los patrones de dominación, los cuales están en constante cambio, además de la interacción entre la opresión a nivel individual y a nivel de las estructuras sociales, políticas e ideológicas más amplias basadas en la jerarquía y el privilegio.

Por esto que la masculinidad se desarrolla dentro de un contexto social macro, no funciona por sí sola, sino que se mueve y se despliega en todos los espacios sociales que involucra a los poderes del Estado, la política, la economía, la sociedad civil, la iglesia por sobre todo católica. Es un sistema que funciona a través de las instituciones, las cuales perpetúan el poder y la dominación masculina, estamos hablando de una sociedad patriarcal que ha convertido ese poder en hegemonía y que abarca todas las esferas de la sociedad.

El patriarcado es una de las bases de la actual organización de las sociedades del mundo, capitalistas y socialistas, desarrolladas y subdesarrolladas. Su desaparición es requisito para que se produzca un cambio social, económico y político fundamental. (Kaufman, 1989, p.14).

Este cimiento patriarcal que sostiene a las sociedades, ha provocado relaciones de poder y dominación en todo ámbito, como: económico, político y cultural, también en lo público y privado. Profundizando las brechas económicas y sociales en las personas, aumentando la segregación social. Dificultando de esta manera, la posibilidad de cambios a nivel cultural que promuevan nuevas relaciones sociales y de género. Para tal anhelado cambio social al que alude el autor, se requiere voluntades políticas y económicas que desde el Estado y las instituciones promuevan cambios a nivel de las estructuras y en el tejido social.

1. IDENTIDAD(ES) MASCULINA(S)

Las identidades masculinas se forjarían a través de distintos procesos experienciales que vivencian los jóvenes y que se encuentran influenciados por el entorno más cercano, como la familia, el grupo de semejantes y también por el contexto socio-político y cultural de país. Esta construcción de identidades masculinas reúne la percepción que tienen los jóvenes de sí mismos, la valoración que reciben o los prejuicios de que son objeto, los cuales van formando

parte de sus experiencias de ser hombre joven poblador. Esto último entregaría aspectos particulares de estos jóvenes como variable de análisis, ya que el proceso de construcción de identidades masculinas que han ido experimentando los jóvenes de la población Nueva La Legua, ha estado permeada en varios aspectos y en un contexto territorial específico.

Primero, la población o el barrio presenta características que responden a una estructura macroeconómica mayor, de esta manera se presenta la pobreza, cesantía, estigmatización y falta de oportunidades que ha afectado directamente a los jóvenes, sobre todo porque a la hora de perseguir mejores condiciones de vida, se cierran puertas, ven lejos la posibilidad de continuar estudios superiores, y en términos laborales sólo acceden a trabajos precarios y de bajos salarios. Todo lo cual pondría en cuestionamiento su identidad masculina aquella que la cultura patriarcal le exige frente a las responsabilidades que como hombre debe asumir a nivel familiar en la categoría de proveedor. Y en la mayoría de los casos estos jóvenes son estigmatizados en el ámbito laboral, debido al sector donde estos jóvenes residen.

Por otra parte, la población presenta un contexto de vulneración donde convive la violencia del consumo y tráfico de drogas, balaceras y enfrentamientos entre bandas. Y en ese contexto social se fortalece un tipo de masculinidad basada en el poder simbólico y material como la opulencia, la competencia, el poder del dinero y la dominación sobre otros y otras. Un estereotipo de hombre que defiende el lugar de la masculinidad aquella que se instala y posiciona en la calle, donde las relaciones sociales e interpersonales están basadas en la violencia de todo tipo, física y psicológica, y donde los valores como la honestidad, la caridad, la solidaridad se encuentran trastocados. Niños y niñas crecen y se desarrollan bajo construcciones de estereotipos vinculados con el mundo del hampa, donde se muestran modelos de ser hombre y mujer en este contexto específico.

Segundo, en la cultura de la población los jóvenes también observan y experimentan procesos de socialización alternativos como la “otra” cara de la realidad que se vive en estos sectores denominados por la intervención política del Estado como sectores “de alta vulnerabilidad” y de “alto riesgo”. En este contexto se presenta la comunidad y su gente, con características como la resiliencia, el sentido de pertenencia con el territorio, la tradición que marca ser poblador o pobladora, con vivencias compartidas desde la organización de ollas comunes y

toques de queda durante el régimen militar, hasta los cambios sociales y económicos con la llegada del proceso democrático. Las y los pobladores coexisten con otros matices del barrio, como la existencia de organizaciones sociales, religiosas, culturales, políticos y deportivos, las cuales atraen el interés de gran parte de niños, niñas y jóvenes que buscan desarrollarse en otros ámbitos. Como se ha señalado en el primer capítulo de esta investigación, el barrio otorga la posibilidad de realización personal, fomentando la vida en el quehacer comunitario, potenciando la participación, recreación y los valores sociales. El conjunto de estas organizaciones otorga vida social que permiten abrir espacios donde los jóvenes son protagonistas y tienen la posibilidad de compartir saberes y las expresiones culturales de sus propios estilos.

Tercero, los medios de comunicación y un modelo económico de características neoliberal, conservador y mercantil, instala una cultura basada en lo material incitando al consumismo e imponiendo modelos masculinos hegemónicos. Lo que ha influido en los jóvenes anhelar ciertas figuras que en la mayoría de los casos estos jóvenes no logran alcanzar, lo que podría conllevar a sentimientos de pesimismo y frustración en ellos, frente a la necesidad de identificarse versus los modelos que no logran alcanzar. En este sentido:

La masculinidad que él ‘comienza’ a crear por sí mismo en ese contexto, se inicia, pues, solidarizando con identidades reales y descartando las ofertas vagas de solidaridad institucional. Lo cual implica un vagabundeo sin horizontes definidos pero tampoco sin abandonarse a sí mismo. Es un principio consistente con la vida y también con la realidad contextual. (Salazar y Pinto, 2002, p.103).

En esta búsqueda de identidad personal y en convivencia con el contexto social antes descrito, los jóvenes de Nueva La Legua van formando sus identidades y construyendo al ser masculino en la cotidianeidad que le ofrece el barrio y su vida comunitaria, como también la socialización al interior de las organizaciones socio-cultural y políticas que allí se han forjado.

1.1 Percepción de hombre

La reflexión de Badinter (1993), nos señala: “el sistema de referencias se ha volatizado y el hombre de fin de siglo ya no sabe definirse”. (p.19). Esta falta de definición de parte de los

jóvenes también se observa en el siglo xxi, evidenciando dificultad en los entrevistados para lograr verbalizar e interpretar la significación del ser “hombre”, como concepto en sí mismo y luego vinculado con las propias experiencias de ser varón joven que vive en un sector empobrecido. Al abrir la reflexión con los jóvenes dan cuenta de experiencias aprendidas y socializadas a través de la familia, la escuela, grupos de semejantes y de la calle como espacio público y lugar de transmisión de roles y nociones de género. Donde la mayoría señaló que las principales características que representan al ser masculino, son aquellas relacionadas con las tareas y roles que el hombre ha desempeñado culturalmente como: el de trabajador, proveedor y protector. Por otro lado, el aspecto físico y de imagen es otro factor que consideran relevante para proyectar la figura de hombre, como: el vestuario, el cabello, afeitarse, el perfume, los zapatos, la corbata, el bolso o maletín, entre otros accesorios. En este sentido, se observa que los jóvenes tienen cognitivamente naturalizado e instalada la estructura cultural de ser varón, verbalizan nociones y roles de la masculinidad tradicional sin cuestionarse a veces el por qué de éstas obligaciones exigidas para el género masculino. Como señalan a continuación algunos jóvenes entrevistados:

*“Eh... como explicarlo...qué es ser un hombre (lo repite muy despacio)...eh...”,
“pero na’ po, por ejemplo cuando mi papá trabaja en los turnos, por ejemplo, en esto del turno de día y de noche, el encargado de que hay que arreglar la llave, arreglar el techo, eso lo hago yo”. (Jorge, grupo Raipillán).*

“No, es que igual es una pregunta súper amplia, yo creo que el ser hombre está marcado por el tema de la sexualidad: qué la trae. No, pero el ser hombre también tiene que ver con tener ciertas conducta respecto a las mujeres, por ejemplo, el tema de protección también, el preocuparse. (...) sabe que es mujer, que es más frágil, se ve más frágil”. (Andrés, militante JJCC).

Como señala Badinter (1993):

Deber, pruebas, demostraciones, son palabras que nos confirman la existencia de una verdadera carrera para hacerse hombre. La virilidad no se otorga, se construye, digamos que se fabrica. Así pues, el hombre es una suerte de artefacto y, como tal, corre el riesgo de ser defectuoso. Bourdieu destaca, el esfuerzo patético que se necesita

para estar a la altura de esta idea del hombre y el sufrimiento que comporta no alcanzarla. (p.18).

En este sentido, el presente de estos jóvenes se transforma en un demostrar, conciente e inconcientemente, influenciados por el contexto que les exige la posición o el lugar del hombre. De esta manera se va construyendo a este ser masculino que sin duda no estará exento de obstáculos, y que en ocasiones cuestionan el porqué de continuar cumpliendo o ejerciendo los mandatos del legado patriarcal del padre, abuelo y la familia. Como señala:

“No, encuentro que no necesito demostrarla para saber quien soy yo, si soy hombre o no soy hombre”. (**Mauricio, grupo Raipillán**).

Expresar no tener la necesidad de demostrar la masculinidad hace posible visualizar otras expresiones de identidades masculinas, donde los jóvenes se muestran auténticos y seguros, y que pueden hacer frente a la constante presión social que exige el cumplimiento de roles de la masculinidad tradicional.

Otro entrevistado se identifica con ser hombre desde la perspectiva de la solidaridad y el respeto, como base fundamental para el ejercicio de sus relaciones sociales. Como señala:

“Qué es para mí ser hombre...es que pa’ mi ser hombre, es tratar de seguir una forma, una buena vida, o sea una vida de respeto a los demás, tolerancia, de sinceridad, trabajar harto por lo que uno desea, amar mucho a los cercanos, a los amigos”. (**Carlos, Club Deportivo Atlanta**).

1.2 Percepción de masculinidad

En cuanto a la percepción de masculinidad, el objetivo fue conocer si los jóvenes manejaban concepciones diferentes respecto de los conceptos “hombre” y “masculinidad”, o si estos expresaban significados distintos para ellos. Al respecto, se constata en las opiniones entregadas por los jóvenes que estos conceptos no denotan diferencias tan distintas de lo promulgado en los mandatos del sistema patriarcal. En el imaginario de los jóvenes configuran una unión de ambos conceptos, es decir, ser hombres para ellos conlleva inseparablemente el desarrollo de características que obedecen a los mandatos de la masculinidad tradicional, el que también va mezclado con matices que auguran cambios en

las relaciones interpersonales que de llevarse a cabo desafiarían al modelo de masculinidad hegemónico.

La masculinidad es poder pero también es terriblemente frágil, contrario a lo que la sociedad patriarcal ha impuesto, la masculinidad no existe como una realidad biológica que llevan los hombres dentro de sí. La masculinidad existe como ideología, como conducta codificada; existe en el marco de relaciones de género. En definitiva, no es más que una institución social con una relación insustancial con la hombría y el sexo biológico, sus supuestos sinónimos. (Kaufman, 1989, p. 40).

La sociedad patriarcal se ha esforzado por mantener un tipo de masculinidad centrado en aspectos como la fortaleza, poder y dominio, haciéndolas parecer intrínsecas al “ser” hombre, mas esto es sólo una construcción, ya que la realidad nos ha evidenciado otros modos de ser hombre, capaces de mantener relaciones igualitarias, con demostración de emociones, docilidad, participación paternal, entre otras.

Al igual que Salazar y Pinto (2002) señalan:

Los cabros chicos populares del siglo XXI tienen ante sí un basural de masculinidades poco útiles o en desuso mucho mayor que el que tuvieron ante sí las “pandillas de huachos” del siglo XIX, “los pelusas” de comienzos del siglo XX y los “privilegiados” por el populismo de los años ‘60 o tempranos ‘70, todos los cuales tuvieron al alcance de la mano alguna ‘masculinidad útil’ (la del “roto vagabundo”, del “choro”, del obrero, del revolucionario o del empleado público, por ejemplo), (...) En este sentido, la masculinidad en Chile, no está en crisis, sino en proceso de desarrollo. Esta en construcción. (p.100).

Respecto a este proceso de construcción del que señala Salazar y Pinto, los hombres jóvenes de La Legua, se encuentran desarrollando varios tipos de masculinidad, a pesar que a nivel discursivo mantienen ideas sobre el modelo de masculinidad tradicional. En este sentido, han ido tomando referentes propios, como también buscando ajustes entre lo que son y lo que les ofrece el contexto. Buscando respuestas a sus aspiraciones y sin duda utilizando también los referentes familiares, de grupos de semejantes, la calle, la comunidad, el barrio y su gente. Mas esta construcción actual es un desafío generacional, un proceso distinto para un contexto socio cultural distinto del que vivieron sus padres y abuelos. Y respecto a qué entienden por masculinidad, señalan:

“Una wea que alguien inventó”, “es una de las dos partes que genera la vida en este planeta, pero nada más que eso, es un engranaje de la vida, otra importancia no le doy”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

El contexto social donde los jóvenes se desenvuelven, les permite ir apropiando más de una identidad acercándolos a representaciones con creencias, ideologías y/o con disciplinas profesionales. En este sentido, Danilo joven entrevistado se identifica con varias identidades, por parte de la madre pertenece a una familia fundadora en la población La Legua con ideología Comunista, el joven comparte la ideología política familiar pero nunca ha militado. Por otra parte, se considera poblador y tiene gran sentido de pertenencia con el barrio, participa en el “Club Deportivo Social y Cultural Juventud Atlanta”, es profesor de Enseñanza Media y pertenece a la religión Evangélica Pentecostal, en la que su padre fue el principal referente.

La opinión del entrevistado se basa en sus preferencias y desarrollo de actividades que lleva a cabo. Como señala:

“ehh en realidad trato de ser bien práctico como hombre, trato de andar limpio siempre, me afeito en la mañana, es que no tengo mucho tiempo de andar preocupándome de mi apariencia, cuando era más cabro quizás, andaba con la peineta en el bolsillo, era como más pretencioso, o tenía el tiempo para hacerlo, pero ahora no lo tengo, y además que uno empieza a ver las cosas diferentes, tengo otro pensamiento, la vida significa con el tiempo...es muy superficial, es muy superflua, es como una hoja que nacen, se secan y mueren, así somos nosotros, el resto es vanidad”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

Esto último nos habla de otro tipo de identidad masculina, sobre todo si los jóvenes participan en distintos contextos sociales y culturales, si además se suma la posibilidad de ejercer una profesión, participar en el ámbito comunitario a través de las organizaciones. En concreto, todas estas identidades son posibles de ser creadas y de actuar de acuerdo a los distintos contextos, con lo cual se abre la posibilidad de ir construyendo el ser masculino no sólo en el modelo tradicional, sino que también en la creación de masculinidades alternativas, como otra manera en que la hombría pueda ser definida a través de contextos históricos y culturales.

1.3 Roles y mandatos masculinos

En cuanto a los roles y mandatos masculinos vinculados al ser hombre y a la concepción de masculinidad, hacen un todo, estos son adquiridos e internalizados como propios y van siendo naturalizados en el género en el proceso de socialización de los jóvenes. Se observa a través de las opiniones de los entrevistados que de alguna manera no habría un ejercicio de reflexión respecto de estos mandatos y no asumirían la victimización a la que también son expuestos, como también de los privilegios de los que gozan dentro de esta sociedad fundada en el patriarcado.

El modelo de masculinidad hegemónica ha logrado estereotipar lo que es ser hombre imponiendo sus mandatos como las formas ‘normales’ de ser varón. Los estereotipos pasan a ser expectativas de comportamiento, es decir, no sólo de conductas, sino de habilidades y capacidades, de maneras de pensar y evaluar, y como tradicionalmente la masculinidad se ha asociado con el rol productivo y de proveedor económico. (Olavarría y otros, 1998). Los jóvenes entrevistados grafican estas nociones de roles, a través de las experiencias personales vividas durante la infancia y adolescencia, donde la figura del modelo de masculinidad tradicional representado en el padre, tíos y hermanos, fueron determinantes para su formación masculina, a pesar que éstos se encontraban ausentes la mayor parte del tiempo. Éstos jóvenes señalaron haber pasado más tiempo con la madre y hermanas y de igual manera hubo un marcado traspaso de roles de género hacia los jóvenes, sobre todo en la construcción de la masculinidad, cuando el padre no se encontraba los mandatos del patriarcado fueron traspasados principalmente por la madre y abuela. Según señala el entrevistado:

“siempre tienen ese tema de que las mujeres lavan, de que la mujer plancha, entonces por ejemplo yo me acuerdo cuando era chico era difícil poder ayudar en la cocina. A mí siempre me ha gustado mucho cocinar y yo me acuerdo que de chico era difícil que yo pudiera ayudarle a mi abuelita a cocinar, entonces decía: ¡no, usted no puede estar en la cocina!, ¡no los hombres no ayudan a cocinar!”. (Andrés, militante JJCC).

De acuerdo a los roles masculinos y mandatos culturales del género, otros jóvenes señalan:

“El de padre, por sobre todo... más paternal, amoroso, claro no por ser hombre no va a demostrar cariño, supongamos mi caso igual eran como, ya ven hijo! pero tengo

amigos que nunca tuvieron esa experiencia, fue así como más a la distancia” (Héctor, grupo Raipillán).

“Creo que debería ser como bien compartido el rol entre el hombre y la mujer, el tema de ambos aportar económicamente, el tema de ambos cumplir las mismas funciones, no que hayan determinadas tareas para uno o para otro”. (Andrés, militante JJCC).

“La protección, el proveer, el educar, ehh como eso a grandes rasgo”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

“Creo yo que por rol, no estoy siendo discriminador, pero creo que hay roles que de repente la mujer puede ser mejor que el hombre, como hay otras decisiones que las toman del rol masculino y se pueden tomar o decidir mejor, ahora lo ideal es que haya cierto complemento que no sea una imposición”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

Las opiniones presentadas se observan dicotómicas, por una parte están los relatos que manifiestan expresiones de apoyo hacia la igualdad de género con cierto rechazo a la imposición de los mandatos sociales impuestos. Apelan a un rol paternal amoroso, cariñoso y por sobre todo presente, y que el aporte económico debe ser compartidas en pareja, como también las funciones. En otras palabras apuestan por establecer relaciones más complementarias. Por otra parte, están los otros relatos que dan cuenta de una construcción social y cultural de masculinidad tradicional y hegemónica basados en los roles tradicionales de proveedor, protector, de educador o formador que el padre debe ejercer, relacionando al hombre con una mayor capacidad para la toma de decisiones.

1.4 Qué se espera socialmente del hombre

La opinión de los jóvenes respecto que esperaría de un hombre la sociedad, no necesariamente los interpreta a ellos, sino más bien identifican las exigencias que la sociedad patriarcal establece del género masculino. Señalan, primero que cumpla con su rol histórico de

proveedor, que se dedique al trabajo y practique fútbol, que sea un protector de la mujer y los hijos (as), y en palabras de los entrevistados “que tenga los pantalones bien puestos”, es decir, que asuma las responsabilidades que le toca de acuerdo a la reglas sociales y económicas para con la familia, que físicamente sea capaz de demostrar fuerza, que solucione los desperfectos en el hogar y cuando el padre este ausente este rol recaiga en el hijo mayor.

“De un hombre se espera que, o sea como decirlo, que sea como bruto, que sea solo como deportista, que sea... que sale como a trabajar y a lo más fútbol y fútbol no más...nada más y por ejemplo en las cosas que son como más allá que son como el Servicio Militar, se espera que solo vayan los hombres, como exigencia física se le pide más a los hombres”. (Mauricio, Grupo Raipillán)

“Que fuera un hombre con los pantalones bien puestos, creo yo”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

De todas estas exigencias y obligaciones socio culturales basadas en los roles masculinos, a su vez el patriarcado le atribuye ciertos beneficios y libertades, como por ejemplo: no tener restricción de horarios, dedicar mayor tiempo a los amigos, al juego y al fútbol, descansar del trabajo doméstico, no sentir la carga social de la reproducción y crianza de los hijos, manejar cierto poder y dominio en el ámbito privado sobre la mujer y los hijos, ya que en la calle deben ganarse ese estatus para ser respetado por otros hombres.

Sin duda, que algunos de estos roles variarán de acuerdo a la clase social que pertenezca el hombre. En aquellos casos donde no se vislumbra el desarrollo personal, intelectual o creativo, sino que se centra más en la repetición de un modelo de masculinidad hegemónica sin reflexión ni cuestionamientos a la generación de cambios, lo que profundiza los mandatos de género vinculados con la identidad masculina tradicional y hegemónica.

1.5 Influencias de las Experiencias sexuales en la masculinidad

Las experiencias sexuales sin duda marcan una importante etapa de los varones jóvenes y en este sentido el objetivo de este tema fue conocer de parte de los jóvenes, de qué manera influyen las experiencias sexuales en ellos y en sus semejantes, para lo cual se tomaron opiniones como: a mayor cantidad de experiencias sexuales contribuía a aumentar la

personalidad, mayor seguridad en la seducción, mejoraba las habilidades personales para desenvolverse en el medio social y en su grupo de semejantes, y que a través de estas experiencias el joven construiría una visión con respecto a las mujeres y hacia otros hombres. Es decir, podría establecer relaciones interpersonales con mujeres de acuerdo a una posición jerárquica de valoración o desvaloración hacia ellas, dependiendo del significado simbólico que este le otorga a la sexualidad, como también en el plano de las relaciones con otros hombres éstas pueden estar cargadas de la noción de poder. Quien no ha pasado aún por esta experiencia, se encontraría en desmedro frente al grupo versus aquel que sí reúne estas experiencias y las hace pública para posicionarse en un escalafón –de prestigio- mayor que el de sus semejantes.

Las siguientes opiniones de los jóvenes entrevistados, señalan la manera en que podrían influir las experiencias sexuales en un hombre joven, más estas opiniones no representan estar de acuerdo en términos sexuales con la construcción de masculinidad:

“La visión que tiene hacia una mujer, a la mujer en general y cual es la visión que tiene hacia el hombre en general, por que un tipo que haya estado con muchas mujeres puede pensar que se las sabe toda, que todas las minas se rinden a sus pies y que todo el resto vale hongo, que él es el mejor, puede suceder o puede suceder que un hombre haya estado con muchas mujeres y que no influya en nada eso”. (**Carlos, Club Deportivo Atlanta**).

“Sí, yo creo que si, yo creo que un hombre que tiene más experiencia sexual yo creo que lo hace sentirse mucho más masculino, lo hace sentirse superior respecto a otro hombre, frente a que alguien que no ha tenido experiencia o alguien de primera experiencia”. (**Héctor, militante JJCC**).

Otra de las opiniones se acerca más a la experiencia sexual compartida con la pareja, observando un tipo de masculinidad basado en el respeto y el compromiso y en desarrollar experiencia sexual con responsabilidad.

“Es que la experiencia no te la da el hecho de tener muchas parejas o muchas mujeres, la experiencia sexual te la da el complementarte bien con tu pareja, creo yo!”. (**Danilo, Club Deportivo Atlanta**).

Por otra parte, desde la sociedad en su conjunto se ejerce un tipo de presión hacia los jóvenes para que se inicien tempranamente en el tema sexual, y cuando aún no exploran en este ámbito se pone en duda su heterosexualidad. El paso por la experiencia sexual es otra de las formas de construcción de identidad masculina para lograr hacer la diferencia con el género femenino. Los jóvenes entre sí son presionados para iniciarse tempranamente en la sexualidad y cuando la experiencia es considerada mínima, se presiona para aumentarla y a pesar de no sentirse aún preparados son empujados para llevar a cabo esta conducta, por la fuerte presión social que experimentan desde la familia, amigos y el entorno.

De acuerdo a la opinión de los entrevistados, se puede visualizar el rechazo a esta imposición social y que de alguna manera reflejan en sus sentidas palabras, no estar de acuerdo con esta presión de la que han sido objetos.

“Del mismo círculo de repente, cuando unos malos amigos que tienes te dicen “oye pero si ya tení no se cuantos años y a esta edad yo ya con ocho mujeres”. (Jorge, grupo Raipillán).

“Sí, como que se le obliga a uno a hacerlo... sí, se presiona, y yo encuentro que no es necesario, de los mismos hombres y también de la sociedad...Algunos creen que por ejemplo si uno no lo hace es Gay”. (Mauricio, grupo Raipillán).

En el proceso de construcción de la masculinidad a través del fortalecimiento de la sexualidad, no sólo aparece la oposición a lo femenino sino también la homofobia como eje de afirmación masculina entre los varones jóvenes. Como también el ejercicio de relaciones de poder que va afectar tanto a las mujeres, a otros hombres como a ellos mismos. Si en el ámbito de la salud estos jóvenes no cuentan con una educación sexual preventiva puede inducir a prácticas de riesgo, ya que determinadas investigaciones y trabajos donde se articula el género con la salud masculina, establecen que el autocuidado, la valoración del cuerpo en el sentido de la salud es algo casi inexistente en la socialización de los hombres, al contrario, el cuidarse o cuidar a otros aparece como un rol netamente femenino. (De Keijzer, 2003).

2. RELACIONES INTERPERSONALES

Analizar la masculinidad hegemónica desde las relaciones interpersonales de los varones jóvenes, se torna relevante utilizar el enfoque del planteamiento de Michael Kaufman (1989), acerca de la tríada de la violencia masculina, esquema analítico que cruza o transversaliza toda experiencia humana, respecto de las relaciones sociales que los varones jóvenes mantienen consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres. De esta manera, los análisis de este apartado se darán desde la perspectiva de género, para internarnos aún más en el proceso de construcción de masculinidades que experimentan los varones jóvenes de Nueva La Legua.

En este sentido, los jóvenes se encuentran en permanente estado de presión social, de parte de la familia y el grupo de semejantes, quienes en ocasiones han puesto en juicio cualquier identidad diferente al modelo de masculinidad tradicional. Los jóvenes a lo largo de su desarrollo deben demostrar a la sociedad que son hombres, por lo que requieren de un esfuerzo mayor para no salir de este molde de masculinidad, deben dar pruebas concretas de su hombría, a través de códigos de conductas, valores, creencias, deseos y también prohibiciones –como la imposibilidad de demostrar las emociones y sentimientos- aspectos que marcarán diferencias con la noción de feminidad, y su identidad heterosexual no sea objeto de cuestionamientos con quienes comparten experiencias de barrio y vida comunitaria.

La masculinidad sería una conducta que se construye y se ejerce bajo distintos grados de presión social y no como algo intrínseco al cuerpo masculino. Ser hombre, supone el problema de estar a la altura de un modelo extremadamente exigente, porque fracasar en este intento, supone el ostracismo dentro de la estructura patriarcal. Es por ello que los hombres, tanto o más que las mujeres, están obligados siempre a representar el papel de hombre y a ser juzgados por ello, teniendo serias dificultades para vivir una identidad alternativa. (Martín, 2007, p.94-95).

Por otra parte, Salazar y Pinto (2002): se refieren a la hegemonía masculina, como que:

No existe ninguna masculinidad realmente hegemónica (...) lo que se presenta ante ellos, es, más bien, un abigarrado bagaje de modelos diferentes, entrecruzados y casi todos descartables. (...) no existe, ninguna crisis catastrófica de la masculinidad, sino

desafíos múltiples –la mayoría nuevos- para la construcción de nuevas masculinidades. (p. 99).

De acuerdo al planteamiento de los autores, precisamente la actual generación de jóvenes presenta múltiples identidades las que también están ligadas a nuevas masculinidades, las cuales se encuentran en constante construcción. En el proceso de esta investigación se evidenció la mezcla de estilos y formas de ser de los varones jóvenes, que han interiorizado en distintos grados los mandatos de la masculinidad, y reúnen actitudes y comportamientos que se debaten entre los modelos de masculinidad tradicional y lo alternativo, existiendo al mismo tiempo una búsqueda de identificación. Para lo cual toman desde los modelos televisivos hasta las expresiones de la subcultura que se teje en los barrios populares, como: el grafitis, el hip hop, la danza, la música latinoamericana, entre otras expresiones que manifiestan denuncias al sistema político y Estatal, y en la urgente necesidad de sentirse escuchados van anunciando nuevos saberes que comparten a la comunidad y a la sociedad.

2.1 Relación consigo mismo - Percepción de Autoimagen

En cuanto a la percepción que tienen los jóvenes de sí mismos o los aspectos personales que lo identifican, se evidenció a través de las opiniones que aunque no se encuentran habituados a referirse de sí mismos y en sus formas de ser, de igual manera lograron comunicar cuales eran sus atributos, fortalezas y debilidades. En este ejercicio de auto percepción se observó falta de apropiación de algunos aspectos personales que podrían identificar al joven en las distintas dimensiones, como: hijo, hermano, padre, amigo, pareja, joven o como integrante de una organización social. Y por otro lado, dan cuenta que la relación que tienen consigo mismo algunos jóvenes es poco amigable, es decir, se identifican desde la personalidad y el carácter como rencorosos, mal genio y amargados. Mientras que otros potencian sus atributos con opiniones que se aproximaron a consideraciones como: ser tranquilos, humildes, tímidos, amables, simpáticos, sociables, leales, buen amigo y preocupados de su imagen.

“yo me identifico como un varón adulto joven, ya no podría decir joven, ehh, soy bastante tranquilo, (silencio), soy flemático, no me gustan las peleas, no me gustan los ataos, soy como bien comprometido con las cosas que hago, de repente veo en el otro,

que lo que me conviene a mí, (...) soy paciente, perseverante”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

“Amargado, pesado y fome... si... no, por ejemplo no sé, en ese sentido hasta rencoroso quizás, llego a ser malo con la gente que le hace algo a los de mi círculo, soy pesadísimo”. (Jorge, grupo Raipillán).

Otro ámbito relacionado con los aspectos personales de los jóvenes, fue conocer “en qué se preocupan de su imagen”. En este sentido, los jóvenes manifiestan gran interés en su imagen y la mayoría de ellos se preocupa e invierte tiempo y dinero en su aspecto físico, como: el pelo, la ropa, el jockey, el bigote, los aros, los tatuajes, lo cual revela la importancia que le atribuyen a la imagen personal, no sólo como carta de presentación frente a las y los otros o al grupo de semejantes, sino que simboliza una determinada identidad, la que se transmite a través de un estilo personal, que habla de sí mismos donde mezclan la experiencia cultural del barrio. Por esto que, la identidad proyectada a través de la imagen les permite sentirse aceptados y validados por los otros, sobre todo en el espacio de la calle lugar de socialización social y cultural. Como señalan algunos jóvenes:

“No sé, a ver: cortarme el pelo, creo que ahí me preocupo siempre, o no en andar chascón, ahí siempre estoy preocupado, cuando tengo el pelo corto, no sé, usar un gorro, o cuando me crezca, no sé, arreglarme el pelo”. (Andrés, militante JJCC).

“Ah de mi imagen, de todo, la ropa, el bigote, el pelo, los aros, los tatuajes, que todo se vea bien”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

Los jóvenes en general están siendo constantemente influenciados por el mercado imperante que apoyado por los medios de comunicación transmiten a los jóvenes modelos juveniles a seguir. Sin embargo, los jóvenes entrevistados conviven en su barrio con otras expresiones de ser hombre joven, sobre todo en el ámbito de la participación comunitaria estos van moldeando sus propios modelos de juventud, acercándose más al tipo de una masculinidad alternativa ejerciendo roles basados en el compañerismo versus la competencia, solidaridad versus el individualismo y el respeto como se ha citado en este capítulo versus el rechazo a las diferencias por sobre todo sexuales.

2.2 Relación con las Mujeres

Desde el enfoque de la triada de Kaufman respecto de la relación que tienen los hombres con las mujeres, la mayoría de los jóvenes entrevistados declara mantener relaciones denominadas positivas hacia ellas, y establecer estas relaciones se ha debido a los atributos personales con los que cuentan, como: el ser amistosos, caballeros, conversadores y atentos. Respecto de la imagen que ellos tienen de las mujeres opinan que las ven como compañeras y en algunas ocasiones un par, lo cual les ha permitido establecer relaciones basadas en la confianza. Según señalan los jóvenes entrevistados:

“Soy tan tranquilo que a veces pienso que soy fome, sé relacionarme con ellas, no soy un tipo divertido pero soy caballeroso, puedo ser atento siempre, y si quieren conversar, yo no soy muy bueno para conversar, (...) me gusta bailar, soy muy bueno para bailar”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

“Yo creo que cuando te dicen así como “mujer” yo las veo así como compañeras, como un par, pero el tema de mi hermana yo la protejo mucho, porque es mi hermana”. (Andrés, militante JJCC).

En este sentido, es posible vislumbrar cambios de relación entre las y los jóvenes, dado que la actual generación apunta a relaciones más equitativas hacia las mujeres, no así igualitarias ya que esta requiere de transformaciones sociales mayores, que tienen relación con cambios fundamentales desde las políticas públicas, en torno a una mayor y mejor distribución de derechos, con mayor distribución del poder y mejores oportunidades.

Si bien es cierto, se han generado importantes avances legales e institucionales, por ejemplo, en materia de violencia de género. Estos cambios en los significados y prácticas de género han sido importantes, mas las inequidades de género persisten a todo nivel, familiar e institucional y la mayor parte de género en el país se han ocupado de las mujeres, por lo que carecemos de un cuerpo de políticas que podamos llamar de género/masculinidades. De manera de vincular a los hombres en las políticas públicas relativas al género, en temas como: vida doméstica, paternidad, violencia, salud, y homofobia. (Aguayo y Sadler, 2011, p.107).

Los jóvenes entrevistados descartan las relaciones autoritarias que van en desmedro de la autonomía y las libertades personales tanto de ellos mismos como de las jóvenes. Consideran que lograr mantener buenas relaciones con sus amigas y compañeras de la organización social en la que participan, les permite generar relaciones de confianzas mutuas y por tanto mantener buenas amistades.

2.2.1 La seducción amorosa

En torno a la relación de los jóvenes con las mujeres, se encuentra la seducción amorosa, principalmente con el objetivo de conocer cómo los jóvenes concebían este concepto y de qué manera lo utilizaban para iniciar sus relaciones de pareja. Las opiniones de los jóvenes manifestaron que no utilizaban ninguna forma de subordinación para seducir u obtener la atención de una joven. Sino que más bien desde sus experiencias el proceso amoroso comienza desde la amistad, que luego se puede concretar en una relación. Los jóvenes en este aspecto ponen en práctica sus habilidades sociales y atributos para seducir a una joven, mencionan que por sobre todo se hacen valer por lo que son, por sus vivencias y experiencias, consideran que no es necesario un lugar físico determinado para llevar a cabo una cita, mas bien es la propia cotidianidad, los lugares que comparten en el barrio y en comunidad.

Estos jóvenes en la búsqueda por mantener buenas relaciones y de concretar algo más que la amistad con ellas, han dado cierta continuidad del rol de masculinidad tradicional, llevando a la práctica la noción de protectores, señalando que “ellas” necesitarían cariño y sentirse seguras. Lo que da cuenta de una continuidad del ejercicio de la masculinidad hegemónica que se mezcla de algunos atisbos de cambios, como el de permitir dar espacio a sus parejas. Según señalan algunos entrevistados:

“Soy el doble de preocupado, por que la mujer necesita eso po’, necesitan que le hagan cariño, se sienten seguras. No atrapo a las mujeres, onda mantengo mi espacio y doy espacio a mi pareja”. (Héctor, grupo Raipillán).

“hablo caleta, es que en realidad generalmente no trato de conquistar a nadie, solo soy yo no más, soy súper preocupado siempre estoy tratando de complacer.”(Carlos, Club Deportivo Atlanta).

“A ver Dios nunca me dio el don de la palabra, pero soy muy bailarín, de hecho todas las parejas que he tenido, las he cautivado bailando, obviamente también hablo pero el baile fue como la magia, no soy muy engrupidor, es que para ser casanova tienes que tener el don de la palabra, tiene que ser un poco mentiroso o para inventar cosas, y yo no soy... no puedo estar inventando cosas, me cuesta”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

En este sentido, los jóvenes muestran capacidad de dar espacio a sus parejas, no se observa en estos relatos discursos basados en el concepto de “conquista”, aquella entendida como el lugar de la posesión o dominación de una otra mujer.

Es pertinente señalar que en la pregunta original de la entrevista se utilizó el concepto “conquista” para precisamente conocer los discursos que pudieran mantener los jóvenes sobre ésta. Sin embargo, las opiniones arrojaron nociones u opiniones completamente contrarias al concepto como tal, más bien se expresaron sentimientos y aspiraciones que buscan la comprensión en la pareja y la oportunidad de conocerse para compartir una relación basada en el respeto mutuo. A nivel del lenguaje los jóvenes utilizan el concepto de “conquista” para referirse al proceso de enamorar y seducir, pero en ningún sentido para establecer relaciones de poder o dominación sobre ellas.

2.3 Relación con otros hombres

Desde el enfoque de la triada de Kaufman respecto de la relación que tienen los hombres jóvenes con otros hombres, es importante señalar primero que: la mayoría de los entrevistados dice no haber realizado ningún “rito de iniciación” en el contexto de la etapa escolar y tampoco en el espacio de la calle, con sus grupos de semejantes o en las organizaciones sociales en las que participan actualmente. De modo que manifiestan no haber vivenciado ninguna forma de imposición para demostrar su identidad masculina. Segundo, sienten que el rol que deben cumplir hacia sus amigos, debe estar fundado en el respeto, la solidaridad, la

preocupación por lo que le sucede al otro y no sólo reunirse para carretear⁵, sino que apoyarse también en los momentos difíciles. La mayoría de los jóvenes señalan que han establecido relaciones de amistad con jóvenes heterosexuales, pero pocos de ellos han logrado tener amistad con jóvenes homosexuales, quienes lo afirman manifiestan no tener prejuicios frente a las diferencias sexuales y caracterizan a estos jóvenes con atributos positivos como: buenos amigos, sociables y muy leales.

Los procesos de afectividad que los jóvenes aprenden se dan en la primera infancia y desde la familia, pero estos se desarrollan y toman otros colores cuando las vivencias con sus grupos de semejantes, tanto en la calle, como en la organización de la que son parte, son relevantes para la propia historia que cada uno escribe. El compartir historias de carencias materiales o afectivas, de sacrificio y resiliencia, e ir construyendo juntos lo comunitario, son valores que los hombres jóvenes van desplegando en su cotidianidad. El enfrentar de manera diferente los conflictos entre los amigos y en el grupo es parte de ese aprendizaje. A ello, se agrega las nuevas prácticas de demostración afectiva, que van a cuestionar los estilos de las generaciones anteriores, ya que ahora se permiten gestos y expresiones que antes eran rechazados y que hoy podrían ser mirados o considerados en el límite de la homosexualidad.

“No sé onda, es que igual hay momentos pa’ todo, pero igual mostrarle a los amigos que los quieres, no solamente decir ya juntémonos vamos a tomarnos algo, o sea igual ser un poco más preocupado y decir gueon cómo estay? Y cosas así”. (Héctor, grupo Raipillán).

“En realidad, como te digo soy muy sociable entonces tengo una diversidad de amigos. (...) muchos participan también de la Jota conmigo y otros amigos que tengo son amigos que hice en el Liceo. También tengo, uno de los buenos amigos que he tenido era homosexual éramos muy amigos”. (Andrés, militante JJCC).

“Aconsejarlos, apoyarlos, brindarles apoyo cuando se pueda, emocional cuando el amigo requiera la compañía”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

⁵ Carretear; término utilizado por los y las jóvenes para referirse a las fiestas realizadas entre sus pares y grupos de semejantes.

En estas opiniones se visualiza la capacidad de los jóvenes de expresar sentimientos y emociones referida a sus relaciones con los amigos o sus pares, como también la diversidad de amistades que estos jóvenes logran establecer, lo cual responde a la apertura de otras formas de diálogo entre ellos, de respeto y valoración de sus formas de ser y sentir, lo cual viene a cuestionar el rígido modelo de la hegemonía masculina, donde una de sus características es la no expresión de sentimientos sobre todo en la relación hacia otros hombres.

3. PATERNIDADES

Este último tema de análisis del capítulo tres, tiene como objetivo conocer la opinión y la percepción de los jóvenes, frente a conceptos, como: la paternidad, crianza, experiencias de cuidado de hermanos (as) pequeños, postnatal y paternidades alternativas.

3.1 Paternidades

En cuanto a las paternidades entendidas como expresiones de responsabilidad y de afectividad hacia hijos e hijas, éstas se encontrarían en dos tipos, denominadas como: paternidades tradicionales y paternidades alternativas, la primera entendida como aquella figura de padre medio ausente, que siente el deber de responder económicamente por la manutención de sus hijos, pero no comparte las labores de crianza con su pareja, sino que delega a la madre funciones como: la higiene personal, la educación, la responsabilidad escolar, la salud y el cuidado general de las y los hijos.

Mientras que las paternidades alternativas, se presentan como aquellas paternidades contrarias a la tradicional, donde se comparte entre la pareja la responsabilidad de la crianza, con la participación activa del padre en las distintas tareas y desafíos que conlleva compartir la vida familiar. Por esto que: “la paternidad alternativa elabora el vínculo con los hijos más desde la comunicación y la amistad que desde la relación de distancia y la autoridad”. (Rojas, 2008 en Figueroa y Franzoni, 2011, p.72).

En cuanto a las concepciones que manejan los jóvenes respecto al tema de análisis, no se observan posturas contrarias a lo anteriormente expuesto, señalan conocer y entender el

concepto de crianza, como el hacerse cargo de los hijos en todos los ámbitos de su desarrollo. De todos los entrevistados sólo uno de ellos tiene hijos y ejerció su rol paternal en plenitud mientras vivía con su pareja, una vez separado no es del todo completa, o sea no se duerme en la misma casa, y cada uno mantiene otra relación amorosa, lo cual no ha sido motivo para no ejercer el rol de padre, si bien continúan las visitas y el aporte económico, y de entregar el cuidado y la atención hacia los hijos, ya no es directamente como lo fue en la experiencia de vivir juntos.

Otros dos jóvenes que aún no viven la experiencia de ser padres biológicos, sin embargo, han ejercido este rol con los hijos de sus parejas, apoyando en casi todas las tareas de crianza, como también en la esfera de la afectividad.

De acuerdo a lo que señala un joven entrevistado:

“En mi caso personal mi pareja tiene una bebé, que yo no soy el papá, pero yo soy a full con ella, ella estudia en la Universidad a si que, o sea, si por ejemplo ha tocado varias veces que ella tiene que dar una prueba y no tiene con quien dejar a la niña vamos los tres y no sé, yo la llevo al parque mientras ella da la prueba y después la vamos a buscar. (Jorge, grupo Raipillán).

Los jóvenes entrevistados que no tienen hijos, la mayoría señala estar de acuerdo con equiparar las tareas de crianza en la pareja, dicen haber vivido la experiencia de cuidar a sus hermanos(as) pequeños(as) y que esta experiencia les ha ayudado a madurar otro aspecto de su personalidad, a ser más responsables y por otro lado pretenden que su actitud colaboradora el resto la replique, pero estas expresiones de paternalidad dan paso a abrir la emocionalidad en los jóvenes y permitirles la generación de vínculos afectivos con otros.

“Si compartir el tiempo de cuidado, obvio, es lo ideal, para una guagua, para un niño es lo ideal compartir con los dos al mismo tiempo, supongamos yo soy así po’ a mí me gusta estar con mi sobrinos y todo, yo los mudo y todo y encuentro que es mejor que todos sean así po’”. (Héctor, grupo Raipillán).

En general los entrevistados, coinciden en que las tareas de crianza deben ser de responsabilidad de la pareja, un apoyo mutuo ya que entienden que la tarea de criar es ardua y compleja, por lo que la pareja debe equilibrar en ambos esta responsabilidad.

En cuanto a la idea de compartir el postnatal con sus parejas, en el caso hipotético de que ambos obtuvieran licencia médica los primeros tres meses de vida de sus hijos(as), señalan que sería positivo que esto sucediera, -en el entendido que esta iniciativa estuviera apoyada por la política pública-, ya que de esta manera los hombres tendrían la oportunidad de compartir con su pareja la experiencia de los primeros meses de vida del hijo(a), y con el objetivo de generar el apego afectivo entre el padre y el hijo(a), y de esta manera comprometerlos en las tareas que la crianza demanda.

3.2 Libertades v/s Responsabilidad Parental

Los jóvenes entrevistados observan que existirían diferencias asociadas a las libertades que experimentan los hombres versus las libertades femeninas, en cuanto a la compleja situación del embarazo adolescente que viven las parejas jóvenes. Señalan que a la joven se le atribuiría la responsabilidad social y cultural de la maternidad, mientras que los varones jóvenes se liberan de ser reprendidos o enjuiciados tanto desde del ámbito de la familia como del entorno más cercano, tampoco se ven expuestos a abandonar el proceso de la educación formal. Se observa más bien la conducta tradicional de transferir a la mujer los roles asociados al género como la responsabilidad de la reproducción y la posterior responsabilidad de la crianza de los hijos(as).

“Cuando la mujer esta embarazada, sí, porque ahí es como una prisión por decirlo, para ella. Porque, especialmente si es joven y está en el colegio, porque ahí se le viene como todo encima: la mamá, los papás; en cambio al hombre es como lo dejan libre por decirlo, no le hacen casi nada y solo a la mujer es a la que más atacan y el hombre se las lleva, o sea no se lleva casi nada, o sea un reto una vez y ya, listo”.
(Mauricio, grupo Raipillán).

Otro entrevistado opina respecto a otro rasgo diferenciador de las libertades entre hombres y mujeres, como es la sexualidad, señala:

“no sé...del ámbito sexual, si la mujer no se cuida puede quedar embarazada y el hombre prácticamente le da lo mismo”. **(Héctor, grupo Raipillán).**

Ambas opiniones reconocen que socialmente la mujer es mayormente reprendida y la responsabilizan del embarazo, de esta manera las libertades entre hombres y mujeres se

observan muy claramente en el ámbito sexual y la responsabilidad de la crianza en la eventualidad de producirse el embarazo.

A juicio de la investigadora, la joven además de vivenciar los cambios físicos y psicológicos que acompañan el embarazo, debe enfrentar ser reprendida y prejuiciada por su familia y también por el contexto educacional donde estudia, ya que este espacio formal supone explicaciones a la autoridad, y hacer frente por lo menos implícitamente a toda la comunidad educacional. Y cuando estas jóvenes no cuenten con apoyo de una red familiar, se ven en la necesidad de congelar o abandonar sus estudios secundarios, lo cual irá en desmedro de su desarrollo personal, ya que el rol maternal que ella debe ejercer no correspondería a su proceso de vida.

Respecto de los cambios culturales en este ámbito deben estar acompañados y sustentados por la mejora en las políticas públicas, como se señala:

Las políticas de equidad de género deben continuar preocupándose de las desventajas relacionadas con el género que las mujeres deben enfrentar, y deben involucrar a los hombres en el proceso. Hay mucho que hacer en este ámbito. A pesar de los avances en incentivar a los hombres para que usen métodos anticonceptivos masculinos, por ejemplo, las mujeres continúan cargando con la responsabilidad de la planificación familiar a nivel mundial –sobre el 74% del uso de anticonceptivos-. (Barker y Greene, 2011, p.30).

Esta ausencia de equidad relacionado con la responsabilidad que tiene la pareja en la reproducción y posteriormente la crianza, afecta no sólo la relación cotidiana entre hombres y mujeres, sino que la vida que comienzan a forjar las parejas jóvenes, la cual se estructurará desde la construcción de la masculinidad tradicional que conlleva desarrollar en los jóvenes actitudes machistas que finalmente lo privarán de las experiencias propias del rol paternal, y de aportar en las tareas de la crianza y del trabajo doméstico.

Otro de los entrevistados señala respecto a las diferencias de libertades entre las y los jóvenes, relacionados con abusos de tipo sexual hacia las mujeres, y como los jóvenes delegan en sus parejas la responsabilidad del cuidado y responsabilidad de los recién nacidos.

“El hombre se puede curar y nadie se los va a violar”. (...) o sea sí, hay una diferencia, por ejemplo cuando una mujer tiene un hijo y el hijo esta bebe, es imposible para ella salir o cuando esta embarazada, entonces, claro es el periodo en el hombre en donde hay mayor libertad, cuando hay hijos o cuando hay una mamá muy preocupada de sus hijos”. (Lucio, Grupo Tierra Sagrada).

El grado de libertad entre las y los jóvenes es muy marcado, sobre todo cuando se ha construido de manera simbólica el sexo/genero, el cual se fundamenta en las características biológicas diferenciadores de los cuerpos, las que estarán mediadas por la fuerza física y por consiguiente el sometimiento del más débil, sea este hombre o mujer.

3.3 Masculinidad v/s Homosexualidad y derechos paternales

En cuanto a las libertades y las responsabilidades parentales, existe otro escenario susceptible de analizar, entendiendo que las sociedades avanzan y hoy existe mayor aceptación desde los mismos discursos juveniles a la diversidad sexual. Como al mismo tiempo existe un debate político y social respecto a la posibilidad del matrimonio entre parejas del mismo sexo. A lo anterior se agrega el debate sobre la adopción de parte de estas mismas parejas, como parte de los derechos sexuales y reproductivos. En este sentido, se observa rechazo desde la esfera política, potenciado por la iglesia católica en generar leyes que permitan estos derechos en la población gay. De esta manera se impone la heterosexualidad y la heteronormatividad como base de toda sociedad y como única forma de hacer familia.

En este escenario las opiniones de los jóvenes entrevistados presentan posiciones dicotómicas. Por una parte, señalan no tener ningún prejuicio frente a las relaciones de pareja entre personas del mismo sexo, apelan al derecho de todo ser humano a amarse y sellar ese compromiso con el matrimonio, se definen como no discriminadores y aceptan la condición sexual de las demás personas. Por otra parte, rechazan la posibilidad de adopción de parte de las parejas gay, tanto de homosexuales como lesbianas. Expresan opiniones de tipo moralista con cierta homofobia, donde apoyan sus fundamentos en los roles tradicionales del género y en las creencias religiosas.

El siguiente entrevistado hace referencia a la aceptación de la diferencia sexual, refiriéndose primero a las relaciones entre parejas de lesbianas y luego a las de homosexuales:

“Si he visto, pero yo no las discrimino, esta bien! Y es lo mismo que los gay, a todos nos pasan cosas diferentes”. (Héctor, grupo Raipillán).

“Yo creo que si, como que ya permitieron ya que convivieran y toda la cuestión, entonces cuál es la diferencia entre convivir y que estén casados, no cambia. Que se casen por la iglesia, ahí es más complicado porque tiene que ver con los valores que dicen...” (Jorge, grupo Raipillán)

A pesar de la supuesta aceptación frente al matrimonio entre las parejas de homosexuales o lesbianas, existe igualmente posiciones heteronormativas en los jóvenes que denotan que esta aceptación estaría condicionada. Como señala el entrevistado, que mientras los jóvenes homosexuales no se involucren con él, no existiría mayor problema.

“Yo soy bastante tolerante, mientras no se metan en mi espacio, no me gusta andar discriminando ni haciendo prejuicios, pero hasta que nivel acepto, mi religión no lo permite por que es contra natura”. (Danilo, Club Deportivo Atlanta).

Al mismo joven se le pregunta acerca del matrimonio entre homosexuales y/o lesbianas, dice; “no aceptarlo”, y respecto al tema de la adopción, señala:

“menos que adopten hijos y el fundamento es religioso, porque el matrimonio fue hecho para el hombre y para la mujer”.

En este sentido, el entrevistado se encuentra en una posición de masculinidad hegemónica, heteronormativa y patriarcal, reforzado por la creencia religiosa como también desde la formación recibida en el ámbito de la familia, la escuela y la sociedad que finalmente potencian constantemente estas ideas y nociones respecto a los roles y estereotipos de género.

Por otra parte, a pesar de “aceptar” la condición homosexual, la mayoría de los entrevistados se opone a la posibilidad de una ley que permita la adopción de niños y niñas de parte de estas parejas. Consideran que la crianza es un tema relevante, y que de esta manera la pareja homosexual transmitiría un “modelo de padre y madre ambiguo”, lo que conllevaría a la confusión de las y los niños en torno a definir su identidad sexual.

“ no sé, lo he pensado, pero igual es como raro porque ver a dos hombres y decirle mamá a uno y papá al otro, o tío a uno, ahí no sé cómo sería pa’ un niño pero igual debe ser raro la crianza, no creo que sea óptimo”. (Héctor, grupo Raipillán).

“Ahí depende mucho porque...por ejemplo una mujer, o dos mujeres en el caso de las lesbianas, encuentro que pueden cuidar muy bien a un hijo porque ahí está el cariño de dos madres y normalmente el que suele cuidar a un niño es la madre y en el caso de los hombres ahí tengo dudas en qué pasaría, porque normalmente como siempre la mujer es la que más cuida, ahí tengo mis dudas de qué pasaría realmente si cuidaran dos hombres de un niño. (Mauricio, grupo Raipillán).

Al referirnos a la posibilidad de adopción para el caso de parejas lesbianas, se observa en las opiniones mayor aprobación de parte de los jóvenes, quienes fundamentan a partir de sus propias experiencias de la infancia, señalando que la mayor parte del tiempo fueron criados por mujeres, lo cual según indican no afectó su desarrollo psicológico y tampoco la construcción de su identidad masculina y heterosexual.

En conclusión estas opiniones señalan la posición tradicionalista del género, la noción de la heteronormatividad instalada socialmente, donde nuevamente se naturaliza la función del rol asociado a lo biológico del cuerpo femenino, la crianza como deber natural. Por esto, que los jóvenes no atribuirían prejuicios a las parejas lesbianas en el tema de la adopción, a diferencia de la carga moral que le asignan a las parejas homosexuales con respecto a este mismo tema.

CAPITULO IV: CONCLUSIONES

Los movimientos feministas y académicas científicas sociales han producido interesantes reflexiones y conocimientos respecto a explicar y comprender la condición de subordinación de las mujeres. (De Barbieri, 1992). Fruto de estas reflexiones es que hoy es posible analizar las relaciones y dinámicas sociales desde la construcción cultural del género. Entendiendo que todas las prácticas sociales son cambiantes, sobre todo en el contexto actual, donde los avances económicos y tecnológicos junto al rápido intercambio de saberes debieran permitir avances en materia de derechos e igualdad social de hombres y mujeres. Sin embargo, a pesar de estos avances se observa que desde las estructuras socio-económicas y políticas se continúan perpetuando las diferencias de orden sexual, reproductivo y productivo, creando estereotipos y naturalizando los cuerpos tanto de hombres como de mujeres, limitando el quehacer femenino sólo al ámbito doméstico y estableciendo un sistema de sexo-género basado en la división del trabajo, que evidencia el posicionamiento de lo masculino como poder hegemónico y de dominación.

Las luchas sociales de los grupos feministas por décadas han puesto de manifiesto estas problemáticas, demandando cambios a nivel político y gubernamental que se sustenten a través de la generación de políticas públicas, con el propósito de acabar con estas imposiciones jerárquicas y con las desigualdades de género. Se ha constatado a través de diversos estudios e investigaciones que tanto la masculinidad como la feminidad son categorías construidas social y culturalmente, y que van siendo perpetuadas por los sistemas y estructuras socio-políticas y económicos globales imperantes, que sostienen una cultura basada en la división de roles de género creando con esto desigualdades a todo nivel que afectan la calidad de vida de hombres y de mujeres.

En cuanto a las conclusiones de este estudio, tiene como eje analizar las Continuidades o Rupturas de género, ligado a los discursos de los varones jóvenes que accedieron a participar en esta investigación, quienes han crecido y se han desarrollado en medio de profundas transformaciones sociales y políticas. De esta manera constatar si estos jóvenes han desarrollado identidades masculinas con nociones más igualitarias o han replicado identidades de género tradicionales, como también en la eventualidad de evidenciar una mezcla de ambas posturas.

El concepto Continuidades dice relación con la idea de perpetuar el sistema socio cultural que establece el patriarcado y de masculinidad hegemónica. En cuanto a las Rupturas de género se entiende como aquellos comportamientos, actitudes y acciones que generarían puntos de inflexión en las prácticas sociales de los jóvenes, como también en la estructura social y cultural que sostienen esta ideas basadas en los roles y diferencias de género. Los cambios en las prácticas lograrían cuestionar las añejas formas de relación social y al mismo tiempo construir nuevas maneras de convivencia entre hombres y mujeres e intergéneros.

CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LAS ORGANIZACIONES COMUNITARIAS

Desde la perspectiva de género a la organización socio-cultural, a la comunidad y al barrio, como herederas de la cultura androcéntrica y patriarcal, no les es posible estar fuera a esta influencia siendo permeadas por estructuras mayores como: el Estado, las instituciones, la economía, lo político y la sociedad en su conjunto, que fortalecen y perpetúan las nociones de género a través de la división del trabajo, la desigualdad social, laboral, económica y política. Esto ha significado la instalación de una cultura de carácter diferenciadora y discriminatoria entre hombres y mujeres. Por esto que las organizaciones han sido parte de la influencia en el proceso de construcción de masculinidades de los jóvenes de este sector en particular.

En este sentido la organización como heredera de esta estructura mayor a través de sus dinámicas internas y externas, lleva a cabo nociones y roles de género que se despliegan en la cotidianeidad de las relaciones sociales de los jóvenes que participan en ella. A su vez las organizaciones forman parte de la comunidad inserta en el barrio, por lo que también lleva asociada la carga simbólica de los propios códigos de la población.

En cuanto a las organizaciones comunitarias donde participan los varones jóvenes que fueron parte de este estudio, se logra establecer que en menor o mayor grado estas organizaciones han influido y aportado en el desarrollo de la masculinidad de los jóvenes que allí participan. Dentro de estos espacios de socialización se llevan a cabo roles y normas internas ligadas al género y a la división del trabajo según sexo/género, como por ejemplo: el ejercicio de cargos ocupados en su mayoría por varones, da cuenta de la continuidad de una estructura fundada en el patriarcado.

De acuerdo a lo anterior igualmente existen excepciones, en el caso del Grupo de danza Raipillán muestra algunos cambios significativos en materia de las concepciones de género, a pesar que algunos de los bailes son representados solo por mujeres y otros solo por hombres. Sin embargo, esta organización ha mostrado mayor aceptación de las diferencias sexuales integrando a jóvenes homosexuales a su grupo, con lo cual establece en la dinámica grupal y organizativa la igualdad de condiciones y de oportunidades sin discriminación alguna. Esta mirada inclusiva no es solo respecto a las diferencias sexuales, se presenta también en los aspectos físicos y de género de sus integrantes, a pesar de ser una agrupación de danza no es requisito alguno la condición del peso, estatura y sexo para ser parte de esta organización. En este sentido, la agrupación a través de estas prácticas inclusivas e igualitarias logra poner en cuestionamiento las estructuras que sustentan las nociones de género, aquellas que no permiten que los hombres logren realizarse en ámbitos ocupados por mujeres, es más los estructura en moldes determinados que no permiten el cambio cultural que se requiere para avanzar como sociedad. La danza es una disciplina que permite el desarrollo de expresión de emociones desde lo corporal y lo afectivo, y los varones jóvenes han logrado conectarse con sus propias emociones y capacidades de expresión, que han llevado a la práctica en cada muestra de baile en eventos masivos realizados en el barrio como: pasacalles y carnavales. En este sentido, es preciso señalar que la participación de los jóvenes en esta agrupación les ha llevado a enfrentar opiniones cargadas de prejuicios de parte de familiares y amigos, que han puesto en duda su identidad masculina por ser parte de esta organización. Por cierto que estos prejuicios llevan consigo la carga simbólica de la construcción de género, que no permite que los varones realicen actividades desarrolladas mayormente por mujeres y viceversa, y quienes logran pasar este horizonte simbólico que determina las identidades de cada uno, son objetos de juicios y burlas por el resto.

Por otra parte, de acuerdo a las opiniones de los varones jóvenes entrevistados, la organización que mayormente marcaría, construiría y fomentaría la masculinidad patriarcal son los clubes deportivos de fútbol. En su mayoría los entrevistados concuerdan con que el jugador de fútbol de barrio debe cumplir con cierto perfil, que le permita desenvolverse en ese contexto específico, debe ser rudo, fuerte, valiente, que defienda la pelota y la camiseta del club, características que están estrechamente asociadas a un tipo de masculinidad tradicional. En el contexto de la cancha se configuran y se validan las experiencias, se transmiten los

aprendizajes de generaciones anteriores, se demuestran las destrezas físicas y se refuerzan las alianzas masculinas.

En la práctica y dinámica de estos clubes el trabajo se focaliza específicamente sobre el cuerpo de los jóvenes, de manera de moldearlos para la competencia contra otros varones, utilizando estrategias y puestos específicos dentro de la cancha para ir tras el éxito del juego. El desarrollo de estas aptitudes se traslada también a la esfera de la casa, la calle y la comunidad donde estos jóvenes socializan, y sus cuerpos representan un modelo de hombre joven a imitar situándolo en la figura de la masculinidad heterosexual y tradicional. Por otra parte, la experiencia que les entrega la cancha les permite desarrollar atributos personales, a nivel de la personalidad el carácter y a nivel físico modelar el cuerpo, lo cual potencia el acercamiento y la seducción con las jóvenes y la seguridad en sí mismos en cuanto a la relación que establecen con otros hombres.

CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LA CRIANZA

Las vivencias de los primeros años de los varones jóvenes entrevistados, fueron fundamentales para la instalación de una masculinidad tradicional y de los roles de género. En este sentido, las primeras experiencias socializadoras al interior de la familia marcan fuertemente éstas nociones en el desarrollo de niñas y niños, las que van siendo reforzadas por la institución escolar y por otras instituciones sociales y políticas.

Sin embargo, a pesar de estas influencias los varones jóvenes entrevistados vivenciaron algunas experiencias de cambios en los roles de género, a nivel familiar principalmente debido a las adversas condiciones económicas, estas familias se vieron en la necesidad de generar cambios en los roles tradicionales del género.

La mayoría de las madres de estos jóvenes debió participar activamente en el ámbito laboral y generar el aporte económico para sustentar a la familia. En ese sentido, la figura del padre hasta ese momento asociada al machismo y como único proveedor decayó, debiendo aceptar que por sí solo no lograba mantener económicamente a su familia, y que necesitaba el apoyo de su pareja. En razón a este cambio en donde la madre se traslada desde el espacio doméstico al público, permitió que los jóvenes se ubicaran en posiciones más desde la equidad frente a

distintos temas sobre los roles de género, los cuales han puesto en práctica en sus propios hogares y en las relaciones con sus semejantes.

La participación de la madre en el ámbito laboral significó para los jóvenes hacerse cargo de las tareas domésticas y aprender a desenvolverse por sí solos. La mayoría de ellos reconoce que en esta etapa aprendieron a cocinar, lavar, planchar, hacer el aseo, entre otras cosas. Por tanto estas vivencias han puesto a los jóvenes en otros discursos, más cercanos a la equidad de género y un poco más alejados de los mandatos culturales del patriarcado. Debido que según la época la masculinidad es distinta y si ésta es aprendida y construida también puede cambiar (Badinter, 1993), lo que indica que no es posible mantener históricamente un solo tipo de masculinidad.

El hombre proveedor

La figura de hombre proveedor ha sido una idea instalada social y culturalmente como parte del mandato patriarcal, con el propósito de posicionar a los hombres en el ámbito público y de esta manera establecer relaciones dicotómicas de género. Los jóvenes señalan no estar de acuerdo con la exigencia socio-cultural que impone a los hombres la condición de proveedores. Aludiendo a que esta concepción obedece en como se ha ido escribiendo la historia, la cual ha dado un mayor valor económico y simbólico a las fuerzas productivas del hombre, versus la menor capacidad física de la mujer asociada a la naturalización biológica de su anatomía, por ende el valor económico asignado a su trabajo se ha estandarizado por debajo de la del hombre.

Las políticas económicas han establecido brechas de salarios entre hombres y mujeres, basados en los aspectos biológicos de estos, sostenidos por economías neoliberales donde las diferencias de género se profundizan y se generan competencias desiguales a nivel de oportunidades laborales y educacionales.

En este sentido, los jóvenes entrevistados señalan no estar de acuerdo con estas desigualdades en el acceso laboral y económico de la que ha sido objeto la mujer, argumentando que tanto hombres como mujeres, debieran contar con las mismas oportunidades laborales y de salario para un mejor acceso a bienes y servicios, y de este modo, las responsabilidades de mantención y crianza fuesen más equitativas en la relación de pareja. La experiencia familiar

de los jóvenes fundamenta estas opiniones, en la mayoría de los casos la madre debió salir a trabajar para contribuir con los gastos de la casa, debido que el aporte del padre no alcanzaba para mantener a toda la familia.

En otros tres casos la madre fue la única sostenedora económica de la familia, por lo que estos jóvenes crecieron bajo la figura de la madre jefa de hogar y por ende único soporte económico. Y que desde la perspectiva del género se transformaron en mujeres abnegadas y dedicadas a la labor familiar, a pesar de ser sostenedora económica se olvidaron de sí mismas y no volvieron a contraer relaciones afectivas de pareja.

En este sentido, ésta experiencia podría tender a que los jóvenes esperen en sus actuales o futuras parejas que éstas cumplan o alcancen el modelo que tienen de la madre como mujer trabajadora y abnegada.

Por otra parte, la experiencia de los entrevistados da cuenta que sus parejas son mujeres jóvenes que tienen incorporado el sentido de la realización personal, tanto laboral como profesional y por esta razón algunas de ellas han ido postergando la maternidad. Y en otro caso donde la mujer inicio una nueva relación de pareja, esto no significó afectar la relación de padre que el joven mantiene con sus hijos.

Los jóvenes señalan estar de acuerdo y aceptan conformes estos cambios y decisiones de sus parejas y ex parejas, con lo cual se logra visualizar nuevas formas de relación social y parental en la actual generación. De alguna manera, estos jóvenes tratan de establecer con sus pares y parejas relaciones más equitativas y al parecer con una menor culpabilidad respecto al rol de proveedor que les exige la cultura del patriarcado. Sobre todo en periodos de cesantía estos jóvenes señalan haber recibido el apoyo económico de su pareja y ex parejas en cuanto a los gastos que conlleva la crianza de los hijos que tienen en común. Lo anterior da cuenta que estos jóvenes a pesar de la presión social de ejercer una masculinidad hegemónica, logran llegar a acuerdos, solidarizan en los momentos de cesantía, de esta manera mejoran la dinámica de sus relaciones y con ello promueven en su entorno nuevas formas de actitudes frente a los roles de género.

Ocupación de cargos de poder por hombres

En relación a la ocupación de cargos de poder de parte de hombres, las opiniones de los jóvenes dan cuenta de un manifiesto de esperanza en que la sociedad sea capaz de establecer relaciones basadas en la igualdad de género. Relacionado con el acceso a las oportunidades, en donde el valor monetario de la producción no dependa de la división del trabajo y/o de roles asociados al género. Los jóvenes consideran que tanto hombres como mujeres estarían capacitados para obtener importantes cargos laborales y con salarios acordes al ejercicio de la labor o la profesión que ejerzan.

La inserción laboral de la mujer en carreras u oficios considerados masculinos, ha posibilitado cuestionar en alguna medida los roles tradicionales en materia laboral. Los jóvenes consideran positivo que las mujeres logran integrarse a trabajos ocupados mayoritariamente por hombres, principalmente en el campo de la medicina, ingeniería y construcción, entre otras. Consideran que estos pequeños cambios han ayudado a que la sociedad visualice las capacidades en ellas, que en otras décadas no se lograba y eran impensadas de realizar. La sociedad patriarcal ha impuesto relaciones basadas en el poder, dominación y competitividad a nivel de géneros, posiciones jerárquicas que han llevado a establecer diferencias entre las personas, con consecuencias y desmedros en el acceso a las oportunidades económicas, sociales, políticas y culturales.

La discriminación y la exclusión social son también efectos de este orden social mundial, el cual se relaciona más con los rasgos físicos de la raza y la clase que con las propias capacidades humanas e intelectuales de las personas. En este sentido, el género viene a estructurar la práctica social y esta ligado a otras estructuras que interactúan con la nacionalidad y la posición en el orden mundial. (Connell en Valdés y Olavarría, 1997).

Estas prácticas se han transformado en tendencias legitimadas reflejadas en expresiones y conductas en el plano de los discursos y en las relaciones sociales, estableciendo categorías de poder y de dominación de parte de hombres sobre niños, niñas y mujeres, y sobre otros hombres que se encontrarían en posiciones al margen del modelo masculino tradicional y de los mandatos que el sistema patriarcal exige.

En relación a estos planteamientos, se observa que desde la estructura macro socio-cultural existirían intereses políticos y económicos por mantener y perpetuar este sistema de división de género, que se fundamentan en el poder y en los privilegios asociados al patriarcado, donde los grandes poderes fácticos no quieren ver disminuida la posición jerárquica en la que se encuentran. Por esto que el modelo de economía capitalista a través de la división del trabajo por sexo-género, provoca un proceso de acumulación de género y a su vez la construcción social de la masculinidad, fomentando de esta manera que sean mayoritariamente hombres los que controlen las principales corporaciones y las fortunas privadas. (Connell, en Valdés y Olavarría, 1997). De esta manera se va construyendo una determinada cultura social, en la que se replican estos modelos abusivos de poder tanto en el ámbito público como en el privado.

Cuando la mujer tiene mayor acceso económico que su pareja

En una sociedad donde prevalece los roles de género y el sistema patriarcal, el hecho que una mujer tenga mayor acceso económico que su pareja, puede provocar en los hombres algún tipo de frustración o sentirse menoscabados, sobre todo por las exigencias del patriarcado en el rol de proveedor. En este sentido, respecto a este tema las opiniones de los jóvenes estuvieron divididas entre sí, algunas se encuentran cargadas del discurso tradicional, mientras que otras están a medio camino de lo alternativo, lo cual posibilita nuevas relaciones de género.

Las opiniones que se posicionan desde el rol tradicional, señalaron que cuando la mujer tiene mayor salario que su pareja, puede provocar que el hombre se sienta disminuido en su rol de proveedor o menoscabado, porque la mujer aporta mayor dinero a la familia y al hogar, por ende, la figura del hombre se vea en desmedro y en este sentido se manifiesten cambios a nivel familiar en los roles tradicionales del género.

Las posiciones más abiertas señalaron que el hombre que asocia su imagen con el valor simbólico que representa el dinero, le será más difícil aceptar que su pareja tenga mayor acceso económico que él, ya que para este tipo de hombre el poder adquisitivo del dinero potencia su masculinidad, sobre todo en el poder que le asigna su rol de proveedor. Por el contrario, señalan que existe otro tipo de hombre que el poder económico no representa un

valor agregado a su personalidad o construcción de su masculinidad, por tanto, no le afectará que su pareja acceda a un mayor salario y aporte económicamente más que él en el hogar.

LA ESCUELA

En el capítulo referido a la crianza, se señala que la escuela como educación formal es una institución que proviene de una estructura jerárquica mayor, conformada por el Estado, los ministerios, la política, el modelo económico, y otras áreas y ámbitos de la esfera social, que han perpetuado el sistema patriarcal y han permeado a la sociedad en su conjunto en relaciones basadas en diferenciaciones de género, provocando desigualdades e inequidades sociales. Por tanto la escuela tampoco queda fuera de esta influencia en la construcción y transmisión de género, desarrollada a través de la práctica socializadora generada en la comunidad escolar.

En la experiencia educacional formal de los jóvenes entrevistados, se evidencia esta transmisión del género, a través del currículo explícito y el implícito, como señala, Guerrero et al, (2006), el primero está representado en el conocimiento estructurado y organizado, que es intencionado y puede ser leído en los documentos oficiales, mientras que el segundo son los aprendizajes y conocimientos que los y las estudiantes adquieren, que no siempre están explicitados, pero están presentes en los discursos y prácticas de todos aquellos/as actores/as que los rodean y que tienen una fuerza e influencia mayor en los aprendizajes. A través del currículo oculto es donde se transmiten mayoritariamente los roles de género, en el uso del lenguaje cargado de estereotipos y diferenciaciones hacia niños y niñas basadas en las potencialidades biológicas construidas culturalmente.

En este sentido los jóvenes señalan haber vivenciado experiencias relacionadas con la construcción del género, específicamente de masculinidad tradicional a través de las constantes instrucciones recibidas por las y los docentes. Sobre todo porque a través del lenguaje se crea realidades como también formas de relación de género jerarquizada, debido que el lenguaje es en sí mismo una manifestación de valores, prejuicios y pautas culturales. (Morgade, 2001). En la experiencia de los jóvenes los docentes utilizaban un lenguaje severo hacia los varones y les remarcaban constantemente la noción de hombría, como única expresión de masculinidad, bloqueando la expresión de emociones en ellos. Otra práctica

vivenciada por ellos se relaciona con la asignatura de educación física, donde los docentes dividían al curso y los niños eran sometidos a ejercicios de resistencia, mientras que a las niñas les realizaban ejercicios suaves y de expresión corporal.

En cuanto a las relaciones entre los estudiantes éstas se enmarcaban en la demostración de masculinidad, las cuales se manifestaban a nivel de competencias en los juegos de patio y las riñas mayormente utilizadas para la resolución de conflictos entre ellos. Poniendo a prueba el grado de fuerza física y de esta forma demostrar ser merecedor de la categoría o condición de hombre. De acuerdo a la experiencia de los jóvenes entrevistados, la escuela es un lugar donde se posiciona la construcción de género, donde se debe ganar el estatus de masculinidad y donde se disputa para conseguirlo.

CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LAS NOCIONES Y ROLES DE GÉNERO

El sistema del patriarcado encuentra su apoyo en una sociedad donde se ha instalado el modelo económico neoliberal, el cual ha provocado y profundizado la feminización de la pobreza. A la mujer se le ha impuesto ocupar el lugar de lo doméstico, en donde la educación y el desarrollo personal no tienen cabida, sobre todo en aquellas mujeres de escasos recursos, pues la mayor prioridad para ellas ha sido cumplir con el rol de madre. En este sentido, sigue siendo un desafío para las políticas públicas instalar en la cultura el término de los roles asignado a los géneros, integrando a los hombres de manera concreta en la participación parental y en la crianza, como también resguardar la efectividad de la ley sobre este tema, y que no quede sujeta a la voluntad de los privados en el espacio laboral.

Es necesario, crear efectivas oportunidades educativas y de inserción laboral tanto en hombres y mujeres de escasos recursos, para romper con los roles estigmatizadores vinculados al género y de esta manera permitir cambios en sus concepciones, no sólo para la emancipación de la mujer, sino que también traerá asociado beneficios para los hombres. Por lo que transformar las relaciones de género es fundamental para el desarrollo humano, (Sen, 1996).

A pesar que, dentro del sistema patriarcal ellos han tenido mayores privilegios, la carga social como proveedor es alta y han sido objeto de exigencias tanto a nivel personal como social. Cumplir un rol determinado para alcanzar el modelo de masculinidad hegemónica ha

conllevado para ellos no sólo un constante esfuerzo para demostrar que son hombres y no ser discriminados, sino que también les ha llevado sufrimiento.

Las continuidades y rupturas en las nociones y roles de género, también son posibles de visualizar en las relaciones que los jóvenes tienen consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres. Debido a que en la dinámica de las relaciones es donde se ponen en práctica los aprendizajes de género, como a su vez se pueden fortalecer o aprender nuevas formas de relación que no necesariamente responden a los modelos tradicionales.

Reconocerse a sí mismo

La identificación que hacen de sí mismos los varones jóvenes, se podría señalar que no es la más positiva, se observa falta de apropiación de logros personales, en los distintos aspectos donde se desarrollan. A pesar que algunos jóvenes no lo explicitaron abiertamente se observa cierto descontento y frustración en aspectos que no han logrado alcanzar, como: cursar una carrera, o terminar aquella que alguna vez iniciaron, contar con un trabajo estable que le permita proyección económica y desarrollo personal que mejore su situación actual, con lo cual también podrían eventualmente proyectarse en familia. Esta frustración de alguna manera responde a las exigencias de que son objeto los jóvenes, la constante presión social a la que están expuestos desde la mirada de la masculinidad tradicional. En este sentido, se observa una tensión entre a la obligatoriedad del modelo tradicional y las condiciones de vulnerabilidad y exclusión en la que viven los jóvenes. De cierta manera anhelan contar con acceso a nuevas posibilidades y oportunidades, y que no logran alcanzar en la comunidad de la que son parte, ya que la denominada moratoria social de la que disfrutarían los jóvenes de clase media-alta, se encuentra debilitada o definitivamente no está a su alcance. Sin embargo, a pesar de todo lo demás, otros jóvenes logran reconocerse a sí mismos con mayor propiedad, sobre valoran las actividades que realizan y potencian sus atributos en la calidad de hijo, amigo, padre e integrante de una organización social, con lo cual le dan sentido a su vida en el quehacer social y comunitario que la organización realiza, compatibilizando con sus trabajos y actividades personales y familiares.

Relación con mujeres

En su mayoría los jóvenes entrevistados evidencian mantener relaciones positivas hacia las mujeres, logran mantener el sentido de amistad con ellas y en sus experiencias de pareja han logrado tener relaciones duraderas, donde se autodenominan respetuosos.

Por una parte, son capaces de reconocer que la sociedad aún mantiene una visión sobre el cumplimiento de los roles, tanto para hombres como para mujeres, señalan no estar de acuerdo con los mandatos de género que la cultura y sociedad patriarcal plantean como base para las relaciones sociales. Estos jóvenes apelan al derecho de la autonomía y de desarrollo personal de cada individuo, acceden a que sus parejas continúen estudios a pesar de la existencia de hijos, lo cual les permite mantener relaciones equitativas. Se reconocen paternalmente responsables para colaborar y asumir cuidados de crianza cuando la pareja requiera tiempo para sí misma.

Por otra parte, algunos jóvenes una minoría de ellos tiene instalado el rol de reproducción que la sociedad le ha asignado a la mujer. En algún momento estos jóvenes manifestaron estar de acuerdo con la postergación de la maternidad, pero con la idea que las mujeres decidan no tener hijos, las opiniones se volcaron hacia la perspectiva tradicionalista del género. Las opiniones estuvieron cargadas de prejuicios y de nociones biologicistas, otorgando a la condición maternal el carácter de una ley natural, encontrando posiciones radicales en algunos jóvenes, que señalaron: “la mujer esta preparada física y psicológicamente, y a su vez genéticamente programada para procrear, engendrar y ser madre, que la maternidad es innato en ellas y que es parte del ciclo de la vida que todo ser humano se proyecte con hijos”. Estas opiniones dificultan la posibilidad que la mujer rompa con este mandato y decida no ejercer la función de reproducción, como tampoco se reconoce a las mujeres con diferencias sexuales, que portando un cuerpo denominado mujer no se ajusta al molde idealista de los géneros que la sociedad patriarcal y androcéntrica ha construido y naturalizado.

Subordinación femenina

La subordinación de la mujer ha sido una construcción social y cultural del sistema patriarcal, y la condición de proveedor del hombre le ha dado garantías de poder sobre otros, -pareja e

hijos- en el ámbito doméstico, mientras que en lo público el poder lo ejerce sobre otros hombres, desde la violencia y la competencia.

En este sentido, la subordinación y opresión de las mujeres se desarrolla en varias dimensiones que se encuentran entrelazadas como la cultura, la política, lo económico y legal, para lo cual es necesario el empoderamiento económico para romper con la desigualdad de género. (Sen, 1996). Por esto que el ingreso de la mujer al mundo laboral, permitió generar los primeros cambios sociales y culturales, sobre todo en la participación salarial de ella en el hogar, la experiencia de participar en el ámbito público, el inicio de su independencia económica y desarrollo personal, más aún cuando tiene la posibilidad de acceder a la educación profesional que le ha permitido abrirse campo en el terreno del conocimiento ocupado mayoritariamente por la presencia masculina.

Los jóvenes entrevistados en su mayoría no comparten la noción de subordinación a que han sido sometidas las mujeres. Señalan que el inicio de esta dominación del hombre hacia la mujer se habría fundado por la ley del más fuerte, donde la sociedad categorizó el cuerpo femenino como débil, por lo tanto este cuerpo de mujer es objeto de dominación por el más fuerte -el hombre-.

Por otra parte, opinan que esta práctica de dominación de parte de los hombres ha ido decayendo, visualizan que en el presente se ha avanzado a nivel de sociedad en crear conciencia de este trato injusto.

Actualmente los jóvenes observan que este es un tema relevante de conocer y debatir para continuar trabajando como país, para lograr cambios en las relaciones sociales entre hombres y mujeres. En cuanto a la percepción de libertades femeninas, los jóvenes en su mayoría reconocen que hoy las mujeres tienen mayor libertad que la generación de sus madres y abuelas. Estas libertades se traducen en lograr salir solas, es decir, sin la compañía de un hombre, beber alcohol, tener parejas, trabajar, desenvolverse y desarrollarse en lo personal. Observan que las nuevas generaciones viven mayores y mejores oportunidades que las generaciones anteriores.

Señalan además estar de acuerdo que sus parejas mantengan sus amistades después de formar familia o viviendo en pareja, apelan a la libertad de permitir espacios considerados mínimos en la relación e identifican la amistad desde un punto de vista valórico importante en sus

vidas, en este sentido han respetado este espacio dentro de las relaciones de pareja que han tenido como convivientes y también en las relaciones de pololeo.

Relación con otros hombres

En cuanto a las relaciones de los jóvenes con otros hombres, éstas se establecen principalmente con los grupos de semejantes, tanto en la organización donde participan como también con otros amigos del barrio y del ámbito laboral de aquellos que trabajan. Estos jóvenes valoran altamente la amistad, logran establecer relaciones basadas en la honestidad y el compañerismo. Por otra parte, los jóvenes en su mayoría señalaron no haber vivenciado experiencias de demostración de masculinidad como es el “rito de iniciación”, para ser aceptado en algún grupo conformado por hombres. A su vez señalan mantener buenas relaciones de amistad con jóvenes homosexuales, a quienes consideran como mejores amigos, honestos y más preocupados de sus amigos, en comparación con los amigos heterosexuales. Los jóvenes logran manifestar reconocimiento por sus amigos, los tienen altamente valorados, son capaces de entregar demostraciones de afectos hacia ellos, se preocupan de cultivar sus amistades, no solo reunirse en contextos de carretes, sino que también dan pie a otras manifestaciones de encuentro donde prevalece la conversación y el apoyo emocional cuando lo necesitan.

Homosexualidad y crianza

Los jóvenes que señalaron no estar de acuerdo con que la mujer postergue o anule la maternidad, tampoco están de acuerdo con que parejas homosexuales tengan la posibilidad de la adopción, mas están de acuerdo con el matrimonio entre ellos. De alguna manera el cambio en estas concepciones tradicionales les dificulta, y sus opiniones se tensionan al observar amenazas que provoquen cambios en la norma establecida, por un lado le otorgan valor al matrimonio homosexual y por otro niegan a estas parejas el derecho de crianza, con lo cual separan radicalmente los límites y fronteras con lo tradicionalmente establecido por la sociedad patriarcal.

En conclusión, se puede señalar que a partir de los discursos de los varones jóvenes pertenecientes al sector Nueva La Legua, ha sido posible develar en ellos dos tipos o estilos de identidad masculina. La primera se puede definir como aquella que aún transita en las ideas y nociones de la masculinidad tradicional con pequeños atisbos de alternativa, ubicándose en una posición de tensión, puesto que algunos jóvenes se debate entre nociones de roles tradicionales sobre la masculinidad versus manifestaciones de comportamientos con enfoque de equidad, que de alguna manera tratan de poner en práctica en sus relaciones de pareja y en relaciones de amistad y compañerismo con otros hombres heterosexuales, no así en algunos de estos jóvenes se observa dualidad en el discurso respecto a las disidencias sexuales y a los derechos asociados al matrimonio y la paternidad que estos grupos demandan. El segundo estilo de masculinidad se puede definir como aquella que va camino a lo alternativo, precisamente porque son jóvenes que permiten relaciones abiertas con nuevas formas de relaciones de género, hacia la participación y desarrollo de la mujer y la posibilidad real de entablar amistades con hombres homosexuales, con los cuales comparten sobre todo en la organización en la que participan. Demuestran capacidad de demostrar sus emociones, tienen alto sentido de la participación paternal a pesar que aún no son padres, ya que en la actualidad comparten tareas de crianza con sus parejas. Apelan a la equidad e igualdad de género, defienden los derechos para las mujeres y las colocan en el mismo nivel de capacidades que los hombres, sienten que es necesario que ellas continúen estudios y se desarrollen personalmente, con el propósito de contar con mejores herramientas para enfrentar las problemáticas socio-económicas de hoy, y de esta manera contribuir ambos en los gastos de la casa y que esta responsabilidad económica no recaiga solo en una de las partes, lo cual consideran no sería equitativo.

V. BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, F. y Sadler, M. (2011). El papel de los hombres en la equidad de género: ¿qué masculinidades estamos construyendo en las políticas públicas en Chile?. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). *Masculinidades y Políticas Públicas. Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Universidad de Chile-Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología. Gráfica LOM.

Atable, R. (1993). El currículum oculto: la coeducación sentimental, en “Educación y Género. Una propuesta educativa”. Ediciones La Morada/Ministerio de Educación, Santiago de Chile.

Badinter, E. (1993). “XY La identidad masculina”. Ed. Cast.: Alianza Editorial, S.A., Madrid, versión española de Monserrat Casals.

Barrer, G. y Greene, M. (2011). ¿Qué tienen que ver los hombres con esto?: Reflexiones sobre la inclusión de los hombres y las masculinidades en las políticas públicas para promover la equidad de género. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). *Masculinidades y Políticas Públicas. Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Universidad de Chile-FACSO. Departamento de Antropología. Gráfica LOM.

Bourdieu, P. (2004). La “juventud” no es más que una palabra. *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama, S.A. Barcelona.

Canales, M. (2006) (coordinador – editor). *Metodologías de investigación social. “Introducción a los oficios”*. Cap. “La entrevista en profundidad individual” Álvaro Gainza Veloso. LOM Ediciones. Colección Ciencias Humanas. Santiago. Chile.

CEPAL (2004) (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).

Connell, R. (1997). “La organización social de la masculinidad”, en Teresa Valdés y José Olavarría eds. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. (Santiago, Isis Internacional/ Flacso Chile.

De Barbieri, T. (1992). “Sobre la categoría género: una introducción teórico-metodológica”. En fin de siglo y cambio civilizatorio. Ediciones de las mujeres. Regina Rodríguez (Editora).

De Barbieri, T. (1998). “Acerca de las propuestas metodológicas feministas”, en E. Bartra (comp.), Detalles en torno a la metodología feminista, UNAM.

De Keijzer, B. (2003). “Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina. En Cáceres et al., *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Duarte, C. (2011). Notas generacionales para la acción comunitaria con jóvenes de sectores empobrecidos. En Revista Observatorio de Juventud. Instituto Nacional de Juventud. Chile.

Duarte, C. (2005). “Construcción de Masculinidades Juveniles en Liceos de Sectores Empobrecidos”. En Jóvenes la Diferencia como consigna. Ensayos sobre la Diversidad Cultural Juvenil. Centro de Estudios Socio Culturales. Santiago. Chile.

Duarte, C. (1999). “Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos”. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo. Tesis para optar al título profesional de Sociólogo. Universidad de Chile.

Duarte, K. Littin, C. (2002). “Niñas, Niños y Jóvenes” Construyendo imágenes en la Prensa escrita. Asociación Chilena Pro Naciones Unidas ACHNU.

Fernández, R. (1998). Metodología de la investigación. Colombia: McGraw-Hill.

Figuroa, J. G. y Franzoni, J. (2011). Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género. Universidad de Chile-FACSO. Departamento de Antropología. Gráfica LOM.

Fuller, N. (2001). Masculinidades. Cambios y Permanencias. Varones de Cuzco, Iquitos y Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo editorial.

Fuller, N. (2001). Maternidad e identidad femenina: relatos de sus desencuentros. En: Donas (comp). Adolescencia y Juventud en América Latina. Costa Rica: EULAC-GTZ.

Guasch, O. (2002). Cuadernos Metodológicos. Observación Participante. (CIS) Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

Guerrero, E. et al. (2006). Equidad de género y educación. Hexagrama Consultoras. Santiago.

Gutiérrez, M. y Torres, C. (2001). Manual de estilo APA. Guía a la quinta edición del *Publication manual of the american psychological association*. Universidad de Puerto Rico. Recinto de Río Piedras, sistema de bibliotecas, biblioteca Gerardo Selles Sola.

Kaufman, M. (1989). Hombres placer, poder y cambio. Editado por: Centro de Investigación Para la Acción Femenina (CIPAF). Santo Domingo, República Dominicana.

Madrid. S. (2011). Masculinidades y equidad de género en la escuela: consideraciones para la construcción de una política educativa en Chile. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la

Equidad de Género. Universidad de Chile-FACSO. Departamento de Antropología. Gráfica LOM.

Magallón, C. (1999) “Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder. Un debate sobre la epistemología del Feminist Standpoint”, en Barral, M.J.; Magallón, C. Miqueo, C. y Sánchez, D. (eds.), *Interacciones ciencia y género: discursos y prácticas científicas de mujeres*, Barcelona: Icaria-Antrazyt, cap. III.

Margulis, M y Urresti, M. (1996). *La juventud es más que una palabra*. En Ariovich, L. (et al). Editor Mario Margulis. Buenos Aires. Editorial Biblos.

Martín, S. (2007) “Los estudios de la masculinidad”. En Meri Torrás (ed.). *Cuerpo e identidad I*. Barcelona: Ediciones UAB.

Mies, M. (1998) “¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista?. El debate en torno a la ciencia y la metodología feministas”, en E. Bartra (comp.), *Detalles en torno a la metodología feminista*. UNAM.

Morgade, G. (2001). “Aprender a ser mujer, aprender a ser varón”. Ediciones Novedades Educativas. Buenos Aires.

Nascimento, M. Segundo, M. (2011) “Hombres, masculinidades y políticas públicas: aportes para la equidad de género en Brasil”. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Universidad de Chile-Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología. Gráfica LOM.

Olavaria, J. (2004). “Adolescentes: conversando la intimidad, vida cotidiana, sexualidad y masculinidad”. Santiago, Chile, FLACSO – Chile.

Olavaria, J, Benavente, C. y Mellado, P. (1998). Masculinidades Populares. Varones adultos, jóvenes de Santiago. Editado por FLACSO-Chile, LOM Ediciones.

Palma, D. (1998). “La participación y la construcción de ciudadanía”. U. ARCIS, Departamento de Investigación, Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Santiago de Chile.

Salazar, G y Pinto, J. (2002). Historia contemporánea de Chile. Volumen IV. Hombría y feminidad (Construcción cultural de actores emergentes). LOM Ediciones. Santiago de Chile.

Sandoval, M. (2003). Jóvenes del Siglo XXI. Sujetos y actores en una sociedad en cambio. Santiago: Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Sen, G. (1996). “Una economía alternativa desde una perspectiva de género”. En: Thera van Osch (ed.) Nuevos enfoques económicos. Contribuciones al debate sobre Género y Economía. San José: UNAH/POSCAE.

SECPLAN (2012). “Sistema de información geográfica”, I. Municipalidad de San Joaquín. Región Metropolitana de Santiago de Chile.

Strauss, A y Corbin, J. (2002) “Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la Teoría Fundamentada. Ed. Universidad de Antioquia. Primera Edición. Medellín. Colombia.

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Tejeda, E. y Reis, V. (2008). En búsqueda de visibilidad: la condición juvenil en América Latina y el Caribe / Eddy Tejeda y Vania Reis. Santiago, Chile: Colectivo W. K. Kellogg Foundation. Latinoamericano de jóvenes. FLACSO: Fundación Friedrich Ebert Stiftung.